

Almudena es un nombre de chotis

Sobre *Malena es un nombre de tango*, de Almudena Grandes

Si usted es una mujer joven, moderna, capaz de hablar de sexo sin tapujos y le acompaña una cierta gracia al escribir, usted puede llegar muy lejos.
"Qué leer", marzo, 1998

Cada vez que el conocido literato Juan Palomo, uno de los puntales del "ABC Literario", quiere dar importancia a una relación de escritores, sea cual sea la justificación de la misma, la apostilla con esta nota enfatizadora de su habitual y generalizado entusiasmo: "Y Almudena Grandes, que ya es decir". Como quiera que yo no miro más que por los ojos de ese veraz, honesto y perspicaz informador que es mi amigo Palomo, aun antes de leer a esta "mujer contundente", según la nombrase Ignacio Echevarría, me hice devoto de ella como escritora. Pero luego leí *Las edades de Lulú*, su primera novela, y no produjo en mí la devoción feraz y benemérita que esperaba; antes bien, advertí que me encontraba ante una escritura en zaragüelles. Escribí y publiqué (Boletín del Centro de Documentación de la Novela Española, nº 8) un trabajo titulado *Las edades de Almudena Grandes*, en el que demostraba, como se ha podido ver, que la citada no era más que una novela verde, rosa y gualda, costumbrista por ende, más que ligeramente casposa, pésimamente estructurada y no muy bien escrita. Pero la opinión de Palomo continuaba pesando en mi ánimo, por lo que decidí leer la obra que consagró a Grandes, *Malena es un nombre de tango*, tan ensalzada por los mejores críticos españoles: los García Posada, Conte, Sanz Villanueva, Ramón de España, Guelbenzu, Savater, Trapiello, García Montero etc. y sobre cuyos valores literarios, el mayor elogio que había llegado a leer es que tuvo, en menos de un año, nueve ediciones. Atrapado en las redes de estas valoraciones impuestas por "Babelia", "ABC Cultural", "El Cultural" y otras publicaciones, como la horrenda *Lulú* había tenido treinta y dos, no sabía cómo interpretar la abrumadora diferencia, que más bien me incitaba a no emprender la lectura del nuevo y voluminosísimo libro. No obstante, y sin dejar de pensar que sólo el Quijote, Tristram Shandy, Los hermanos Karamazovi, La educación sentimental, Lo prohibido, Ulises o Contrapunto, entre otras pocas, tienen derecho a ocupar tanto papel, decidí acometer su lectura. Con las carnes abiertamente tolendas, a la vista de sus quinientas cincuenta y dos páginas – "¿cantidad excesiva?", se pregunta el siempre benévolo profesor Martínez Cachero, de la Universidad de Oviedo, en su libro *La novela española entre 1936 y el fin de siglo*, y se advierte que se queda con las ganas de responderse que sí comencé a leer y anotar, siguiendo el método, ya suficientemente contrastado, de la crítica acompañada.

Pero, antes de "entrar" en el libro, debo decir que el resumen que del mismo, y cual reclamo publicitario, figura en su contracubierta, me erizaba todas las suspicacias. Semejante resumen no corresponde, en manera alguna, a una novela de finales del siglo y del milenio. Antes bien, espeja una narración de aquéllas hechas a caballo entre el XIX y el XX, esto es, después de los grandes productos del realismo y antes de aquéllos de los innovadores del primer cuarto y más de nuestro siglo: uno de los momentos más pobres y adocenados del género. Por otro lado, la ilustración de la cubierta, horrenda, de pésimo gusto, prometía a los lectores vernáculos, incultos y pensionistas, entre los cuales no me

alineo, que en aquellos centenares de resmas iban a encontrarse con otra Lulú, dicharachera y putiaguada. ¡Qué tristeza!

De regreso a mis primeros apuntes, luego de haber leído el libro en su totalidad, puedo hacer una primera anotación: sin que sean como para ponerlas de ejemplo en un taller de literatura, las primeras páginas, tal vez el primer capítulo, están mejor escritas que el resto del libro, que no lo está muy bien. Para mí es evidente que la pérdida de estilo guarda relación con la pérdida de carga autobiográfica. Es una característica y un defecto que comparten todas las “las chicas de El País que se han hecho novelistas”, las cuales, como ha dicho Juan Ignacio Ferreras, “no lo son, porque sólo saben ser autobiógrafas de su propia autobiografía”. Por mi parte, he advertido, en las que he leído, su escaso poder auténticamente fabulador. Otra nota importante que puedo adelantar es que a Almudena Grandes le pasan dos de las peores cosas que le puedan pasar a un(a) novelista: 1.- Malena, como ocurría con Lulú, habla igual, piensa igual, posee la misma madurez o inmadurez a los siete años, que a los doce, los diecisiete, los veinticinco, etc. Resulta pedante que, a través de la niña, se esté expresando continuamente la autora. 2.- No consigue que al lector le gusten los personajes que ella quisiera que le gustasen, ni tampoco que odie a los que ella quisiera que odiara. También podemos afirmar que, en la obra de Almudena Grandes, hay dos temas recurrentes: la sociedad pija a la que ella, al parecer, tan orgulloosamente pertenece; en segundo lugar: las inexpertas quinceañeras que, en su primera experiencia sexual, se comportan como la más descarada prostituta después de años de rodaje. Lo primero se corona con los nombres de las protagonistas. Si Lulú era María Luisa Ruíz-Poveda y García de la Casa, Malena es María Magdalena Montero Fernández de Alcántara. Al lector inteligente y bibliotecado, esto le resulta chusco. Pero quizá venda entre el público hortera al que parecen ir dirigidos estos libros.

Aunque no tantos como en Lulú, en Malena hay pleonasmos, solecismos, barbarismos, anacolutos... pero, sobre todo -y casi estuvieron a punto de hacerme abandonar la lectura, porque , después de media vida en Madrid, sigo sin soportarlos- laísmos. Es una falta imperdonable en una escritora. “la gusta”, “darla de mamar”, “celos que la estorbaban”, “la sigues echando un polvo”, “la compras una sortija”... Mas leamos acompasadamente: Pág. 15.- Tropezamos con la primera adjetivación plenipotenciaria, semejante a otras de Lulú: “tan abrumadoramente hermosa” ¡Vive Dios, que me espanta esta grandeza! Esta forma de adjetivar es propia de quien quiere hacer lenguaje literario sin estar muy segura de lo que es eso. Pág. 20.- “Me estaba sintiendo fatal”. Lo que es admisible en un diálogo no lo es en la narración. Señala falta de recursos expresivos. Pág. 25.- “...cuando ya nos habíamos alejado un paso, me pasó...” Pág. 29.- “una mujer hecha y derecha”. Primera frase hecha que nos encontramos en esta novela, abundosa en ellas. No las voy a señalar todas.

La “abrumadoramente hermosa”, a la que Malena, más adelante, hablando con el abuelo, califica de “muy guapa”, es una pobre mujer adulta que lleva entontecida desde los tres años, como un vegetal, cayéndosele la baba y vomitando la mitad de las papillas que le dan. Es imposible que sea guapa. Pág. 32.- “recurrieron sólo después...”. Tendría que haber escrito: “recurrieron, aunque sólo después...” Id.- Aquí, la primera vez que, en esta novela -en Lulú, muchísimas-, Grandes confunde escuché con oí. Id.- “Hasta el tuétano de los huesos”. Págs. 35-36.- “...la cabeza, que es lo que más me gusta de todas

las gambas...” ¿Se dan cuenta los críticos de que la imprecisión expresiva convierte aquí una sencilla frase en una tontería? Pág. 36.- Malena dice que encuentra insípidas las pastas de te, y lo dice, al igual que otras cosas por el estilo, como si el lector tuviese que deducir de ello que es una gran rebelde. Me pregunto si la preferencia por las gambas será señal de progresía y gustar de las pastas de lo contrario. También dice sentir por su padre algo muy parecido a lo que Anais Nin dijo, en su precioso Diario, haber sentido por el suyo. Pero ahí se acaba el parecido. ¿Qué le pasa a España, para que ninguno de sus habitantes figure en ninguna bibliografía seria? ¿Para que tenga que llamar filósofo a un divulgador de ideas ajenas como Savater? ¿Para que sus críticos más conocidos sean García Posada, Conte, Sanz Villanueva, Darío Villanueva, Guelbenzu y otros así? ¿Para que en la Academia de su Lengua entren personajes como Cebrián, Muñoz Molina y Fernán Gómez...? Los modelos de Almudena Grandes en esta novela son escritoras inglesas del siglo XIX y, aun así, qué lejos queda su obra de un aceptable relato de los que, desde que aparecieron Ulises y A la busca del tiempo perdido, ya no se deben escribir. Joan Fuster hubiera dicho que ya no se pueden escribir.

Pág. 37.- “vestidas siempre con la misma ropa”. Lo que quiere decir es que a las niñas las vestían de igual manera. Pero como lo dice indica que llevaban siempre los mismos trajes. Id.- “La vida con mayúscula.” Pág 39.- No tantas llevamos de novela, sino solamente veinticuatro. Aun así, mucho estaba tardando la autora en ofrecer lo que esperan de ella sus devotos editores, lectores y botafumeiros. Aquí, su contundencia empieza a dar signos de vitalidad y -¡por fin!- nos encontramos con “puta”, “mala leche”, “cabrón”, “bragas”, “puta” otra vez, “me cabréé”, “qué cojones” y otros sonoros términos, heraldos tal vez del más encendido léxico que está deseando emplear. Lo malo es que lo pone en boca de la abuela, que ha descrito como muy finolis, aficionada a las misas, las novenas y el rosario vespéral, y en cuyos labios no pegan ni con cuchara de goma. Está claro que la actitud de la anciana ha levantado la veda. De repente, todos los personajes se ponen a decir tacos, venga o no venga a cuento. Es ridículo. Pág. 42.- “El mundo se había desplomado sobre mis hombros”. Pág. 43.- Continúa el taqueo. El abuelo: “tres cojones” (Y hay que alegrarse de que no dijera “seis”). Pág. 44.- “Me sentía a punto de desplomarme de un momento a otro”. Esto es una redundancia. Pág. 45.- “como impulsada por un resorte”. Id.- “Solamente afinarlo ya costaba una pasta”. No encaja en el personaje esta expresión. Ni tampoco en el contexto. Pág. 47.- “entrar a solas”. No. “Entrar sola”. Págs. 47-48.- El padre que, como todos los padres según Almudena Grandes, ignora a sus hijas (el abajo firmante, es decir, yo, no ha ignorado a las suyas ni un segundo desde antes de que nacieran), cuando Malena le dice que quiere hablar con él, le pregunta con toda lógica: ¿estás embarazada? A lo que sigue un interrogatorio auténticamente de los que “La Codorniz” llamaba “de besugos”. Págs. 48 y ss.- Como debe de ser normal en las conversaciones entre miembros de las pijas asociaciones familiares, especialmente cuando se habla a una adolescente, el elegante y bieneducado cónyuge de una Fernández de Alcántara y Fernández de Alcántara, adorado padre que pronto va a dejar de recibir culto sin que nadie nos explique por qué, regurgita sin pausa: “coño”, “me la suda”, “cojonudo”, “joder”, “el condón que usó”, “me cago en la hostia”... Uno que, en materia de tacos, no ha pasado de los veniales culo, caca, pedo, pis, se siente abrumado ante las demostraciones de una aventajada takewoman como Almudena Grandes. En resumen, cada vez más Malena se parece a Lulú y cada vez más Almudena se parece a sí misma. Mucho taco. Mucha chorra-

da. A cambio, ninguna ocurrencia, ningún pensamiento que lleve al lector a reflexionar, ninguna de esas adjetivaciones, comparaciones, definiciones insólitas que acreditan a alguien como escritor de raza o, siquiera, como persona más que medianamente inteligente. Pág. 56.- "...y llevaba siempre medias negras, pero nunca marrones". Ya se entiende que si las llevaba siempre negras, no las llevaba nunca marrones ni de ningún otro color. Pág. 59.- Malena se autocalifica de "niña imposible", pero el lector, que la "viene viendo actuar", no encuentra que lo sea. Otro fallo que anotar a Almudena Grandes como novelista. Ignora que los personajes tienen que ser buenos o malos, inteligentes o torpes, verecundos o procaces por sus actos y por sus dichos, no por lo que digan la autora o el autor. Pág. 61.- La tía monja le cuenta a Malena, en la capilla, la historia de Santa Agueda y no puede hablar, cada vez que se refiere a ellos, de pechos; tiene que decir todas la veces tetas. Seis veces. La niña, contagiada, le suplica: "tú no te cortes las tetas". Es grotesco. Sobre todo cuando la monja saca las suyas de bajo la burda estameña del hábito y las pone encima del altar, para hacer una demostración e ilustrar el cuento. Tengo la impresión de que la autora ha llegado al convencimiento de que es precisamente por este tipo de chorradas por lo que le pagan y por lo que tiene éxito. Y lo malo es que quizá sea verdad. Pág. 64.- "...alegando que la casa estaría helada, y demasiado lejos". Lo segundo era seguro ¿no? Entonces... Pág. 65.- "la cereza son la única fruta". No. O: la cereza es la única fruta, o: las cerezas son las únicas frutas. Id.- "para arrasar con todo". No. Para arrasarlo todo. Id.- "tono [...] como el que habría adoptado para comunicarme mi propia muerte". ¿Cómo te iba a comunicar a ti tu muerte? Id.- "Magda, que aquellos días parecía más triste que nunca..." ¡Pero si Magda no ha aparecido triste en ningún momento! ¡Al revés! Pág. 66.- La niña se asoma al despacho de la directora para "intentar calibrar la fase en la que se hallaba su conversación" [con Magda] y resulta que, aunque ha pasado casi media hora, están en el principio, para que Malena y el lector se puedan enterar bien de todo. Pobre recurso en verdad. Pág. 67.- "el rastro de un hombre secreto." ¿Un hombre secreto? Lo que quería decir, que yo no lo sé, se dice de otra forma. Id.- En esta página, como en otras muchas, hay abundantes comas que deberían ser puntos. Págs. 67-68.- El lector, confuso, se pregunta si la autora está queriendo insinuar que Malena es hija de Magda, como en un serial andorrano. Pág. 69.- "¿pero es que no lo ves?" Es así: Pero ¿es que no lo ves? Id.- "pusiera ni siquiera". Pág. 70.- "títulos emitidos por una prestigiosa universidad de remeros británicos". Lo que se dice un chiste a lo Marías. Id.- "Sin pensármelo dos veces". Id.- Más de diez minutos andando Goya arriba, para encontrarse en Núñez de Balboa es una exageración, dicho sea de parte de un lector que era guardia de la porra. Pág.71.- Absurda digresión sobre urbanismo y comercio madrileños, que, junto a otra anterior sobre flores y cultivos, contribuye a engordar artificialmente un libro cuya extensión, como indicó Martínez Cachero, es excesiva. Pág. 71.- "sólo tenía ganas de echarse a llorar como un bebé". ¿Por qué no como una mujer? Porque, en casos como el de autos, son las mujeres, y no los bebés, las que suelen llorar. Quizá le pareció poco feminista. Pág. 74.- "Volví sobre mis pasos". Pág. 75, ant y ss. Continúan las comas que deberían ser puntos. Y ya no lo señalo más. Es un defecto arraigado en la autora. Pág. 77.- "no dijo nada y me dije..." Pág. 82.- "rogándola". Le, Almudena, le. Pág. 85.- "gesticular violentamente con las manos". Pág. 86.- "ambas éramos mellizas". Y ¿por qué no, sencillamente, "eramos mellizas"? Ya adivina el lector culto que no podía ser melliza sólo una de las dos. Pág. 87.- "una niña perfecta, la niña total". No es un acierto expresivo precisamente lo subrayado, que despierta ecos del peor lenguaje periodístico. Pág. 88.- Está hablando de la

madre y dice: "mi padre le animaba.". Pues aquí sí que tendrías que haber escrito "la animaba". Pág. 90.- "Se puso como una fiera". Pág. 91.- Aquí, también, el deseo de Malena, muchas veces expresado a lo largo de lo que llevamos leído, de ser niño. Un deseo que no está ni mínimamente justificado por nada que ocurra o haya ocurrido, ni por la psicología del personaje, que es evidentemente la de la autora. Id.- "Querido diario"... Así empieza el suyo Anaïs Nin. (Así tituló una magnífica película Nani Moretti.) Vemos, pues, a quien se quisiera parecer, o a quien imita. Pero ahí se acaban las semejanzas. Aparte el abismo que separa una y otra literatura, uno y otro pensamiento, Almudena no está emparejada con Henry James. Ni con Antonin Artaud. Pág. 94.- "una monada". Admisible en un diálogo, pero ridículo en la descripción. Pág. 97.- "...a los dos tíos que la gustaban". En muchas ocasiones, la autora pone en boca de sus personajes jóvenes una jerga que es de lo menos dos décadas más tarde. Pág. 101.- "Por su cuenta y riesgo". Id.- "eran uña y carne". La autora emplea tan mal el tiempo, que siempre "vemos" a la protagonista con los mismos años. Id.- "ilimitada capacidad para el magreo" No encaja esta expresión en un personaje que, siete líneas después, se queja de la "complacencia exasperante [de Mercedes] en la descripción de pecados y maldiciones". En todo este capítulo, desarrollado en un pueblo extremeño, se hace más patente aún el caduco costumbrismo que domina todo el libro. Los novelistas españoles, como dije en memorable ocasión, no es que no sean universales, es que son domésticos. Pág. 105.- "sois uña y carne". Id.- "Ha llovido mucho desde entonces". Id.- "Lo mismo la dio". En este capítulo, inacabable y reiterativa conversación de dos criadas, que poco o nada tiene que ver con la novela y cuya supresión, al menos en buena parte, hubiese sido un detalle ecológico por parte de la autora. Pág. 107.- "¿Qué pasa, que entonces no había coches?" Parece mentira que a una escritora haya que decirle cosas que conocen hasta los colegiales. Eso se escribe así: ¿Qué pasa? ¿Que entonces no había coches? Id.- Una de las criadas, que a lo largo de su tediosa (y falsa) conversación con la otra cuida sus palabras, para dirigirse a la niña, utiliza de pronto "qué coño", "hay que joderse", "si será cabrón", "más que encoñado", "coño", "a tomar por culo" y otras contundencias arracimadas en menos de media página, propias del personaje pero impropias de las circunstancias. Pág. 106.- "aunque él la pagara como la pagó. Id.- "mentía como un bellaco". Pág. 110.- En la inacabable conversación no falta el juicio histórico. Se trata de Franco y una de las criadas sentencia: "Porque si ese pedazo de cabrón no hubiese empezado la guerra..." ¡Pero, por Dios, Almudena! ¡Si las criadas extremeñas eran todas de derechas! (Recuerdo que, en una estupenda novela de AlfonsoAlbalá, Los días del odio, que los botafumeiros seguro que ignoran, y cuya acción se desarrolla en Extremadura, el autor, que era de Coria, ponía en boca de un personaje esta expresión: "Éramos pobres y de derechas, como las chicas de servir") El pensamiento es de Grandes y, para una escritora, ingenuo. Una escritora tiene que decir lo que no dicen los del común o decir lo mismo, pero de manera diferente.. Y ver más, sentir más, palpar más que la mayoría. Pág. 113.- "Una pasión tan intensa que hizo brotar un cerco casi doloroso alrededor de cada uno de los poros de mi piel erizada, súbitamente transfigurada en un órgano cuya posesión era capaz de sentir". Bla, bla, bla. "Y presentí que no saldría indemne de la batalla que todavía libraba con mi conciencia, y que al cabo me precipitaría, como un peso muerto e indefenso, en un abismo mucho más hondo del que, siempre a mi pesar, se había ido abriendo hasta entonces entre mi voluntad y mi corazón, entre lo que yo quería, lo que yo sabía que debería ser, y lo que era." ¡Qué barbaridad! ¡Qué señora más complicada! Y todo para que, al cabo de veinte líneas, el lector no se entere de qué es lo que le pasa. Id.- Al

final, la protagonista supone que todo el trabalenguas quedará en una sentencia, la cual, a pesar de ser supuesta, ya sabe ella que está apoyada en “verdades axiomáticas, reivindicaciones legítimas y resentimientos solidarios”. Todo esto, que para nada encaja en el contexto formal del libro y que no han visto ni están en disposición de ver los críticos famosos que luchan por hacer desaparecer la buena literatura de los estantes de las librerías, señala una absoluta separación entre las palabras (palabras, palabras, palabras) y un posible contenido que la autora no sabe cómo describir ni, mucho menos, comunicar. Por otro lado, se adivina en ella un intento de dar importancia a lo que no la tiene. Id.- “Reina nunca entendería la infinita ternura que sentía yo por mi abuelo”. Ni Reina ni los lectores, porque ésta es la primera noticia que tiene de esa ternura. Ha asistido a las relaciones de Malena con su abuelo y de nada que hiciese, dijese o pensase ha podido deducir tal sentimiento. Id.- “Reina [...], aquella razonadora implacable”. Esto lo dice la protagonista/autora varias veces, pero el caso es que cuando “sale” Reina, nadie la ve razonar implacablemente. Pág. 114.- “aterradoramente enamorado” ¿Qué será eso? ¿Algo que tenga que ver con alguna mujer supremamente bella? Almudena, en ésta como en otras novelas, abusa de los adverbios de modo terminados en mente, aplicándolos, por ende, tan mal como aquí Pág. 115.- En su interminable conversación, que todavía continúa y continuará, las dos doncellas repiten tanto las mismas cosas, que uno termina por no saber de qué están hablando. De una mayor o menor introspección de Malena en su interior, hemos pasado ya del todo (antes no faltaba) a un costumbrismo pueblerino que tiene su trasunto en la forma, por otra parte roma, de la narración. Que desde las editoriales y los críticos prepotentes se potencie este tipo de literatura, a dos pasos del tercer milenio, cuando el lector medio aún no ha llegado a asimilar la estética de la gran narrativa de la primera mitad y un poco más del siglo XX, es un crimen de lesa cultura. Entre todos están poniendo de moda un tipo de novela completamente obsoleto, el cual obligan a que se valore por criterios enteramente comerciales. El valor se otorga en función de unas llamadas “listas de novelas más vendidas”, que para nada tienen en cuenta los valores estético-literarios. Los mayores elogios que yo he visto hacer de Almudena Grandes son del tipo: “es la que más vende”, “ha alcanzado treinta ediciones”, etc., que son los que llevan a los consumidores, que no degustadores de literatura, a consumir lo que otros ya han consumido y por algo será. Hay quienes denuncian este estado de cosas, pero generalizando; a la hora de juzgar productos concretos, se vuelven amnésicos y se ponen muy contentos. Ahora, los planteamientos importantes de la condición humana, las novedades formales, los temas y problemas que reflejan la nueva cosmovisión, que no es la decimonónica basada en la mecánica newtoniana, sino la configurada por la relatividad general y la teoría cuántica, parece haberse refugiado en el cine, en el buen cine y en la pintura.. Pág. 115.- “como si fuera un libro abierto”.

Aunque los auténticos se producen por intuición, podemos decir, en un plano teórico, que el novelista se plantea, antes de emprender su escritura, cómo va a enterar al lector de todo aquello de que le quiere enterar: qué dirá mediante descripciones, qué mediante diálogos, qué a través de monólogos interiores, etc. Que Almudena Grandes haya elegido el diálogo entre dos personajes secundarios e incultos, que, “hasta ahora”, apenas si habían sido nombrados, para enterar a Malena y al lector de una antigua historia de amor del abuelo es un fallo evidente. Por la excesiva extensión del tal diálogo, por el lenguaje castizo del mismo, por la inverosimilitud de muchos de sus párrafos (ni que Paulina fuera, co-

mo Antonio Gala, Licenciada en Todo), la historia aparece privada de todo dramatismo e interés. Pág. 118.- La inacabable conversación entre las criadas, Paulina y Mercedes; en realidad, monólogo-discurso-alegato-arenga de la primera, con interrupciones de la otra para decir alguna tontería y permitir algún blanco en la composición, ya he dicho que es inverosímil. Pero también resulta inverosímil que Malena esté presente sin intervenir ni con una pequeña pregunta o petición de aclaración, y que no se dirijan a ella ni una sola vez ni se desmaye de aburrimiento. Uno de los colmos es que Paulina opine sobre la posición política de Azaña, la Reforma Agraria, la legislación de la República y tantas cosas más. Y, por supuesto, resulta increíble-estamos ante una novela realista- que Malena recuerde tantísimos kilómetros de ondas sonoras para, al cabo de los años, transcribir su contenido articuladamente. Págs. 122-123.- Lo que ya he dicho: que la autora habla por la protagonista y que ésta se expresa igual, piensa igual, siente igual, opina igual con siete años que con doce, veintidós o treinta. Aún le queda un año para terminar el bachillerato y, siendo, como es, pésima estudiante, pasa revista a todas las monarquías europeas, al comunismo y al ateísmo. Pág. 123.- “Apenas dos horas antes de que terminara aquel mismo año [...] la que sería la penúltima Nochevieja de mi abuelo”. Ya hemos dicho que la autora emplea muy mal el tiempo. Ni da sensación de linealidad (que no lo pretende, creo), ni se adecua a lo que pudiéramos llamar un tiempo interior, ni configura una trama orquestal ni nada. Pág. 124.- Malena, manejada por Almudena hasta extremos inaceptables por lo evidentes, se pasa todo el libro queriendo demostrar que, incluso cuando era más católica, no era católica. Id.- “Hacia tres meses que habíamos cumplido quince años, pero carecíamos por completo de conciencia política”. ¡Pues si llega a tenerla! Habría empezado el repaso por don Pelayo. Sin embargo, se conforma con desear que los conventos salten por los aires. ¡Era ya tan rojeras! Id.- La que no tiene conciencia política, anhela fervientemente la Revolución, “esa deliciosa catástrofe”, por unas confusas razones que seguro que ni la adulta Almudena Grandes, desde su progresía, que no progresismo, sabría aclarar. Pág. 126.- Se reanuda con largueza la interminable conversación chacinero-política-sentimental o, por mejor decir, el sincopado discurso y/o alegato y/o arenga y/o proclama ya iniciada en el párrafo anterior, sino que ahora ni se sabe quién tiene en cada momento la palabra. Y, a todo esto, sin que el lector haya vuelto a saber de aquella babeante y supremamente bella parálitica de las primeras páginas. Págs. 128 ant, y ss.- Sigue sorprendiendo -es decir, sorprende todavía más- la elefántica memoria de Malena, quien, pasados los años, reproduce una conversación de unas veinticinco páginas, palabra por palabra, toses y tacos incluidos. Pág. 128.- ¿Por qué, porque salía en el Un, dos, tres? No, es así: ¿Por qué? ¿Porque salía en el Un, dos, tres? No es que la cosa guarde relación, pero, conforme Malena va creciendo, la novela va cayendo más y más en el trasnochado costumbrismo. Pág 129.- Lala, una parienta de Malena de la que no recuerdo haber leído nada hasta ahora, hace dos papelitos en otras tantas películas. En uno de ellos, vestida “con un conjunto de sujetador, bragas y ligero de encaje granate [...]”; apenas hablaba, sólo chillaba, intentando defenderse de un señor calvo que intentaba violarla dentro de un ascensor”. ¿Qué hacía en un ascensor de aquesta guisa? ¿O es que se trataba del ascensor del teatro Calderón? Por otro lado, si “sólo chillaba”, no es que “apenas hablaba”, sino que no hablaba en absoluto. Sin olvidar ese “intentaba defenderse del que intentaba” etc.. Pág. 130.- “proclamó a los cuatro vientos”. Pág. 131.- El guadiana de palabras inútiles que es la conversación de Paulina y Mercedes conoce aquí varios borbotones caudalosos: Nada tiene que ver lo que dicen muchas veces con la economía del relato, que de

esta manera crece artificialmente hasta la desmesura. Id.- “la dije”. ¡Virgen de la Almudena, patrona de los madrileños! Id.- “la consultaba”. ¡Virgen de la Paloma, corredentora de las verbenas! Id.- “los pros y los contras”. Id.- “me atreví a subir a la grupa de mi abuelo”. ¡Pobre abuelo! Porque Malena es gordita. ¿O se trataría de la grupa del caballo del abuelo? Id.- “un armonioso delta de sangre buena y limpia”. Ni como metáfora es correcto. Id.- “La tierra se estaba moviendo bajo mis pies”. Id.- “cerradas a cal y canto”. Pág. 135.- “...aunque no tenía sidecar, transportaba a un individuo alto”. Tal vez, si hubiese tenido sidecar, hubiese podido transportar a uno bajito. Id.- Habla de “un ademán de la cara”. Pág. 143.- Enumera Malena todas las razones por las que se enamora de Fernando, verdadero pugilato de la autora consigo misma para encontrar los argumentos más rebuscados. El más sencillo y el que más me gusta a mí, el siguiente: porque a veces se ensimismaba [Fernando, claro] “en mudos pensamientos (hay pensamientos muy parlanchines, no se olvide) que recubrían su rostro con una fina capa de barniz transparente”. Otras ni las menciono. Búsquelas el lector, que merecen la pena. Pero sí creo que debo decir que a Malena no le quedan indemnes ni las uñas, ni los rizos, cuando lo mira. Págs. 148 ant. y ss.- “una válvula de escape” y otras frases hechas. Anoto: ¡Cuántos tópicos acumula Almudena Grandes en esta historia familiar! Por mi parte, sólo echo de menos la figura del administrador infiel. Inquiero: Vamos a ver, Juan Palomo, si tú consideras ésta una gran novela, qué considerarías *Tous les hommes sont mortels*, de Simone de Beauvoir. Si Almudena Grandes es una gran escritora, ¿qué crees tú que fue Virginia Woolf? Arrodiílate, Palomo. Reconoce que no estamos ni ante Almudena Lessing ni ante Doris Grandes. ¡Ya está bien de mentir, hombre! Pág. 150.- Llegan al pueblo “mis amigas cateadoras”. Más bien “cateadas” ¿no? Pág. 157.- “como si la costara trabajo”. Pág. 163.- Ya me parecía a mí que faltaba algo. Malena no es sólo María Magdalena Montero Fernández de Alcántara, es también la nieta de Abigail McCurtin Hunter, de Inverness, aunque oxionense de crianza. La falta de sencillez es otra de las características de Almudena Grandes. Pág. 164.- “Pleno de curvas plenas”. Pág. 166.- “Me había enamorado como una auténtica bestia”. Frase completamente aliteraria, impropia de quien pretende gustar a Palomo, que no comunica nada. Pág. 167.- “Yo era una tía cojonuda”. Pues enhorabuena, no todos podemos decir lo mismo, pero, ¡qué le voy a hacer!, a mí este tipo de gracias no me hacen gracia. Pág. 169.- “Si le hubiera mirado, habría descubierto en su rostro las huellas de un estupor tan genuino como mi cólera, pero no lo hice...” Pues si no lo hizo, si no le miró, ¿cómo sabe que en su rostro había estupor? Págs. 169-170.- “...comprendí con una aterradora precisión que hasta entonces mi vida no había sido otra cosa que una ausencia”. Toda la escena de Malena con Fernando es totalmente inverosímil, artificiosa, literaria en el mal sentido de la palabra. Poco más adelante se encontrarán en el campo y Malena se comportará como respondiendo a estremecimientos existenciales completamente contrarios a los que aquí invoca. Anoto también el abuso del calificativo “aterrador”. Pág. 170.- Y, en medio de tanta “literatura” de secano, frases como ésta: “la verdad me partió por el eje”. Ni un camión cisterna diría semejante cosa. Id.- “estaba tan nerviosa como pueda estarlo un enfermo que contempla cómo se apaga su vida sobre la pantalla de un monitor”. Pésima comparación. Id.- “Intenté leer en su rostro y lo que vi no me gustó nada”. ¿Puede escribirse algo más vulgar? Id.-: “No, yo no pienso eso -arriesgué, con la impasibilidad del jugador que ya sabe que lo tiene todo perdido”. (Si Malena, en lugar de con Fernando, se hubiese encontrado con un extraterrestre, el lector no hubiese tenido que soportar tan enorme cantidad de glóbulos verdes). Pág. 171.- “...y por un instante rocé mi brazo con el suyo, y la

hiperbólica sensibilidad que desarrolló mi piel en el curso de un contacto tan breve me dejó perpleja”. Ya hemos señalado la afición de Almudena Grandes a las frases plenipotenciarias, que nadie hubiese podido intuir antes de la era de los ordenadores, pero que es seguro que no han escapado al olfato de botafumeiros, palomos y mandrágoras. Pág. 173.- Los que hablan tienen, él, dieciocho años y ella, quince. Aunque la escena esté vista desde otros quince años después, no contribuyen precisamente a recrear la “situación” expresiones como “la irritante arbitrariedad de sus afirmaciones”, “la taxativa estupidez de esas sentencias radicales”... Id.- “Comprendí que su crisis, de la clase que fuera, había pasado”. Malena, a los quince años, se muestra como una psicóloga tan aguda, que el lector experimenta un fuerte deseo de pedirle hora. Y más cuando ella dice: “Tomé el relevo de los fenómenos inexplicables”, y lo que sigue, todo ello escrito en garamante, hasta que Malena afirma, y todos la entendemos: “Yo soy una tía cojonuda”, que era, asegura, “lo único que los dos necesitábamos saber”. Pág. 174.- En medio de las especulaciones filosófico-psicológico-antropológicas de los teen-agers, comenta la narradora: “donde las dan las toman”, lo que no deja de ser un hallazgo. Págs. 174-175.- Almudena quiere lucirse con un diálogo tan artificial como facilón, que amenaza con hacerse tan interminable como el de las dos doncellas, y se olvida de lo que está poniendo en boca de dos casi niños, no especialmente preparados. Pág. 175.- “ahora era yo la que reía en solitario”. “A solas, quería decir. Pág. 176.- “...su risa, progresivamente desbocada, aguda al final, como un alarido victorioso...” Almudena, es evidente que se cree en la obligación de hacer literatura de vez en cuando, porque sabe que es lo que esperan de ella los reverentes botafumeiros, sus crías y los devotos palomos. Pág. 180:- “Mi espejismo se deshizo en infinitesimales moléculas de humo al contacto con el polvo de la realidad concreta”. Frases así, más cercanas a la física de partículas que a la literatura, leídas con un fondo de zureos, acoplan la reverberación de una realidad cursilácea con sus antípodas del noroeste. Id.- “pero la repentina potencia de mi pensamiento metafórico tampoco logró sobrevivir esta vez”. Lo dicho. Pág. 181.- Cuando Almudena se muestra más segura de estar escribiendo una novela verde es cuando se le escapa hasta por los dedos de los pies el almíbar rosa y gualda. No sé que pasma más si la madurez de Malena o la inmadurez de su creadora. Pág. 182.- Al final del capítulo, el lector se queda con la duda -razonable- de si Malena ha sido simplemente besada o plenamente desvirtuada.

Pág. 183.- Principio de capítulo. “Cuando me esfuerzo por evocar aquellos días, tengo dificultades para distinguir lo real de lo imaginario, y a veces no consigo establecer qué cosas ocurrieron de verdad y cuáles jamás existieron fuera de los sueños”. Desde que Gustavo Adolfo Bécquer las escribió, ¿cuántos aspirantes a escritores habrán escrito estas palabras? A continuación, en este caso, la expresión “la realidad y el deseo”, asimismo becqueriana. Ya lo he dicho: falta de madurez literaria. Id.- Ahora ya no recurre a Bécquer, sino al patrimonio común. Habla de “recuperar algunas imágenes sueltas”. ¿Adivinan como qué? Pues “como viejas fotografías descoloridas”. Pág. 185.- Y resulta que, a pesar de lo dicho, se acuerda de todo perfectamente. Pura retórica, pues, aquellas frases. Pág. 187.- “Pedro [...] la estaba metiendo prisa. Para una mujer que, pretendiendo pasar por escritora, sea laista no sé si hay indulgencia plenaria. Id.- A ráfagas, ésta parece una novela de Antonio Gala. Por lo visto, por ahí va el gusto que los editores han detectado en los celtíberos. Más que a ráfagas, una novela rosa, pese a las verduras que se presienten. Pág. 188.- “...mientras sus dedos se aferraban a mis pechos como un ejér-

cito de niños desesperados y hambrientos...”. Por supuesto que no creo que haya quien dé mas. Esta frase, además de plenipotenciaria, es mayestática. Y ridícula, claro. Id.- Y todo ello: “antes de que mi sujetador cayera al suelo como un cadáver de trapo”. Lo que pasa por emborracharse con vinos malos. ¡Qué manía de buscar para todo una comparación aborigen y descapotable! Pág. 189.- Y así, Malena mira a Nené “con la característica sonrisa que algunos dioses condescendientes reservan para su eventual tropiezo con los groseros mortales”. Se ve que Almudena frecuenta el Olimpo y sus costumbres. Pág. 190.- Y, ya puesta: “me sentía tan grande como el cedro del jardín, y tan invulnerable como la roca verde...” Y, a todo esto, de lo que se trata es de comprar unos pantalones en Alemania. Pág. 191.- Fernando se revela como un romántico verecundo. Apenas se siente a salvo de la vigilancia de los olímpicos, coge una mano de Malena y se la pone en la bragueta. ¡Lástima que no hubiese sido la bragueta de Clinton! se lamentará Malena el día de mañana. Id.- Eso no es ser violada, Malena. Pág. 192.- Malena intenta “reunir la punta de mi pulgar con las de los otros dedos” de la mano que tiene en torno al peñe fernandiano y no lo consigue. Digo yo: o mano pequeña o un auténtico penélope. Pág. 194.- “habría hecho llorar a una piedra”. Id.- Fernando instruye a Malena sobre lo que es una polla. Todo correcto, hasta que surge el problema de que el condón es de fabricación nacional. Pág. 195-196.- Malena reconoce que, con anterioridad, sólo ha follado con un tío, Marciano (aclaremos: Marciano de nombre, pero terrestre de nacimiento), y que el acontecimiento tuvo lugar “en el agro extremeño”

Lo que ya dijimos al principio: la inexperta quinceañera Malena, la noche de su desvirgamiento en el agro, se comporta como una experimentada cocotte en pensamientos, palabras, obras y omisiones. Un verdadero dechado de cualidades eróticas. Era lo que esperábamos todos desde su nacimiento literario de la mano de Almudena Grandes. Al editor, parece ser que le pareció mucho esperar hacerlo durante doscientas páginas. Entre los lectores, ha habido de todo. Pulvis coronat opus, sentenció alguno de ellos. Pero no es verdad; sólo llevamos un tercio del libro. Para juzgar esta anticuada novela, lo suficiente. Pág. 205.- Primer párrafo, después del espacio en blanco (como ejemplo, porque hay bastantes más así, tanto antes como después). Cuando Malena evoca lo acontecido con Fernando, se pone trascendente (ella misma dice -pág. 210- que “intentaba imprimir a mis palabras y a mis acciones toda la solemnidad que admitían”), poética, romántica y hasta mística, inclusive en exceso, como intentando expresar un erotismo de dimensiones serias y elevadas. Sin embargo, cuando ha descrito la escena a la que se refiere lo ha hecho con zafiedad, vulgaridad y frivolidad. Podríamos decir que evoca como una mujer (un tanto cursi, pero una mujer), pero actúa como una niña. Pág. 206.- En medio de sus elucubraciones metafísicas sobre el amor, exageradas desde luego e impropias de una adolescente de quince años, Malena calcula cuántas horas, de las que ha pasado con Fernando, se le han ido follando. ¡Es que es tan importante que Almudena se presente a sí misma y a su personaje como una mujer liberada! Pero esto no es progresismo; esto es, realmente, progresía. Pág. 209.- ¡Avieso Fernando! En pleno ayuntamiento, desconcierta a Malena comentando una frase suya con esta exclamación: “¡No jodas!” ¿En qué quedamos? pensaría la muchacha. Id.- “...habitaríamos en solitario”. Otra vez. Pág. 210.- Una de tantas especulaciones teológico-amatorias, poéticas y arrebatadas, la culmina Malena/Almudena -y es para matarla- con una frase hecha: “sacar los pies del plato”. Pág. 211.- “...se puso de un humor de perros”. Pág. 216,- “grupos de 25 alumnos”. En lenguaje literario, no se debe poner cifras para expresar

cantidades. En enjuague literario, como es el caso, da igual. Líneas después, 18 alumnos. Son pequeños detalles que evidencian el desprecio por el estilo. Pág. 217.- “contar con los dedos de una mano”. Id.- “la abrumadora superioridad del elemento femenino que se protegían los unos a los otros...” El error no está en la falta de concordancia entre el singular del sujeto -el elemento femenino- y el verbo en plural -protegían-, sino que el verbo se refiere a “los enanos” que ha mencionado en la línea anterior, aunque nadie lo diría. Págs. 219 y s.- La actitud de la madre ante la enfermedad de Reina es absolutamente inverosímil. Lo es en cualquier caso, pero lo es mucho más dado lo que se nos ha dicho antes al personaje. Pág. 220.- “cogorza” por borrachera: no encaja en el contexto. Id.- “los masajes la sentaban bien”. Pág. 221.- “minutos que se me hicieron largos como siglos”. Demasiado original comparación. Págs. 221 y ss.- Que, después de lo que pasa, Reina tampoco quiera oír hablar de que la vea un médico es tan inverosímil como la actitud de la madre. Id.- “me metería en la boca del lobo”. Una ocurrencia detrás de otra, como se ve. Pág. 222.- “pasada de rosca”. Pág. 224.- “la suerte estaba echada”. Anoto: Malena sigue dando la tabarra con los problemas familiares cotidianos vulgares, cada vez más pesada y reiterativa. El arte literario es otra cosa. Novelar es hacer arte literario. Para lo otro ya está la vida, que todos conocemos, por lo que no necesitamos que nos la cuente nadie. Pág. 225.- Un párrafo digno de atención: “Eché a andar despacio por la calle Velázquez, y no la dejé hasta la esquina con Ayala. Entonces torcí a la izquierda, crucé la Castellana, y subí por Marqués de Riscal hasta encontrarme con Santa Engracia. Doblé la esquina, esta vez a la derecha, y seguí andando hasta Iglesia.” Periplo digno, ciertamente, de que lo hubiese narrado Robert Louis Stevenson. A mí, el momento en que atraviesa la Castellana me recuerda las tormentas y consiguientes naufragios en los atolones de La resaca. ¿Y qué decir de cuando se encuentra con Santa Engracia? Sobrecogedor No me extraña que el concejal de urbanismo le enviara a la autora un plano de Madrid chapado en oro. Id.- “buscaba desesperadamente un argumento del que colgarme como de una liana salvadora en plena selva”. Hermoso. Id.- “él se ocupaba de su padre en solitario”. Id.- Tomás adivina, con sólo una mirada, para qué ha ido Malena a la casa, pero se comporta como si no sospechara nada. ¿Cómo sabe entonces ella que lo adivinó y con tan rápidos ojos? Pág. 226.- “la tensión hacía estallar por fin una misteriosa válvula alojada en mi interior”. Esta válvula que, impropriamente, estalla, es como para ponerla junto a la liana salvadora que hemos conocido hace unas líneas. Almudena es aficionada a las comparaciones manidas. Las usa casi todas. Id.- Como era de temer, libre de la válvula, “mi cuerpo se desinflaba por dentro”, librándose de la rigidez “como de un herrumbroso e inservible escudo”. Pág. 227.- “que te quiten lo bailado”. Id.- La filosofía de la vida que Almudena Grandes pone en la mente y los labios de Tomás es como para encapsullarla y conservalla. Se reduce a dos afirmaciones chorras, que en Malena, sin embargo, producen un efecto milagroso. Id.- “habló casi en solitario”. Y otra vez: se ve que no sabe lo que significa esta expresión, por otra parte horrible. Id.- “¿qué quieres, que me eche a llorar?” Defecto común a los bestsellers, ya lo he dicho. No saben que esto se escribe así: “¿Qué quieres? ¿Que me eche a llorar?” Id.- Como un servidor, niño precoz, cuando tenía anginas, Malena pasa dulce y angelicalmente de los ojos llenos de lágrimas a la boca llena de merengue. Conmover. No puedo decir otra cosa. Pág. 228.- “si no lo hubiera visto con mis propios ojos”. Pág. 229.- Concluye -¡menos mal!- el diálogo sobrina-tío, rosigualda, castizoplasta, entreverado de frases hechas y de refranes, que parece mentira que se haya escrito a finales del siglo XX. Si alguien ha leído Los Budenbrook, El tiempo debe detenerse, Las uvas de

la ira, El gran Gatsby, Sparkenbroke, y las considera novelas con todos los pronunciamientos favorables, diga qué le parece que es esto, considerado buenísimo por Juan Palomo y señora de Palomo, que ha escrito Almudena Grandes. Id.- “volví sobre mis pasos”. Pág. 230.- La actitud de la enfermera es tan increíble como un ectoplasma campeón de ping-pong en las olimpiadas de Albacete. La cantidad de párrafos que dedica Malena a las difíciles menstruaciones de su hermana presuponen la errónea creencia de que eso pueda interesarle a alguien. Pág. 231.- “vagar por la casa como un alma en pena”. Id.- El papá tiene una intervención académica: “Lo que más me jode, coño, lo que más me jode...” Y Malena se queda inmóvil, “intentando procesar las palabras que acababa de escuchar”. No dice si, una vez procesadas, las mandó al ciberespacio, para recreo, gala y ornato del pensil florido. Las siguientes -”joder, Malena, cojones”- se quedan sin procesar. No importa: ya vendrán otras. En este campo, Almudena compite con las mejores marcas. Pág. 232.- “habló en solitario”. Pág. 233.- “el muerto al hoyo y el vivo al bollo”. ¿Quién lo habría expresado mejor? Pág. 234.- “se deshizo como por ensalmo”. Pág. 235.- “debían de estar allí”. Con el significado que tiene en el contexto, sobra de. Id.- Una vez más, escuchar por oír. Pág. 236.- “agarrarse a un clavo”. Pág. 237.- “me cerraron la ventanilla en las narices”. Id.- “barajé en solitario”. Id.- “bebiendo a palo seco”. Pág. 238.- “me tragaba las lágrimas a duras penas”. Págs. 238-239.- Lo que la autora ha anunciado como “la metamorfosis de Fernando” y que concluye en su convencimiento de que él a lo único a que aspiraba era a jodella, no está en absoluto justificado psicológicamente. Ni de ninguna otra forma. Es gratuito y absurdo. Incongruente con lo anteriormente narrado. Pero, por encima de todo, el gran error narrativo -como para descalificar in aeternum a una escritora- es que, después de detallar con minucia el testamento del abuelo, despacha en media página, y de la peor manera posible, uno de los lances más importantes de la vida de su personaje. Pág. 241.- “conserva una carta en la manga”. Págs. 241 y ss. La escena siguiente a la de la “metamorfosis” es absurda también. Pág. 243.- “como si mis palabras la estuvieran haciendo daño”. Id.- “giró sobre sus talones”. Pág. 245.- [La ciudad, en agosto, está] “tan desierta como un anciano burgo sitiado por la peste negra”. En el Círculo de Fuencarral, estos tropos por comparación inenarrable y almudena se denominan vaivenes ostensibles o, lo que es lo mismo, vulgares frases hechas por relaciones chorridentas y gilipéndolas. Id.- “el paso del tiempo la podía”. Varias veces reincidente, habrá que reputarla como incorregible. Pág. 246.- “se ponía como una fiera”. Confome nos adentramos en una larguísima y blandilenta información sobre “la abuela Soledad”, conocida por Sol en medios familiares y deportivos, pesada como otras de este libro artificialmente estirado, nos damos más claramente cuenta del garrafal error novelístico cometido por A. Grandes, al despachar en media página, y mediante una justificación absurda, el abandono de la fiel Malena por el ingrato Fernando, para el que no existe en la trama el menor antecedente de psique ni de facto que lo justifique. Pág. 247.- La abuela aconseja a Malena que coma mucho, que es lo único que consuela. Dice Malena: “Seguí su consejo, engullí como lo habría hecho un condenado media hora antes de su ejecución”. Otro tropo por semejanza gilipéndola y capicúa. Aunque algún reo, por haberse vuelto trastueque a última hora, haya comido como un limón (una lima muy grande) media hora antes de ser ultimado, no es precisamente un condenado, a treinta minutos de su ejecución, el más serio aspirante a ser la imagen prototípica del detentador por antonomasia de un apetito insigne. Id.- Recuérdese lo que dije hace unas líneas a propósito del alargamiento de la novela. Ahora, media página informándonos de cómo su abuela lee la prensa. La autora cree que el mundo suspira por cono-

cer las costumbres de la venerable anciana. Pág. 248.- “Entonces me vine abajo”. Concluido el periplo narrativo-grandésiano de la abuela, puedo sentar otra afirmación: es igualmente característica de este grupo de escritores, inmiscuirse en la trama para anunciar cómo es un personaje para que luego resulte que éste se comporta de una forma totalmente diferente. Pág. 249.- La abuela de Malena debió de ser la única mujer catedrática de aquella generación española. Puesta a tener una antepasada excepcional, me complace que haya elegido la senda de la docencia y no la de la delincuencia juvenil o el tráfico de influencias. Id.- “parecía vivir en otra galaxia”. Id.- “la abuela era un engorro para papá”. Pág. 250.- “con un amor discreto casi secreto”. La rima interna y musical que de vez en cuando estalla en el párrafo menos pensado es otro de los virtuosismos al alcance de estos prosistas que tanto placen a los botafumeiros y, por supuesto, a los entrañables palomos semanales. Pág. 251, ant y ss.- La forma en que Malena/Almudena se procura un árbol genealógico rojeras es bastante ingenua. Id.- Como no sabe explicarse, Malena viene a decir -lo afirma- que sólo los franquistas están orgullosos de su pasado y que sólo los muertos por la causa de Franco son héroes. Añade la atrocidad de que los muertos de los republicanos no cuentan ni para los suyos. Id.- La abuela sirve el segundo plato: “filetes empanados de cinta de cerdo adobada que nadie comería”. ¿Tan mal hechos estaban? se pregunta el lector apenado. No. Es que ni Malena ni su abuela (únicos miembros, por lo visto, del género humano) se apartaron, porque seguramente no tenían hambre. En su torpeza expresiva, la autora dice otra cosa. Pág. 252.- Única catedrática de la España de su tiempo, no es de extrañar que la abuela Sol fuese también la única burguesa izquierdista de los felices treinta. Por si el lector no se lo cree, ella misma enumera todo aquello de lo que era partidaria: la reforma agraria, la abolición de los latifundios, la enseñanza obligatoria y gratuita, la ley del divorcio, el estado laico, la nacionalización de los bienes de la Iglesia, el derecho a la huelga y el fichaje de sólo dos extranjeros por equipo. Probablemente, esta hoy venerable anciana fue la musa de Besteiro, Prieto y Largo Caballero, aunque se olvidase del horario de treinta y cinco horas y de las falanges macedónicas ¡Pero esto es una novela, doña Almudena, o pretende serlo! Y en una novela no se puede (debe) dibujar el pasado de un personaje a base de tales simplezas, tomadas de un folleto de quiosco sobre ¿Qué es el socialismo? De estas cosas, que bastan para descalificar a una presunta escritora, ¿no se dan cuenta los críticos?

Acudo una vez más a la comparación agraviativa: Traigamos al primer plano de nuestras mentes algunas novelas que contengan personajes interesados por la política en los años medios del siglo XX. Por ejemplo, los de 1984, Los ojos de Ezequiel están abiertos, La condición humana, Contrapunto, Los acantilados de mármol, La siesta del fauno, La montaña mágica... Comparemos sus palabras, sus análisis, sus actitudes y comportamientos con los de esta rebelde hispana con la que nos quiere sorprender Almudena Grandes, a base de transcribir el contenido de un folleto de propaganda editorial. Id.- ¡Pero! -admite la abuela, quizá pensando que un día gobierne el PP y alguno de sus nietos o de los deudos, agnados, cognados o parejas de hecho de alguno de sus nietos pueda pronunciar en Granada el Pregón del Corpus- “siempre fuimos por libre, y nunca llegamos a ser marxistas, siempre nos faltó disciplina para eso”. ¿Se enteran los intelectuales? Para ser marxista no hay que creer ciertas cosas, experimentar otras, haber llegado a conclusiones después de observar la historia, la realidad y haber hecho una buena lectura de Marx y Engels. Basta con ser disciplinado. Nota: sólo en un país de indi-

gencia cultural manifiesta, plena y adquirida, sólo ante una crítica y un estamento intelectual con más tragaderas que un cocodrilo, puede una escritora atropellar la inteligencia, mancillar la cultura, el rigor lógico, la imaginación creadora con memeces grávidas, irreverentes y mediterráneas, sin resultar condenada a cadena perpetua, escarnio vitalicio y prohibición secular del uso de la pluma por el Muy Alto Tribunal de las Bellas Letras... En España están a salvo no sólo los delincuentes, sino también los editores que los apoyan y los críticos que los encubren. Junto a los tantas veces citados miembros del consejo de ancianos de nacimiento, debemos situar aquí los nombres de Alfaguara, Anagrama, Tusquets, Alianza, Espasa, Planeta, Destino, Plaza-Janés y, ante los unos y los otros, gritar con ánimo sobrio, neto y proletario: “¡Decentes de todas las comunidades autónomas, uníos! ¡Mediante las siete claves de la sabiduría crítica filosofal, deformemos palomares, antesalas y cuadras en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la literatura miserable de España! Id.- Los amigos, sigue informando la vieja dama, la llamaban “librepensadora radical”, aunque, en el fondo, lo que eran, tanto ella como su marido, es “ácratas”. Líneas antes de iniciarse este chorreo cataratil de estupideces encadenadas, Malena nos ha dicho a los lectores penitentes que todavía la seguimos, que el pasado de la abuela había sido siempre un misterio. En familia, según nuestra cronista e informante ad nauseam, se hablaba, cuando se hablaba, de ese pasado a través de sobreentendidos, medias palabras y entre miradas cargadas de segundas intenciones. Pero esta afortunada noche, la buena mujer coge carrerilla, abre el tarro de la manteca y ¡madre mía! le dicta a la nieta su autobiografía, con notas a pie de página. Id.- “Acrata, define la valetudinaria doña Sol para el lector estupefacto, es sinónimo de tonto, de ambiguo o de desorientado, y nosotros, aunque esté mal que yo lo diga, no teníamos ni un pelo de ninguna de esas tres cosas”. (Sería ella, piensa el lector apresurado, porque el abuelo Jaime era todavía más radical de lo que puede soportar un termómetro barato). Id.- Cuando el luminoso y vetusto verbo articula estas palabras: “éramos muy independientes, nunca nos casamos con ningún partido, estábamos de acuerdo con unos en algunas cosas y con otros en otras...”, cuando articula, digo, estas palabras, que parejas a nadie habíasele ocurrido antes, es cuando el lector responsable, emprendedor, aplicado y memorialista, dice para su bolsillo del pantalón: tomemos papel y un bolígrafo, no se nos vaya a escapar algo importante. Una lección de vidas paralelas, en el mejor sentido de la palabra.

Nótese la astucia del radical matrimonio librepensador: los miembros de un partido luchaban por unas cosas; los de otro, por otras, etc. Hacían manifestaciones, se daban de adoquinazos o de balas con los adversarios, iban a la cárcel, desempeñaban otras labores propias de su sexo... y doña Sol y don Jaime, en su mesa camilla, decidiendo en qué estaban de acuerdo con unos y en qué con otros. Lo que se dice unos revolucionarios, dignos antecesores de Almudena y sus fazañas. Id.- Bueno, pero, resumiendo, viene a decir Malena, ansiosa de adornar lo más posible su pedigrí, “pero vosotros votabais a los rojos”. “Ni hablar”, corta la respetable dama sorprendiéndonos a todos: ella ni se acercaba a las urnas; en cuanto a él: “Tu abuelo, cuando se decidía, votaba por los anarquistas, sólo por joder”. ¡Lo que son las cosas! Almudena lampando durante media novela por que el abuelo aparezca como el prototipo del intelectual de izquierdas y resulta que el buen hombre votaba, no por convicción profunda ni como resultado de una seria reflexión, sino “por joder”. Un frívolo. Como la autora. Tantas lecciones de derecho político e historia mensurable empiezan a causar temblores subterráneos en la mente lectora.

¿Se puede llegar más lejos en predicaciones chorridentas de lo que ya ha llegado el conocido capulleman Javier Marías? Es la pregunta que planea sobre las cunas de los niños alfabetos de la España del siglo XXI: sobre la de Andrea Isadora, nacida el mismo día en que escribo estas líneas justicieras. Situadas a una distancia casi equidistante de Lourdes y Fátima, ¿quién protegerá a estas criaturas? Casi con certeza, no Malena de Alcántara-Pizarro y López de Hoyos-Orellana-Cortés, más disciplinada sin duda que su abuela. Id.- Al final de la página, el abuelo amaga como formulador de la teoría del caos. Lástima que la autora no insistiera en tan interesante planteamiento y nos deje, como el abuelo a sus amigos, según dice Almudena en el tránsito de la página 253 a la siguiente, con curiosa metáfora, “con dos palmos de narices”. Pág. 253.- ¡Haberlo dicho antes, Malena! Resulta que el abuelo Jaime fue “el catedrático de derecho más joven de Europa”, nada menos que “el mismo año en que a Franco lo hicieron general, también el más joven de Europa”. ¡Vidas paralelas! Yo me descubro ante esta linajuda familia, que no me extraña fuera envidiada por vecinos y conciudadanos, porque, para colmo, “algunos periódicos destacaron más el ascenso de tu abuelo que el del otro”. Id.- Los gloriosos antecedentes progres de la parlanchina dama no fueron únicamente políticos. Precisamente conoció al abuelo “una noche de juerga en el Gijón... Yo bailaba el charlestón medio desnuda encima de una mesa y él se acercó a mirarme”. Me sobrecojo. En España, donde hasta las putas son decentes y devotas de algún santo, esto de bailar en pelota sobre una mesa del café Gijón tiene mucho mérito. Id.- “mi rostro, comenta niña Malena, se desencajaba de asombro”. Lo comprendo, criatura. También el mío se desencaja. Y mi severo gusto. Id.- La propia abuela no resulta indemne ante semejantes evocaciones. “Por un instante, sus mejillas se apagaron y sus ojos dejaron de arder”. Aquí va a pasar algo, se estremece el lector vulnerable, como al rostro de la abuela no le vuelva pronto la corriente... Págs. 253-254.- ¿Dónde se habrá documentado Almudena para transmitirnos esta imagen del Madrid de los años veinte, tan distinta a la del Madrid “absurdo, brillante y hambriento” de Valle Inclán? [Era] “un sitio, nos dice, bastante parecido a París o Londres”. El lector corriente y cariacontecido duda. El crítico acompasado se estremece y especula. ¿Madrid ciudad alegre y confiada? ¿Madrid ville lumière? ¿Unos cuantos catetos compitiendo con el grupo de Bloomsbury? ¡Cristo de Medinaceli, santo y milagroso como el que más! ¿Y ese pestazo histórico a sacristía, covacha, casa de socorro, comisaría y guardia de prevención? ¿De dónde procede? Todos los miembros de la Institución Libre de Enseñanza, borrachos el mismo día y soñando en dirección favorable a los vientos mitológicos, no hubiesen configurado, en su inconsciente colectivo sociedad anónima, un cuadro más apetecible que el que nos transmite esta anciana valetudinaria pero animosa por medio de su nieta y de su madre literaria. Pág. 254.- Al abuelo parece que le hizo feliz durante toda la vida que su mujer hubiese bailado encuerada encima de la mesa de un café. El crítico prudente y ostensible piensa que o no era español o era realmente tan excepcional como afirman Almudena, Malena y el resto de los personajes de esta verídica historia que se ha de comer la tierra. Con tantas emociones, he olvidado decir que el diálogo modernista entre una abuela y una nieta posmodernas es tan castizo como corresponde a la novela costumbrista que es ésta de título tan logitudinal, como diría el autor de Todas las almas, queriendo decir largo.

Id.- Vaya, vaya, vaya, de lo que llega a enterarse uno, si es constante y aplicado en la lectura. Al final, resulta que la encantadora abuela no actuaba impulsada por convicciones filosóficas, ni para

ilustrar con ejercicios prácticos las teorías que parecían llevar camino de convertirla en marquesa consorte de Sade. Ella lo que quería, nos confiesa una vez recuperada la luz de las mejillas y el ardor de los ojos, ¡"era impresionar a Chema Morales"! ¡Ah, afortunado Chema! Se lleva todo el mérito y aquí nos deja con un palmo de orejas gachas. Seguro que era de los Morales de Lepe. Id.- Al fin, todo se explica: resulta que los padres de la abuela -bisabuelos, por tanto, de Malena -no nos perdamos por las ramas del árbol genealógico de los Alcántara, más rojo que un cocotero guineano)- eran excepcionales también. Así da gusto. Uno, que se crió en un arrabal y comió más bellotas en el banquillo de los suplentes que un loro despintado, siente envidia y llora y cruje los dientes. Pág. 256.- La abuela, por fin, rompe aguas. Está dispuesta a alumbrar toda la historia del estriptease, que antes dijo no recordar y ahora asegura haber recuperado por medio de una amiga abstemia y testimonial. Pero entonces Malena cambia el tercio y viene a decir que a ella lo que le importa de verdad es saber si conoció a los del 27. ¡Hija mía! Con tus manías literarias, nos vas a privar de que nos cuente lances fundamentales de la historia de España. Id.- Yo no soy experto en inexactitudes cronológicas, pero escucha, Almudena, ¿no estás confundiendo a Lorca con García Nieto? Pág. 257.- La autora sabe dar la pincelada precisa donde conviene. ¡La de consecuencias que puede sacar el lector alerta del hecho de que la abuela no usara corsé! Id.- Su madre, esto es, la abuela de la futura independiente, era sufragista. "Una de las tres únicas sufragistas que había en España". "La que más chillaba". El árbol genealógico chorrea ya de merengue y yerbaluisa. Que no lea esto don Jesús Aguirre, dieciochoavo Duque de Alba, porque fallece de envidia. Id.- Parece ser que las hermanas De Alcántara no se ponían de acuerdo: una quería que la madre tocara el piano; la otra, esa que ya el lector ama como si fuese su abuela paterna, que se peleara a grito pelado con las visitas e hiciera gimnasia sueca. Id.- La abuela empieza a contar la historia de su generación y la que la antecedería. El lector guerrillero y pacifista palidece. Cuando llegue a Melquisedech, piensa nostálgico, yo ya no estaré en este mundo. Id.- "Siempre a favor del voto femenino". No esperábamos menos de tus ancestros, Almudena. Id.- "Así que bailaste con las tetas al aire". Por favor, Almudena, no nos obligues a pensar en las tetas colgantes de Babilonia. Pág. 259.- La abuela, aquella histórica noche, regresó a su casa con los Fernández Pérez. Es de suponer que se tratase de los conocidos Fernández Pérez de la península. Pág. 260.- Ahora que la abuela ha dejado de bailar el charleston y de enseñar las tetas, y se limita a hablar, se percibe claramente que lo hace como Malena a todas las edades y como la madre de Malena. De hecho, siempre es Grandes la que habla. Y a la misma edad: la edad del pavo. Nota: Si recordamos a aquella tía monja, Magda, que puso las tetas sobre el altar, y tenemos en cuenta que vamos exactamente por la mitad del libro, llegaremos a la conclusión de que la importancia del factor tetas era muy grande para la familia Alcántara. Id.- Todo en este libro son sorpresas y suspenses. El futuro abuelo no busca a su futura esposa, después de aquella memorable noche, por sus tetas, ni por sus pezones que, subrepticamente, el muy pícaro ha rozado, ni por su culo, sino porque conoce "su pasión por la Edad Media, que siempre le había parecido el segmento más interesante de la historia de España". Debíó de ser entonces cuando los Alcántara adoptaron como escudo un libro de Tuñón de Lara en campo de gules, entre dos tetas unidas por un segmento. Id.- "siempre he sentido un poco de lástima por los hombres que se esfuerzan en comportarse como caballeros". Lo anotamos, Almudena. Si alguna vez coincidimos, no nos comportaremos como caballeros, sino como lo que somos. Para no distraer la atención del lector variable y cansado, no hemos señalado en su momento

numerosas frases hechas, que las hay, como por ejemplo: “aunque esté mal que yo lo diga” (252), “un palmo de narices” (253), “a duras penas” (255), “bebía como un cosaco” (id.), “a verlas venir” (256), “a grito pelado” (257), “no podía dar crédito a lo que veían mis ojos” (258), “hacíamos el burro” (260), “hoy por ti mañana por mí” (id), “me entró un ataque de pánico tan brutal” (id.), etc. ¡Cuánta penuria expresiva en estos genios! Y, antes de empezar con el comentario de un nuevo párrafo, una anotación importante: Que nadie diga que así (como nosotros lo hacemos, aplicando las siete claves de la crítica acompañada) se puede uno tomar a broma hasta el Quijote, porque no es verdad. Sólo se puede uno reír de lo que es risible, por ridículo, grotesco, estúpido o solemne. El ente de risión -libro, persona, mueble o semoviente- es como el polvo de proyección de este tipo de este método crítico. Sólo un necio puede ser tratado como necio y sólo una tontería puede ser señalada como tal. El autor a quien se critica en burla es porque es susceptible de ello y lo merece.

Ahora le toca el turno al abuelo Jaime, el conocido ácrata. Según vamos viendo, a golpe de antepasado, Almudena va rellenando su novela. Pág. 261.- “El abuelo era propietario de su cuerpo”. Pág. 262.- Como no podía ser menos, el abuelo, se nos dice, era excepcional.. Id.- El abuelo era muy divertido, según la abuela, y uno no sabe si creérselo, pues, por lo que va viendo, la abuela se ríe por nada. Por beber agua, por ejemplo, en esta historia. Id.- El abuelo “decía muchísimos tacos [...] y refranes rarísimos, muy brutos, pero divertidos, siempre de sexo”. Un precursor. Id.- Almudena se hace a un lado y la abuela asume el papel de narradora.. La verdad es que da igual. Id.- “A éste, que se llamaba Ramón...” ¡Pero si son dos! ¿Por qué dices “a éste”? Pág. 263.- “Tenía una memoria de elefante”. ¿Dónde he leído yo esta expresión? Págs. 263, ant, y ss.- A base de parrafadas de media página, cortadas por unas intervenciones de Malena que no tienen otra misión que disimular que la autora narra por medio del desdibujado personaje de la abuela, aquella continúa desparramando pesadamente el relato en clave de costumbrismo obsoleto y troglodita. En medio de una de esas herrumbrosas plastas, nombra, como lecturas del abuelo, a Baroja, Orgullo y prejuicio y La cartuja de Parma. Yo me pregunto: si tuvo en el pensamiento esas tres cumbres de la novela, ¿no sintió ganas de romper lo que llevaba escrito de este cocido rijolento y casposo? Págs. 263-264.- Malena sigue dando pie, con sus intervenciones de actriz secundaria, a que la abuela siga perorando mediante párrafos de media página. Es un recurso de principiante sin mucho porvenir. Pág. 264.- “Tiró de la manta”. Lo que se expresa con esta frase hecha es lo que hizo don Jaime en el caso de la criada y el collar robado, que fue el que, dice Almudena, también con expresión acreditada, “le lanzó a la fama”, pues, insiste en las metáforas, “se formó un follón de mil demonios”. Expresiones de gran altura literaria donde las hubiere y se detectaren, como se ve. Págs. 264-265.- Otro pecado que comete muchas veces Almudena: luego de pintar en veinticinco líneas a la abuela como madre despegada, dedica otras tantas a demostrar que la verdad es que era muy pegada. Esto aparte, ¡qué forma más antigua!, ¡qué tema más antiguo!, ¡qué contenido más antiguo!, ¡qué pena que esta clase de “literatura” se promocione a pocos años del final del milenio y después de que, hace más de medio siglo, la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica configurasen una visión del mundo que propicia formas artísticas muy diferentes! Id.- El mismo ritmo de pegue-despegue lo aplica a las relaciones materno-fetales de la abuela con sus nacituros. Pág. 266.- ¿En que quedamos, Malena, bonita de cara? Al inicio del nuevo párrafo, en el curso de unas pocas líneas,

dices que las palabras de la abuela te escandalizaron profundamente, aunque ni las analizaste siquiera. En seguida que, sin embargo, esa vergüenza se disipó pronto. Para, más adelante, afirmar que, durante algunos años, “dedicarías todavía muchas horas a desmenuzar aquella desazonadora confesión”. Pág. 269.- “escurrir el bulto” Es excesivo el espacio que la autora dedica al pasado de la abuela. ¿Por qué al de ella y no al del abuelo o a los de la abuela y el abuelo maternos? Está llena de descompensaciones esta novela, carente del menor atisbo de composición, que casi seguro hubiese sido sólo la mitad de mala, si le hubiesen suprimido la mitad de páginas. Ni a su madre ni a su padre, ni siquiera a sí misma, dedica la protagonista tanta atención como a esta pedantísima abuela. ¡Qué señora más engreída!

Examinándola con una atención que no merece tanta guardarropía costumbrista, naftalinoide y apolillada, se perciben en Almudena es el nombre de un tango dos líneas narrativas (por decir algo): una que es la claramente marcada por la autobiografía de la autora -cuya presencia es innegable, independientemente de que ella viviera o no exactamente “esas” anécdotas - y otra, especialmente cargante para el lector, constituida por una serie de parches destinados a hacer ver lo progres, críticosociales, rojeras, anticlericales, ateos, maspalomas y gatopardos, que, a pesar de las evidencias en contrario, eran todos los miembros de la familia, menos uno que se une al continente. Pag. 271.- Malena no aprueba que la abuela haga alarde de una resignación que puede parecer cristiana y la amonesta. Ya la ha amonestado con anterioridad por algo parecido. Atiende, Almudena: quien está analizando tu novela es ateo, pero tiene un gran respeto por la inteligencia y no juega a representar ningún papel; mucho menos, uno de esos papeles que “se llevan”. ¿De verdad piensas tú que todo es negativo en el cristianismo, como machacas siempre que puedes, a lo largo del libro? ¿De verdad piensas que la cultura cristiana no posee ningún valor? ¿De verdad piensas tú que franquismo y cristianismo vienen a ser la misma cosa? ¿O es que, como los demás miembros del grupo de bestsellerados, eres aficionada a decir tonterías in situ? Pág. 272.- ¡Es la leche! -rásgase el crítico la sobrepelliz-. En medio de una entusiasta parrafada, en la que la incansable abuela hace el elogio del gran amor que se tenían ella y su marido el ácrata, con detalles merengados y rosigualdas como el de retrasar uno el momento de quedarse dormido para contemplar el sueño del otro, se siente obligada a decir para el público consecuentemente almudenense: [pero] “no creas, éramos muy modernos”, lo que en su abuelesca acepción quiere decir que, al mismo tiempo que intercambiaban gardenias y gabardenias, y chorreaban baba con miel, se juramentaban para aceptar civilizadamente un posible enamoramiento extraconyugal, o inclusive extraterrestre, del otro. Lo más normal desde el punto de vista psicológico, en unos grandemente enamorados. ¡Con lo que el gran amor tiene de posesivo! Estas niñas no respetan ni los grandes amores ni nada. Y así va el mundo, como dice mi portera, ¡qué mala es la gente! Id.- El abuelo es aficionado al ajedrez y aquí se nos dan detalles sobre el tema. Id.- La abuela emplea unas interjecciones propias de dos o tres generaciones posteriores a la suya. Id.- Almudena habla de nuevo elogiosamente de Peter Pan. Por lo visto, no se ha enterado de que algunos piensan que es un cuento fascista. Id.- Malena se estremece ante la idea de que el abuelo pudiera haber sido machista. Estaría bueno que, a estas alturas, le estropease el expediente familiar. Pág. 274.- La abuela, como buena moderna, trabajaba. No se nos dice en qué, pero el caso es que tenía tiempo para asistir a todos los juicios. Id.- Las memeces blandilentas que cuenta la abuela sobre las gracias de su cónyuge y suyas propias sólo se

explican por un estado avanzado de esa chochez que muere porque no muere. Lo más penoso es que se nota que la autora está creyendo ser muy graciosa en este pasaje. Si ésas son todas las monadas dignas de mención que sabían hacer los abuelos más valía que los hubiese dejado sumidos en una hierática seriedad castellana. Id.- La abuela sigue cargando sobre lo mismo: lo que se querían, lo unidos que estaban... Y, por lo que veo, ¡aún quedan doce páginas abuelares! Págs. 274-275.- Total, que los sedicentes modernos son más machistas que el tercer huevo de Colón. El se harta de tener aventuras extramatrimoniales. Ella tiene derecho a hacer lo mismo, aunque sólo en teoría y con el solo fin de “conservar mi propia identidad”. Porque si de verdad algún fulano “la mira al escote en una fiesta” (nada nos dice sobre si la obscena curiosidad tenía lugar en jornada laboral) el futuro anciano “se ponía de una mala leche que no había quien lo aguantara”. ¿Y si ella bailaba con otro? Pues, según recuerda muy bien la abuela, “se ponía morado”, como los ojitos de María de la O, de tanto sufrir Pág, 275.- Las aventuras del abuelo fueron incontables (lo que a algún puntilloso le podría parecer incompatible con el babeante amor que se nos ha descrito) y, como machista diplomado -porque lo era-, dice, cuando ya no tenía fuerzas ni para destapar un refresco sin gas, “nunca te he sido infiel”, a lo que ella responde que “siempre lo había sabido”. ¡Bonito! Digo que sería difícil inventar un argumento y una trama más vulgar. Pero, por lo visto, es lo que se lleva esta temporada. Y, a todo esto, el relato principal sigue abandonado desde hace más de cincuenta páginas, en un momento cuspidáneo, dicho sea como si nos lo tomásemos en serio. Id.- Me refiero a las seis últimas líneas del párrafo que concluye casi al final de la página: a Almudena, de vez en cuando, le da por dotar de solemnidad su historieta, y dice unas cosas que le producen a uno vergüenza por delegación. Y en ese estado pasa al siguiente. El pasado de la abuela es inagotable. Ahora nos enteramos de que la resistencia del abuelo a abandonar este valle de sollozos era excepcional. Nada menos que hubieron de matarle entre su mujer, el hijo de ambos y padre de Malena, el Gabinete de Guerra, el Ministro de Justicia, la Segunda República Española en pleno, el país entero (en el que, por lo visto, no estaban incluidos los anteriormente nombrados), la hermana Elena, el cuñado Paco y dos o tres soldados de Franco o tal vez un regimiento, asimismo, al parecer, de allende los Pirineos, pues tampoco estaba incluido en el país. Barrunto una lección de historia como no habrá habido otra. Pág. 276.- Peor de lo que esperaba, porque la abuela historiadora no la expone, sino que, según Malena, la vomita, agria y compacta, aunque, en seguida y poco a poco “se fue reblandeciendo, hinchándose de rabia, volviéndose húmeda y fresca, más negra y más pesada, y agotándose al fin”, etc., etc. Todo un proceso químico como se ve, del que, luego de tantísima literatura, yo no sabría decir si tuvo o no un final feliz. Págs. 277 y s.- La anciana y achacosa abuela se expresa -tacos incluidos- como una muchachita de la generación siguiente a la de la autora. Págs. 277 ant. y ss.- Es demasiado largo este inciso sobre los abuelos, demasiado. Y no tiene nada que ver con el tango. Lo peor es que Malena, con su pesadez y su curiosidad, está haciendo pasar un mal rato a la buena mujer. Pág.- 278.- Siguen apareciendo nuevos personajes en la historia dentro de la historia, Ahora, un tal Paco, “mandamás del canal de Isabel II”. Pág.- 279.- .La abuela da explicaciones a la nieta de por qué se quedó embarazada, pese a ser tan moderna. Los detalles ridículos de esta índole que tiene la novela son incontables, como las estrellas del cielo, las arenas del mar y los tontos de la tierra. Elevo una plegaria por Juan Palomo y señora de Palomo y por todos los críticos e historiadores de la literatura que se han tomado en serio esta novela. Id.- ¡Puñeta! No es ya que se nos cuente todo el pasado de la abuela, es

que se entra en detalles como el de cuántas veces cohabitó con su marido -veinte- en medio año. ¿Que no tenían ganas? ¡Bueno, mujer! Eso no lo convierte en noticia para la posteridad. Id.- La abuela tuvo hemorragias, la abuela vomitaba, la abuela tuvo que guardar reposo, etc., etc. ¡Ya está bien, Almudena! ¿A quién crees que le interesa todo esto? Pero, por lo visto, se trata de un prurito irreprimible. Si es así, satisfazlo fuera de la narración: coge las difíciles menstruaciones de Reina, el desvirgamiento rural de Malena y los achaques de la abuela embarazada y escribe una trilogía tocoginecológica, con recetas, consejos y lista de fármacos incorporada, que te prometo no leer. Id.- Quede claro que los viejos no celebraron nunca la Nochebuena, pero sí la Nochevieja. Lo contrario nos hubiese escandalizado. Como nos escandaliza, a fuer de modernos consecuentes, que les pusieran Reyes a los niños. ¡Qué barbaridad! Almudena comprende el desaguisado ideológico y obliga a la vieja a excusarse: “ya ves tú, qué absurdo, en el fondo era estúpido, porque no éramos creyentes...” La que es estúpida y absurda es esta explicación vergonzante, que ofende la inteligencia del lector hispano, partidario de los magos y de sus roscos, sea creyente, sea de la rama lagarterana, bética, de secano o carmelita descalza. Id.- ¿A dónde pretendes llevar al lector respetable, Almudena? Observo que llevas muchas páginas presumiendo de familia pobre pero honrada, cuando te has llevado antes más de doscientas haciéndolo de niña bien, con mansión en un barrio de alta burguesía, colegio de monjas, fincas en el agro y antepasados conquistadores... ¿En qué quedamos? Id.- Aunque no es actitud propia del crítico filosofal, me rasgo el anorak. Resulta que un ordenanza del Juzgado les consigue un pollo y los cronistas de Indias sin enterarse. Pues así fue. Tiemblo de impaciencia, como, imagino, todos los lectores, hasta saber cómo guisó la abuela la mencionada ave de corral. Id.- Precursora en todos los terrenos, la abuela quiso abortar, pese a no encontrarse incluida en los futuros supuestos legales. Ante semejante noticia, el lector iconoclasta desea fervientemente que, cuando le llegue el momento del óbito, sea a través de una eutanasia bien glosada por su nieta y madre literaria. Nota que no necesitarán las personas inteligentes: yo soy partidario de los tres supuestos legales y del cuarto aún no aprobado del aborto; y del derecho de las personas a elegir una muerte digna. Pero me revienta las taleguillas la progresía, sida intelectual de este país de pijosdalgos.. Y Almudena Grandes es una progre que dice, no lo que piensa o siente, sino lo que cree que la va a dejar bien ante los otros progres). Pág. 280.- El médico desaconseja el aborto y la abuela acude a una vecina experimentada, a quien asegura que la pagará por la faena. Id.- Y vengan detalles de la operación... ¿Qué tendrán que ver con la novela? Id.- La abuela demuestra tener más memoria que el ordenador de un elefante albino. Pág. 282.- Media página para que la abuela explique lo que sintió al descolgar el teléfono. La otra media, para lo que expele por su boca, sobre un asunto que nada tiene que ver con la novela ni con la novela dentro de la novela. Pág. 289.- “En las fotos estoy guapa, realmente guapa...” Como Almudena Torres, como Cebrián, Gala y Marías, Maruja Grandes se muestra muchas veces, a través del texto, satisfecha de haberse conocido y de caminar consigo misma, del brazo, por la vida. Id.- Confunde escuchar con oír, también como los otros cuatro. Id.- Reflexiona a la puerta de la iglesia, bajo “una tormenta de gotas de arroz [que] tiñó de blanco el cielo bajo mi cabeza”. Y concluye: “la has cagado, tía, ahora sí que la has cagado”. Id.- El lector se hace perfectamente cargo de cómo era el hombre con quien se casa Malena, si ella misma dice: “mi marido era un hombre impresionante”. (Véase lo que decimos en el prólogo a propósito del uso en la novela de convencionalismos y valores entendidos. Quien confunde la expresión novelística con la cola del bonobús es que no es nove-

lista.) Id.- “fue celebrado con grandes muestras de entusiasmo por el elemento femenino de la familia”. Ni las revistas del corazón y vísceras adjuntas emplean ya este tipo de expresiones. Ni de éste: “Reina me pareció especialmente impresionada”, que además es aliterario. Id.- Es incongruente con las doscientas ochenta páginas anteriores que Malena se case por la Iglesia, con ramito de flores, chaparrón de arroz, tarta y todo lo demás. Pág. 290.- “por ningún concepto”. Como Gala, Marías y Torres, Grandes expresa con frases así su nostalgia del funcionariado ibero. Págs. 292-292.- “Los chillidos de la cerda cabalgaban en el aire helado para anunciar con un matiz discordante, casi grotesco, el idílico paisaje que se ancló en mis ojos apenas dejé atrás la última casa del pueblo”. Almudena pasa de los boqueros vinagreta al merengue romana mediante unas camballadas que dejan en suspenso el ánimo del lector voluntarioso y desprevenido. Yo no me explico cómo asesores literarios, críticos, lectores y presuntos colegas de la autora pasan por encima de párrafos como el transcrito y no tienen, después, que guardar reposo. Pág. 292.- Párrafo que, atendiendo a los criterios de convergencia, se completa con frases de este tenor: “la nieve toma venganza de los cerezos desnudos”. Es sabido que, en un cierto sentido, las imágenes y las metáforas se dividen en cursis y espontáneas. Esta pertenece al primer grupo. Id.- Regreso a la berza vinagreta: “volver sobre mis pasos”....”“cerrada a cal y canto”. Id.- Malena quiere comunicarnos que lo que siente por Fernando es un gran amor, una pasión, pero eso no logra comunicárselo al lector quien, con todo derecho, no lo cree. Pág. 293.- En cuanto a la ruina moral de Malena por causa de ese amor, ella dice que existe, pero el lector autorizado no la “ve”. Id.- Malena idea reconquistar a Fernando a base de anuncios por palabras en el *Hamburguer Rundschau* (la autora no dice cuánto le costó la campaña y es un dato que yo echo de menos), el más ingenioso de los cuales reza así: “Si sólo te sirvo para follar, llámame. Iré a follar contigo y no haré preguntas”. Por lo que se ve, el hispanoalemán no respondió al requerimiento apasionado. Menos mal. Porque si, al gasto de la publicidad mediática, hubiese tenido que añadir un billete de Lufthansa, habría sido el polvo más caro de la historia. Pág. 298.- También como sus colegas bestsellerados, Almudena confunde esquina con rincón. Pág. 299.- “reemplazó la botella vacía por otra llena antes de llenar...” Id.- “Porfirio bebió en solitario”. Id.- No es de extrañar que, después de las gratificantes experiencias habidas en el agro con su primo, Malena caiga de lleno en la jododependencia. Por eso, a falta de otro más joven, ahora quiere acostarse con su tío. Apuesto el brazo que no perdí en Lepanto a que lo consigue. Pág. 302.- “Cuando [Reina] creyó haber reunido las garantías precisas para prescindir de su himen, me informó generosamente de las consecuencias”. Por el momento, esta frase, que me consta no es un chiste, desplaza de la primera posición, en el ranking chorridento, a la de los cerezos. Al parecer, asesores, críticos, profesores, académicos y lectores pasaron sobre ella sin darse cuenta del peligro que entrañaba. Pág. 303.- El párrafo que aquí termina insinúa la posibilidad de que Malena caiga también en la drogadicción. Con la abuela que le hemos conocido, no esperábamos menos. Pág. 309.- “se había puesto rojo como un tomate”. Una observación que, sin duda, acredita a una escritora como oriunda del agro. Pág.312.- Una buena noticia, que alegra al lector elocuente y avisado: a Almudena/Malena le gustan mucho las mollejas. Pero... primer contratiempo serio: a su flamante marido le dan asco. Pág. 312-313.- En dos medias páginas, resuelve Almudena el contencioso de las mollejas, que a Malena le sirve para llegar a una conclusión: no debe una acostarse con un hombre al que no le gustan las mollejas. Pág. 313.- Suben al apartamento de él, “en un ascensor que conducía directamente a las viviendas”. Si no lo hubiera

hecho directamente y a las viviendas, ¿cómo y a dónde iba a ser? ¿A las Batuecas vía Villanueva del Arzobispo? Pág.314.- “pidiéndole peras al olmo”. Id.- Inverecunda al extremo, por causa de achares y duquitas, Malena se acuesta con todo el que puede. Distingue, sin embargo, entre polvos accidentales, de cuyo sujeto activo ni se acuerda, y otros que no califica. Ella, cuando llega a una fiesta, lo primero que hace es hotear el braguetal y, del resultado de la inspección, resultan polvos accidentales o de los otros. Págs. 314-315.- A la vista de la escena que presiento y de la ya desarrollada en un hotel sevillano con el tío Porfirio, quiero referirme a algo que Almudena, como los demás que la acompañan en el éxito de público y de crítica, parece ignorar: que, desde el punto de vista de su tratamiento literario, la sexualidad puede ser degradada o sublimada. Lo primero da lugar a la pornografía; lo segundo, al erotismo. Las edades de Lulú, ya lo demostramos, es una novela porno; peor aún, pornocostumbrista, no erótica - además de pésima novela-, aunque un jurado de viejos verdes creyera lo contrario. En cuanto a Malena es un nombre de tango, es una novela costumbrista con abundantes escenas porno o, más bien, gili-porno. Pág. 315.- De hecho, ni siquiera de pasajes de novela pornográfica se trata algunas veces, sino de novela verde. Almudena Grandes vulgariza la degradación sexual y se queda a veces hasta por debajo de las buenas novelas pornográficas. Id.- Santiago es tan comedido, que se corre muy delicadamente, sin que la beneficiaria del producto del corrimiento se dé cuenta. Por corrida -en otra acepción del término- que esté Malena, es lógico que se cabree y sienta deseos de tirarle su cabreo a la cara, según dice, “como un guante”. Págs. 315-316.- Hasta el final del párrafo -dos medias páginas-, instructiva conversación sobre corrimientos, corridas, corridos y corredurías impetuosas o furtivas. Pág. 316.- Una de las cosas que Malena tiene que reprocharle a Santiago es que no gritase “¡Hala, Madrid!” mientras se corría. Pág. 316.- El silencio de Santiago “me devolvió las palabras del Fernando más heroico, el más adorable, el más duro y el más dulce”. Los fallos novelísticos de este cariz que comete Almudena Grandes son numerosos. Ha descrito prolijamente, en su momento, sus encuentros con Fernando, y el lector no ha captado, no ha podido captar, que éste fuera heroico, adorable, duro ni dulce. A menos que se considere heroico, adorable y dulce conducir una moto y hablar de pollas, y duro decir “no jodas” cuando está precisamente en ello. Id.- “tardé una eternidad”. Págs. 316-217.- Malena cuenta los escalones de una escalera “en sentido rigurosamente inverso”. Si no lo hubiese hecho rigurosamente, ¿cómo lo hubiese hecho? Pág. 317.- “tenía el pelo revuelto de dar vueltas”. Id.- Estaba hablando de Santiago y de sus torpezas en el tálamo y, de pronto, empieza a hacerlo de Fernando, residente en Alemania y más escurridizo que una gamba a la plancha. El lector se desconcierta. No sabe si se trata de un sueño, un flash back o del resultado de un auténtico viaje aprovechando una oferta. Pág. 319.- Resulta que Malena y Fernando van “de excursión” a la planta baja de la mansión solariega de la familia. Pero seguimos sin saber si en el presente, en el pasado o en sueños. Pág. 320.- “donde cursaba el último curso”. Id.- “Yo me ponía como una fiera”. Id.- “picaba yo, entrando al trapo”. Pág. 321.- Complacidos, nos enteramos de que Fernando tiene la picha más grande que el marido de la psiquiatra alemana. Id.- Detallista, Fernando no sólo informa de eso a su amada española, sino también de que, al día siguiente, la doctora, lastimada de haber asumido semejante peneuve, prefiere el sexo bucal. Algo que, según el informante, tuvo sus ventajas. Id.- Insiste: “Tendrías que haber visto la cara que puso cuando me corrí. Se lo tragó todo y tenía los ojos cerrados, como si le encantara el sabor”. De lo que deduce una verdad profunda y universal, que consiguientemente afecta a todo el sexo femenino: “por eso digo que las tías

sois muy raras”. Y un consejo de cosmética: “Dicen que es buenísimo para la piel tragárselo”. Id.- La conversación sobre las hazañas erótico-dermatológicas de Fernando, que Malena no se termina de creer (para ella, Anelieuse, “polvo de prestigio”, no existe) es de besugos moribundos en su lecho oceánico de muerte. Id.- El arrebatado de celos que, de pronto, le entra a la señorita De Alcántara es incompatible con su actitud de aguantar tantos detalles de los amores germanos de él. Pág. 322.- “¿pero qué te has creído, que estas cosas se hacen para ganar o para perder algo? Esto se escribe así, Almudena: “pero ¿qué te has creído? ¿ Que estas cosas, etc.? Id.- Malena, que líneas antes ha dicho a gritos que las técnicas bucales de extracción de vitaminas faciales, a que tan aficionada es la alemana, no van con ella, y que no espere que acceda jamás, cede pronto, se arrodilla cabe la bragueta de su primo y se aplica, dice, “a gestionar con la mayor eficacia posible el sexo de Fernando”. Gestión que, aunque le resulta emocionante, no le impide aprovechar la circunstancia de oír pisadas en la planta de arriba, para presumir de mansión, informándonos de que, allí, cada dormitorio tiene su cuarto de baño. Pág. 323.- Alguien se acerca. Peligro. Pero nuestra heroína, permanece arrodillada, “sin decidirme a soltar la presa, el escurridizo reborde de carne húmeda, como soldado a mi boca, reposando todavía sobre mi labio inferior”. Id.- Las pisadas se acercan y, sin embargo, “no pude resistir la tentación de recorrer con la punta de la lengua el dorso de la espada que estaba a punto de degollarme”. Id.- Y, en medio de todo esto, unos “procesos mentales”, una elucubraciones psicológico-ventrílocuas, que lo dejan a uno sin saber qué significa mente. Id.- Malena, todavía genuflexa, se afana en el cálculo de “un abrumador porcentaje estadístico” sobre los ruidos en su torno -especialmente el de la cremallera de la jaula- que puedan alertar a la intrusa o intruso. El pajarero, tan concienzudamente gestionado, zanja la cuestión cogiéndola por los pelos y aplástándole la cara contra el alpiste. Ella acepta sumisa el conminatorio movimiento que la obliga a seguir gestionando, “por un motivo tan esencialmente ajeno a la lógica como a la tradición”. !!!!! Me he detenido un momento, y perdonen, para solicitar una entrevista con los asesores y el director de Tusquets. La aceptación de esta novela por los editores -dice Juan Palomo que entre ellos se pelean por Almudena Grandes-, el público, los periodistas, la mayoría de los escritores y los grandes críticos tiene que tener una explicación. Pág. 324.- Por fin obtiene el medicamento y dice: “Nunca me había sentido tan poderosa”. Más vale así. Concluye el capítulo. Ganas me entran de brindar por Almudena Grandes con clorhidrato de propanodol y después ponerme a hacer un solitario. Sólo de idus a calendas, se encuentra uno en un libro con pasajes como algunos de los que contiene esta novela, que recuerdan la estructura de un sindicato vertical. En cuanto a chorrez recalcitrante y sálvesequiénpueda, no sé si quedarme con el del currículum vitae político-sexual de los abuelos o con éste de la gestión bucal por Malena del llamativo baremo de Fernando. Ambos corresponden a chorradas de amplio espectro; cumbres literarias debidamente ensalzadas por Juan Palomo y señora de Palomo, Conte, García Posada, García Montero, Sanz Villanueva, Guelbenzu, Savater, Ramón de España y demás alabareros. Tal vez sea el momento de recordar que esta novela ha tenido más de veinte ediciones y de confesar que si yo he encontrado en ella tantísimas frases hechas, faltas gramaticales, defectos de estilo y chorradas memorables es porque me muero de envidia, no porque las contenga el libro.

Pág. 325.- Nuevo capítulo. Al parecer, el regreso de Fernando al agro no ha sido un sueño. Tampoco se ha tratado de la visión retrospectiva de una escena antigua. Bueno, pues si se trata de un

suceso “real” -de realidad literaria- y en el “presente” de la ficción narrativa, constituye un fallo de muchas peonzas que al lector se le deje sin saber el cómo ni el por qué del adviento fernandiano o, quizá mejor, de la fernandofanía. Después de tantos dengues del proclive, de su prolongado silencio, de su falta de respuesta a los mensajes angustiados de la enamorada, era obligatorio explicar por qué ahora sí venía a España, al lugar de sus lares y penates, para en seguida irse “de excursión” con ella a la planta baja de la mansión solariega. Págs. 325 y ss.- En cualquier novela, la aparición de un -y no digamos muchos- nuevo personaje, cuando ya se ha consumido más de la mitad de su extensión, puede ser censurable, salvo decisión contraria de las autoridades competentes. Constituye una desconsideración al lector apocado pero heroico que merece severa reprimenda. ¿Qué pretende Almudena sacando del limbo, donde justamente se hallaban hundidos, otros Fernando, otros Santiago, otros tipos con cara, según se adivina, de cartero comercial? ¿Lo he dicho ya? Esta novela, con la mitad de páginas, hubiese sido exactamente la mitad de mala. En el siglo de Joyce y de Samuel Becket, de Faulkner y de Steinbeck, de Baroja y de Valle Inclán, de Camus y de Sartre, de Virginia Woolf y Katherine Mansfield, Nathalie Sarraute y Margueritte Yourcenar. Y Duras y Lessing y Kafka, Musil, Svevo, Huxley, Hesse, Greene, Green, et-ca-e-te-ra, et-ca-e-te-ra, ¿cómo puede haber editores, críticos, agentes mediáticos, historiadores y lectores tan catetos como para tomársela en serio..., peor aún, para bendecilla y alaballa como al Santísimo Sacramento? En los días en que escribo esta parte, se jalea la entrada de España en el ámbito de la moneda única. Como aquí siga imperando como hasta ahora -en el siglo XX, más que en ningún otro momento de la historia- el amiguismo, el enemiguismo, la irresponsabilidad, la inercia, la parcialidad, la falta de rigor y seriedad, la incompetencia, la cobardía, la mentira, la venalidad, pero, sobre todo, repito, el amiguismo, el enemiguismo, la inercia y la cobardía, ciertamente, no entraremos en la Europa de la cultura. Alguien dijo que España es una deformación grotesca de la civilización europea. ¡Sabias palabras! Pág. 327.- Como en el caso de Maruja Torres y, sobre todo, de Gala, Muñoz Molina y Javier Marías, aquí brota la autocomplacencia. Los demás personajes de sus novelas miran a aquél en que ellos, los autores, descaradamente se encarnan, con arrobos, como a los seres excepcionales que ellos mismos dicen que son, tanto en el aspecto físico -que a mí no se me ocurre discutir-, como en el intelectual, que sí discutiría. Cuando dejase de reír. Marías, Torres y Grandes lo hacen mediante el poco airoso truco de escribir siempre en primera persona. Gala, que escribe en tercera, aunque con perspectivismo de primera (persona, no categoría), lo hace en plan de deus ex machina, mediante apariciones breves pero apoteósicas, durante las cuales arregla todo cuanto haya que arreglar y recibe un merecido homenaje de sí mismo. Pág 328.- Malena ve “con el borde de las pestañas”. Seguramente, Almudena quiso decir otra cosa. Id.- Está en un bar, mirando a uno que, de creerla, era el más feo de la década y dice, al más puro estilo de Marías: “apoyé mi propio índice en el pecho”. ¡Pues hubiese estado bonito que se hubiese apoderado del índice del feísimo o de cualquier otro cliente para apoyarlo en un lugar tan íntimo! Id.- “Warhol ejercía sobre ellos una despótica cuota de fascinación”, asegura, pero no nos explica cómo se ejerce una cuota. Cuando Grandes se eleva a grandilocuente es de temer.

Como Marías de los mendigos, marineros, etc. Almudena pretende que nos creamos que todos los miembros de un colectivo humano -aquí, el de “los homosexuales enfermizos”- hacen las mismas cosas, en el mismo sitio, a la misma hora, acompañados de una mujer idéntica y conducidos por un

líder de pelo canoso, abrumado por su responsabilidad y escuchado con fervor... Así lo afirma para nuestro pasmo. Y más aún: cuando desaparecen dentro de los servicios, no pueden hurtarse a la perspicacia de Almudena, que sabe que han ido allí a masturbarse mirando fotos de Alicia Lidell. Pág. 329.- En medio de una conversación de lo más pedestre, Malena siente fascinación, estupor y otros sentimientos inefables por causa de las chorradas que dice el feo. Id.- “Los ojos como platos”. De verdad, Almudena, una escritora no debe emplear expresiones como ésta. Ni como ésta -id.-: “dejó una propina descomunal, una cantidad astronómica”. Esto es antiliteratura. Pág. 331.- El feo le entrega el abrigo “con una mano absolutamente desprovista de ulteriores intenciones galantes”. Vamos a ver, vamos a ver... Déjame que tome aliento. Primero: ¿puede una mano tener intenciones? Segundo: aunque pudiera, ¿cómo va a estar desprovista ahora de nada ulterior? Id.- El feo felicita a Malena por su inteligencia, porque ha adivinado que él fingió pararse a comprar cigarrillos, para que ella pasase delante y mirarle el culo. La chorrez, aquí, se convierte en doblechorrez alambicada y aguda, porque, desde que ella se alejó por primera vez de la barra, el voyeur había tenido varias ocasiones para contemplar algo que, para colmo, ya no se valora empaquetado. Y, a todo esto, el lector reivindicativo y ecuánime no sabe si esta vertiginosa acción se desarrolla en el presente novelesco o si la autora está rememorando el pasado lulú de Malena. Id.- “mi silencio tenía la virtud de impacientarme más concienzudamente que cualquier negativa”.(¿-¿) Id.- Grandes se transfigura -una vez más- en grandilocuente: “su mano derecha se coló dentro de mi abrigo, y su pulgar recorrió mi pecho izquierdo con el gesto de un alfarero que elimina la arcilla sobrante de la superficie de una vasija recién hecha”. Breve lección que te doy desinteresadamente. ¿Tú qué pretendías, Almudena? Sin duda, despertar en el lector la sensación de ese tacto que recibe tu asequible personaje. Pues, mujer, déjate de comparaciones ridículas, tan plenipotenciarias y ambidextras que, al final, en este caso, en vez de hacernos pensar en una caricia nos hacen pensar en un botijo. Id.- “bien a su pesar” Id.- Dice Malena que el feo “era un individuo excepcionalmente brillante y lo sabía”. El que no lo sabe, ciertamente, es el lector, pues únicamente le ha “oído” decir chuminadas plastiformes y comportarse como un majadero comarcal. Id.- Sus principales virtudes, según Malena, son: “una elocuencia pasmosa, una lucidez demoledora, una corrosiva actitud para el sarcasmo”. Se ve que lo mira con buenos ojos. El lector, pese a moverse en zig-zag y calentar motores, sigue viéndolo como un imbécil desmarcado, que no dice más que tonterías. Esto aparte, si la elocuencia admitimos que pueda resultar pasmosa, lo de la lucidez demoledora y la actitud corrosiva no nos resulta tan claro. Pág. 332.- A base de virtudes de esa índole, de “valores y contravalores”, el feo se va transfigurando a los ojos de Malena. “Esta se va a llevar un chasco”, piensa el lector avisado y hermeneuta. Id.- Resulta que el feo es un “misógino defensivo”. Cosa de las tácticas modernas, seguramente. Así se pierde espectáculo y se entrega el centro del campo al adversario. Id.- A Malena, no sabemos si adúltera o no, pues aún no nos han dicho en qué dimensión nos hallamos, le “encantaba acostarse con él [el feo]”, pero no llega al amor, “coartada suprema”. Id.- Poco imaginativos ambos, a pesar de su excepcionalidad, se veían a menudo “para ir a alguna parte, que casi siempre se encontraba en las listas que los dominicales de los periódicos recomendaban bajo el rótulo de “sitios de moda”. Faltos de imaginación y horteras. Pág. 333.- Son tan intelectuales ambos, que hacen el amor rodeados de pilas de libros, cintas magnetofónicas y periódicos. Antes nos hemos enterado de que él, como “buen misógino defensivo”, “se confesaba incapaz de desear a una mujer tonta”. Justo al revés que Bécquer, el mejor poeta espa-

ñol del siglo XIX. Pág. 334.- “Eres un tío muy interesante”, piropea Malena al feo. El lector se pregunta: ¿por qué lo dirá? Pág. 335.- Una instructiva página de modas. Id.- Aunque sin llegar a la altura de su hermana, parece ser que Reina tiene muchos amantes, aunque con ellos echa -¿cómo lo sabe la informante?- “un polvo triste”. Pese a lo dicho, para que no falte de nada, la pareja fija de Reina es una mujer. Id.- “que la echaran un polvo”. Por lo que se ve, Malena, de cuya vida se hace cuestión en este libro, se pasa todo el tiempo de holgazanas y jolideis, sólo pensando en follar.

Nota: esta es una novela giliporno. Trescientas treinta y seis páginas llevo leídas y caigo en la cuenta de que, exceptuando el periodo de lactancia, sólo contiene la historia de los polvos de Malena; una pulvigrafía que, por lo reiterativa, no sorprende ni a un superviviente del biocausto. Con toda la razón del cosmos, el crítico acompasado se aburre. Debo añadir que, aunque es seguro que la autora no lo sabe, su voluminosa nada tiene tanto de verde como de rosa. Pág. 336.- Id.- “Deben de tenerla manía”. Id.- “mi paciencia se agotaba”. ¿Por qué no le ocurrió algo menos vulgar a tu paciencia, Almudena? Pág. 337.- Malena describe y enumera minuciosamente sus atuendos en cada escena. ¿Se imagina el lector cuántas veces lo hace en una novela de casi seiscientas páginas? Pág. 339.- “cambiando de opinión sobre la marcha”. Id.- A pesar de su cabreo y/o ataque de celos, lo primero que hace al llegar al piso de él es meterse en la cama. Entonces él le hace una confesión tan sincera como descorazonante: “me he quedado sin polla”. Id.- Malena siente “el relieve de su sexo resucitado contra la nalga izquierda”: ¡Aleluya! ¡Peniculus resurrexit! Menos mal, porque, si no, ¡menuda nohecita! Pág. 341.- Aunque no es amor lo que siente por el feo, es algo que le produce efectos turbadores. Tanto, que si al principio oye simplemente palabras, muy pronto empieza a oír una “combinaciones de fonemas que había dicho y escuchado miles de veces, siempre aplicada a un mismo campo semántico”. Sublime. Pág. 342.- Al igual que Platón llegó a la conclusión de que todo es memoria, Malena llega a la de que “todo es ropa”. Id.- “nos apoyábamos el uno en el otro, incapaz de dejar de reírnos”. Incapaces, Almudena. Id.- “le habían facilitado una retirada sumamente honrosa”. Propio del culto del pueblo en el casino. Págs. 347 ant y ss.- La conversación con el fulano que se encuentran en la fiesta es de besugos de piscifactoría. Y crudos, por supuesto. 350.- A Malena la advierte “un sexto sentido”. Sin embargo, dice, “fui incapaz de prever el peligro”. Para ese viaje, le bastaban los cinco de toda la vida. Id.- “sintiéndome fatal”. Pág. 351.- “noche de perros”. Si hay una frase hecha para la ocasión, estén seguros de que Almudena la encuentra. Pág. 353.- “habían pretendido ponerle contra las cuerdas”. Id.- “una muchacha que la contestaba”. Id.- “¿Y entonces qué soy yo?” Nooo... Y entonces ¿qué soy yo? Pág. 354.- “Yo fingía concentrarme y las contestaba con los labios cerrados...” Id.- Mientras el feo le aprieta los pechos, ella expresa sus reservas sobre Althusser. Pág. 355.- “le han ofrecido un trabajo que la interesa”. Pág. 357.- “procesos que no la deparaban ningún beneficio”. Id.- Malena se considera la única mujer a la que no le había atraído nunca otra mujer. Tampoco le atrae ningún hombre. A ella sólo le atraían “las palabras que sabían decirme ciertos hombres, y sus pollas”. Id.- “estalló en mis oídos como una bomba”. Pág. 358.- Otra “ley” fundamental del arte literario -de todas las artes temporales-, que ignora Almudena Grandes, como Gala, Marías y Torres, es la de la sugerencia: lo que se pueda sugerir -y, con talento, todo se puede sugerir- no se debe manifestar claramente, sin misterio, sin dejarle al contemplador -lector- su “cuota” de creación. Id.- El feo también dice “no jodas” cuando está en ello. Pero ¿qué le pasa

a esta gente?

Nota: Almudena Grandes, Antonio Gala, Maruja Torres, Javier Marías, Muñoz Molina carecen por completo de sentido poético -sin el cual no hay artista literario-, de sentido del misterio. Ignoran lo que es un símbolo y lo que es un valor estético. De las novelas que han leído -que algunas habrán leído- sólo han captado lo anecdótico. Por eso creen que novelar es ponerse a contar cosas. ¡Y son los que triunfan, lanzados por los editores y apoyados por los medios, en este país donde el que no es costumbrista es porque está en coma! La página 358 es tan representativa del libro entero, que merecería haber sido impresa en color canela. Seguro que García Berlanga, Cela, Conte, Muñoz Suay y doña Beatriz de Moura la tienen enmarcada. Id.- “¿Es que no podemos follar como amigos?” pregunta Malena al feo. Y el feo se queda un buen rato sin reaccionar. Uno, que, desde la adolescencia, está impregnado del pensamiento expuesto por Julius Evola en *Metafísica del sesso* y *Lo yoga della potenza*, que ha sido el miembro más joven de la Fraternidad de Eleusis (París, años 60) y el discípulo predilecto de mudra Dattareya de Pondicheri, sufre con la concepción del sexo que tiene Almudena Grandes. Esto ya no es solamente una inversión en la escala de los valores; es eso, más un insulto a la naturaleza humana, al homo sapiens-sapiens ¡Cuánta superficialidad! ¡Cuánta vaciedad! ¡Cuánta frivolidad! ¡Cuánta pedante equivocación! Y lo que son las cosas: la víspera del día en que escribo esta página, me he enterado por el periódico de la muerte de Christiane Rochefort. A finales de la década de los cincuenta, quienes queríamos oponer al realismo costumbrista español de siempre y a la novela social del momento una “nueva novela”, experimental en la forma, imaginativa e intelectual y, por consiguiente, aspirábamos con avidez los vientos de fuera nos encontramos con un nombre nuevo, Christiane Rochefort, en la cubierta de una novela titulada *Le repos du guerrière*, una de las novelas eróticas mejores y más profundas que se haya escrito nunca. Ni una sola vez contiene las palabras polla o follar, ni ninguna otra de éstas que hacen parecer las novelas de Almudena Grandes tratados de urología escritos en bastuence. Y, sin embargo, todo está dicho y de todo se entera el lector. Y es que no se trata de acumular terminología sexual para obtener una novela erótica. Como decían los viejos maestros: lo que el talento narrativo no da, el vocabulario no lo supe. Pág. 359.- “Tuve unas ganas horribles de contestar que sí”. Pero ¿qué quiere decir “unas ganas horribles”, Almudena? Describe tú lo que te pasaba y el lector deducirá de qué tipo de ganas se trataba. Id.- El lector se entera de golpe de que Malena “había elegido ser una mujer nueva”. Porque sí, como todo en esta “novela”. Y, como punto final a la historia de la “mujer vieja”, ¿qué cierre diamantino podíamos esperar? Pues una frase hecha: “se acabó lo que se daba”. Id.- Y otra: “para empezar otra vez desde cero”. Pág. 362.- Sé que el lector mío que no lo haya sido antes de esta novela no se lo va a creer. Pongo la diestra sobre un ejemplar de la Constitución de 1812 y juro solemnemente que es cierto que Almudena, viendo que la novela no iba a llegar a tener tantas páginas como el Espasa, dedica una enterita a describir el cuerpo de Santiago, su futuro esposo en la ficción: la calidad de su carne, la de sus huesos; la suavidad de su vello, el triángulo agudo que se forma, a partir de sus hombros perfectos, en su pecho; el triángulo isósceles de sus omoplatos; el trapecioide irregular de sus pelotas; los hoyuelos; la inmensa espalda; las caderas cuadradas; los muslos compactos, etc., etc., etc.; pero sobre todo el culo: “un culo perfecto, el mejor, el más hermoso culo que había visto nunca, redondo y rotundo y carnoso y plano y duro y firme y elástico y claro y suave y amasable y mordible

y potable y aderezable y engullible y deglutible y sogecable como ningún otro culo haya existido jamás”. Desde luego, piensa el lector respetuoso y acojonado, con la moral por los suelos y apunto de sufrir un soponcio: eso es un culo, y no este módulo remendado que porto yo bajo la espalda. Luego recuerda la primera página de Las edades de Lulú y comprende que Almudena Grandes es una experta en culos, que, según el teniente coronel Tejero, es lo más grande que se puede ser en este mundo, después de ser español. Y quizá sea también culiadicta, una adicción tan respetable como otra cualquiera, y fetichista de culos. Y se dice —el lector, digo: no quisiera tener yo mi nalgar en las proximidades de su dentadura, cuando a Almudena le dé el volunto de engullir glúteos y deglutirlos. Id.- Lo que Malena es capaz de hacer -y hace- con un cuerpo tan juncal y tan excepcionalmente culado prefiero no repetirlo. Véalo el lector interesado en la página que a ello dedica la autora, una de las maestras de la novela española hodierna.

Cuando Almudena intenta hacer auténtica novela, bien que decimonónica, nos encontramos con las fazañas y actitudes de una niñata más bien patosa -Malena- o de algún familiar suyo pedante o mal hablado -todos están cortados con las mismas tijeras de cortar capullos-, que se cree que nos está sorprendiendo cuando, en realidad, nos está tocando un solo de tambor. Pero, entre escenita y escenita, nos endosa un embolado de elucubraciones neokantianas sobre el soma y la psique de Troya, con las cuales pretende hacernos creer que Malena, no es tonta, como precipitadamente hemos llegado a creer, sino complicada: una chica complicada, viviendo una vida complicada, entre gente complicada y en circunstancias complicadas; el producto, en suma, de un complicado destino, forjado a martillazos a la orilla del estanque de los patos en el parque de María Luisa. Id.- El lector que, por mucho que se empeñe, no puede correr tanto con sus mandobles mentales como esta criatura excepcional diseñada por Almudena Grandes -que ya es decir, como apostillaría Jota Jota Palomo- se sorprende al leer lo siguiente: Malena regresa a su casa tras tocar, acariciar, arañar, besar, morder, lamer, recubrir de saliva y enharinar el cuerpo superdotado y dice: “-Nunca me había sentido tan cansada, tan abrumada de derrotas”. Cansada, sí -concede el lector comprensivo y cariñoso-. Es lógico, después de semejante peonada; pero ¿derrotada? Y su asombro -del lector- crece cuando la ve, es decir, la lee queriendo convertir su pulvisgrafía, de vulgar periplo de cama en cama, en un destino nietzscheano pleno de torturas, incomprendimientos, frustraciones, complicaciones psicológicas, decepciones, etc. Porque, de eso no se ha advertido nada en la conducta/sinducta del personaje. De manera que...¡menos trampa! Pág. 363.- Me pregunto si hay algo en la vida de Malena que Almudena no considere lo suficientemente importante como para dejarlo consignado para la posteridad. Yo, por lo menos, no quisiera haber dejado de saber que consiguió un crédito hipotecario en una oficina bancaria que los ofrecía “a un interés inferior en un cuarto de punto al que los ofertaba la sucursal de al lado”. Id.- “me pateé todos los pisos en alquiler”. Id.- Detalles del piso que, por fin, encuentra Malena. Dada la zona -General Díaz Porlier esquina a Lista- no nos extraña que, líneas después, nos informe, naturalmente con frase hecha, de que aparcó de milagro. Id.- ¿Precio del alquiler? 34.000 pesetas al mes. Como muy bien dice Almudena, “un auténtico chollo”. Pero lea el lector, que para eso lo es, sobre las apasionantes reformas que nuestra heroína lleva a cabo en la vivienda. Interesantísimas. Pág. 364.- “luchaba a brazo partido”. Id.- Termina la fiesta de su despedida de soltera y se va por ahí, a buscar un hombre: “uno cualquiera, lo mismo me daba, un hombre

que me gustara, que me llamara desde la primera barra del primer bar con el que me tropezara, un hombre grande o pequeño, guapo o feo, listo o tonto, del Madrid o del Atlético, me daba igual, pero un hombre, alguien que pudiera nombrar sin sonrojarse lo que le estaba creciendo contra el vientre". ¡Qué señora! piensa el lector mesurado y modoso. Nota: Yo no sé si Almudena nos está queriendo pintar a una ninfómana. Si es que sí, yo le preguntaría: ¿y qué? Si es que no, demandaría: ¿entonces? Que la crítica española se haya tragado esta rueda de tractor como una buena novela es muy grave. Yo he leído artículos de algunos de los críticos mejor situados en España, sobre Almudena Grandes, sobre Gala, sobre Marías y me he dado cuenta de que su problema es doble: primero, no saben una palabra sobre el género novela; segundo, escriben predispuestos, buscando argumentos para hablar bien el libro canónicamente indiscutible; porque están convencidos, por sus jefes mediáticos o por otros como ellos -los críticos-, de que es bueno, no partiendo de una postura lo más objetiva posible para, desde ella, levantar su juicio con ideas propias. La posibilidad de discrepar es algo que no entra en sus cálculos. Pág. 365.- Rememora Malena una conversación con su abuela posmoderna, en la que dice (Malena): "Tu marido fue un tío cojonudo, abuela". Para Malena, varios de sus allegados son cojonudos, empezando por ella misma -varias veces, afirma: "yo soy una tía cojonuda"-, por lo que el lector avizor y bien dispuesto concluye: "ésta es una familia de cojonudos. Pág. 367.- Hay conflictos matrimoniales que, verdaderamente, tienen difícil solución. Pocos, sin embargo, tan trágicos como el que estalla entre Malena y Santiago. Cuando se unen mediante los sagrados lazos del matrimonio eclesiástico, ella "ya sabía que no comía vísceras -recordemos la terrible escena de las mollejas-, ni siquiera callos, aunque hubiera nacido en Madrid". ¡Vicioso repugnante! piensa el lector solidario y cocidista. De cualquier forma, su incomprensible actitud anticallestre no es nada. "Poco a poco, nos cuenta Malena, fui descubriendo que tampoco comía percebes, ni ostras, ni almejas, ni bígaros, ni erizos de mar, ni caracoles, ni angulas, ni chanquetes, ni pulpo, ni las frituras variadas de los bares. Tampoco probaba la cecina, ni el codillo, ni la oreja, ni el morro, ni las manos de cerdo, ni el cochinitillo asado, ni el rabo de buey, ni la caza, con la única excepción de las codornices de granja, porque de todo lo demás -patos, liebres, perdices, faisanes, jabalíes, corzos o ciervos- no sabía nada, ni cómo, ni dónde, ni quién, ni con qué manos, limpias o sucias, los habrían abatido y recogido del suelo. Por razones similares (tan alterada está Malena, que no se acuerda de que no ha dado ninguna razón), por razones similares, rechazaba los productos de matanza casera". Comprendemos el su drama. ¿Qué se puede hacer con un individuo así, salvo tenerle pan de molde, jamón de York y yugures en la nevera? Id.- El problema, cuya exposición ocupa página y media de esta importante novela, se agrava con lo siguiente: "No se atrevía con algunas verduras frescas, ni espárragos, ni acelgas, ni remolachas, y naturalmente, tampoco con las setas, con la única excepción de los champiñones de lata, los únicos que le ofrecían garantías suficientes de haber sido bien lavados, y descuajeringaba lechugas, lombardas, repollos y escarolas con una precisión neurótica, poniendo cada hoja debajo del chorro del agua fría y frotando las manchas de tierra con el cepillo cilíndrico que yo usaba para fregar los vasos, hasta que encontraba una lombriz, y entonces, tiraba la planta entera a la basura, así que muchos días nos quedábamos sin primer plato de buenas a primeras". (Obsérvese el original giro idiomático: "de buenas a primeras"). Pero, aunque parezca mentira, aún no hemos llegado al final de esta calle de amargura. Para no privarse de cometer ningún crimen, el desdichado "aborrecía los picantes". Mi pensamiento vuela con misericordia hacia el juez al que le toque

dirimir una demanda de divorcio por incompatibilidades culinarias graves o sevicias gustativas. Es tan chorra esta caricatura, que el lector tuerce el gesto. Sobre todo, porque de pronto recuerda que, con anterioridad, Malena ha estado con Santiago en diversos bares y él no ha mostrado ningún escrúpulo ante la leche, el café, el azúcar, los platillos, los vasos, las tazas, las cuñas de variadas tartas ni los mandilones de los camareros. Entonces ¿qué, Almudena? ¿Que nos quieres despojar de la pelambre- ra? ¿Que te la quieres dar de graciosa? ¿A estas alturas del volumen y a tales horas? Pág. 368.- Aunque no lo entiendo, lo traslado aquí, porque me suena a importante: lo que impulsa a Santiago en sus desaguizados gastronómicos es “la secreta ambición de abarcar los extremos del universo”. Me pregunto qué pueden tener las mollejas contra este ambicioso propósito.

Id.- Preste atención el lector bien dispuesto. Nuestra entrañable Malena se levanta el primer día en el hogar conyugal y se dirige a la cocina para, en matinal intento de seguir convirtiéndose en una mujer nueva, “terminar de colocar sartenes y cacerolas -¿tantos cacharros necesitan dos personas, una de las cuales no come?- y me encontré con una nota escrita a mano sobre la puerta de la nevera”. De lo que dice a continuación vamos a deducir que la nota no está escrita directamente sobre la blanca cha- pa, como sugiere la redacción almudenentarra, puesto que necesita un artefacto adherente para soste- nerse allí. Pero sigamos: como Malena es listísima, “cuando retiré el imán, ya había reconocido la letra de mi marido”, ¿Qué quiere decir esto? Pues que la letra podría haber sido también de uno de los siete enanitos que convivían con los recién casados. Id.- He demostrado de sobra que los bestsellerados no saben utilizar las interrogaciones. En esta página, me encuentro con un ejemplo muy gracioso. La mujer nueva llega a la carnicería, señala con índice implacable y pregunta: “¿Qué es eso, babilla?” ¡Qué con- fianzuda! me sorprende. Pocos días en el barrio y ya llama “babilla” al carnicero. Pero no. Caigo en la cuenta de que lo que quería decir era: ¿Qué es eso? ¿Babilla? Págs. 368-369.- Conversación zarzuele- ra, entre el carneras y la mosita, sobre nervios, filetes, empanados, gandinga, recova, casquería, etc. Se ve que el carnicero es partidario de la babilla, mientras Malena demuestra no serlo en absoluto, bajo la desaprobadora mirada de una de las señoras de la cola. Pág. 369.- Por lo que dice Almudena al princi- pio de esta página, una escena idéntica se produce casi todos los días, con intervención amable cada vez de una señora compasiva. Págs. 369-370.- A continuación, un par de páginas sobre la lógica pre- ocupación de Malena por los dengues de Santiago ante la mayoría de los alimentos habituales en la Comunidad Autónoma madrileña. Pág. 369.- La pobre Malena, antaño alegre peregrina de bragueta en bragueta, ahora se arrastra de la carnicería a la charcutería, de la charcutería a la pollería, de la pollería a la pescadería, de la pescadería a la panadería, buscando cosas imposibles como jamón sin tocino, pollos sin hormonas, gambas sin colorante, magdalenas sin grasa... ¡La de dimensiones cósmicas que es capaz de abarcar una buena novelista! Id.- Cada vez más agotada su paciencia, Malena está dis- puesta a tolerar “un paquete de extravagancias” (¡¡¡) como componente tolerable de la personalidad de su cónyuge. Posiblemente también, aunque no lo dice, a firmar un acuerdo marco, digo yo, luego de considerar un abanico de posibilidades. Pero es que Santiago es capaz de llenar un paquete y un tale- go, por lo que ella concluye: “mi vida se fue convirtiendo poco a poco en un campo minado”. Id.- Esto se está poniendo al rojo plaza-roja. Santiago hace extensible sus rechazos al atuendo, tocado, maquillaje y adornos de Malena. Uno se pregunta si habrá algo a lo que no alcance el anatema santiagués, dentro

de su microcosmos. Pág. 370.- Malena lo que necesita -ella lo dice- “es un azote en el culo, que le digan que está buena y que la desnuden, con dedos retorcidos por la artritis, apenas se acabe de vestir”. No pide demasiado, reconozcámoslo. Pág. 171.- ¡Ay! Almudena no se ha dado cuenta de una cosa: un grave gazapo –otro-: Casi todos los días, según dice, Santiago le cuenta lo que ha hecho en la oficina y qué ha comido en un restaurante, detallándole dónde, con quién y qué... ¡Sin aludir para nada al rechazo de ningún alimento! Id.- “aquella era la gota que colmaba el vaso”

Estoy convencido de que Almudena Grandes no es consciente de que toda la historia del matrimonio de Malena con Santiago la ha referido, pero no la ha novelado. Por consiguiente, si ella nos dice que Santiago es así tenemos que creerla -o no- bajo palabrita del Niño Jesús. Porque nosotros, los lectores exigentes e insobornables, no le hemos “visto” actuar así. Ni de ninguna otra forma. Pág. 375.- “Y eso era tener mucho morro”. Id.- No podía faltar, en esta sucesión de tópicos posmodernos: el padre de Malena abandona a la madre por una mujer mucho más joven que él. Id.- El padre había “mantenido una tremenda relación pasional”. ¿Tú crees, Almudena, que para todo el mundo significa lo mismo eso de “una tremenda relación pasional”? Id.- La amante era de la escuela magdaleniense: “Decía que todo el tiempo que no había pasado follando lo había pasado llorando”. El lema de esta autora, la predilecta de Juan Palomo, debe de ser “panem et follences”. ¡Qué obsesión, Virgen del Carmen de Cuenca! Aunque no lo anotamos en su momento, recordamos que, en un capítulo anterior, dijo Malena/Almudena que la elle de follar se le clavaba en el alma y la llenaba de estremecimientos inverecundos. Id.- “Para mi madre fue un golpe terrible”. ¿Qué quiere decir “golpe terrible”, Almudena? ¿Por qué eres tan convencional, puñeta? Id.- “haberlas visto venir”. Pág. 376.- Por lo que dice Malena, lo peor que hizo el padre no fue abandonar a la madre, sino no cursar participaciones comunicando el hecho a las amistades. Pág. 378 y ss.- Recordará el lector que la abuela dictó a Malena su autobiografía, con tanta prolijidad que, un poco más, y hubiese tenido que ir a la tanda de penalties. Pues bien, ahora, porque le conviene, para dejar al padre como empecatado, hipócrita e intransigente, enjareta un nuevo capítulo sobre la ristra de amantes -todos hombres casados- que tuvo la abuela a partir de cierto día de mayo. Y el caso es que da la impresión de que doña Sol hizo aquello a la fuerza, como cumpliendo un sagrado deber para con su entrepierna. Pág. 380.- “creo que eso la duele”. Id.- “aquella sonrisa me estaba sacando de quicio”. Como a todo amante del arte literario las frases hechas. Id.- Ahora sabemos que lo que tiene el padre lo hubiesen remediado unos comprimidos de Viagra: “Algún día dejará de levantárseme”, confiesa a su hija, que de eso entiende más que él y que, aunque le llama cabrón en pleno restaurante “bueno y caro”, asegura tenerle envidia. Nota: Mi educación con las clarisas de San Juan de Aznalfarache me obliga a decir que no he conocido nunca a un padre que, por muy tonto que fuese, tratase con una hija suya del tema de si el pinrel se le levanta o no. Claro que nunca he vivido entre gente tan progre como Almudena Grandes. Pág. 381.- “nos pateamos todas las rebajas de enero”. (No pierde ocasión de apuntalar su filosofía de la historia). Id.- Merced a los desvelos de Malena, la madre se hace adicta al bricolage y a la meditación trascendental. La imaginación de Almudena raya aquí a la altura de un edificio muy alto. Produce vértigo a quien la lee. ¿Recuerdan la lista de puntos de la falange y el recetario para ser un buen izquierdoso? Pues ahora se trata de una lista de pasatiempos para damas abandonadas y con tiempo libre, que no se la salta un galgo: “cursos de cerámica, de decoración, de ikebana, de jardi-

nería, de macramé, de yoga, de cocina, de psicología, de maquillaje, de encuadernación, de escritura, de pintura, de música, de tortitas con nata, de tarot, de ciencias ocultas, de ciencias al aire libre, de papier maché, de atletismo, de fútbol sala, de derecho hipotecario internacional”, etc. Más de media página de relación, como suele hacer Javier Marías cuando quiere llenar líneas y se encuentra entre las manos con “ese elemento neutro y sin importancia”, que, con el aplauso de Santos Sanz Villanueva, es para él la lengua.

Pág. 382.- Otro defecto de esta novela: está compuesta de una serie de relatos aislados, que no se interpenetran, como compartimentos estancos: las relaciones de Malena con Fernando, la aventura con el feo, el casamiento y la vida con Santiago, el abandono de la madre... Y después, cuando le conviene, alude como ocurridas a cosas que en su momento “sucedieron” en la novela. Un solo ejemplo: cuando Malena encuentra piso, el lector tiene noticia de ella sola arreglándolo y decorándolo. Ella misma se atribuía el mérito de que así fuese. Pero, muchísimas páginas más adelante, porque le conviene, nos dice que su hermana participó activamente en la decoración del piso y que se pasaba media vida allí y por eso se hizo muy amiga de Santiago... Se pregunta el lector: ¿cómo es que no nos la encontramos en la escalera? Consecuencias de no saber planificar una novela, algo que a los editores españoles, al público español, a los críticos españoles no les importa. Total, ya están todos de acuerdo para decir que sí. España no es Europa. Culturalmente, el Tercer Mundo se extiende por el viejo continente, desde Tarifa, en el Pirineo gaditano, hasta Santurce. Almudena Grandes no posee el arte de novelar. Ella, como Maruja Torres, Antonio Gala, Muñoz Molina y Javier Marías, cree que novelar es ponerse a contar cosas. Me pregunto si algún crítico español sabe que la novela es una forma particular del arte literario, que participa, con unas características propias, de “lo poético”, en el sentido que Emil Staiger daba a esta expresión. Y si, por consiguiente, sabe distinguir una novela de lo que no lo es, aunque tenga su apariencia.

Id.- La filosofía feminista de doña Almudena toca los tímpanos al lector exigente y militante: “mi vida lisa y aburrida como la de cualquier otra mujer honesta”. Pues tampoco es eso, mujer, dicho sea en nombre de mi párroco recoleto y entusiasta. No es absolutamente necesario ser deshonesto para pasarlo bien. Y no lo digo sólo yo; lo afirman también mis seis amantes. Si no te quisiera y te admirara tanto, diría que esa tu proposición no de ley, prueba fehaciente de tu progresía, demuestra una inmadurez alarmante. Pág. 383.- “la noticia era una auténtica bomba”. Id.- “no la vendría mal ponerse a régimen”. Cada laísmo de Almudena, lo juro, me cuesta entre dos o tres horas en coma. Jamás me acostumbraré. No puede darse un chirrido mayor en los tejidos betabloqueantes de una sensibilidad andaluza refinada como la mía. Pág. 384.- “se me quedó mirando con los ojos como platos”. Si Almudena Grandes es nuestra mejor novelista; si Marías es nuestro mejor novelista, Dios se apiade de los peores y los perdona, porque no saben lo que hacen.

Id.- La madre se tortura “imaginando las claves más excéntricas”. Por si a alguien le interesa mi opinión: Almudena es menos peligrosa cuando emplea vulgarismos, que cuando echa mano de lo que ella estima cultismos. Id.- Mientras, la hija “no hacía otra cosa que escurrir el bulto”. Id.- “la única vez que estuve al otro lado del hilo”. Id.- “se me había ocurrido advertirla”. Pero lo que termina haciendo

es “formular el ultimátum”. Venga a hablar de la madre -por fin instalada en el club de bridge- a lo largo de todo este párrafo y el lector, que se quedó intrigado, queriendo saber si al marido han empezado por fin a gustarle las mollejas. Pág. 385.- El profesor de alemán de Malena “era alto y delgado”, seguramente como su madre y, como ella, moreno y salado. El lector crucigramista, lo primero que se pregunta, ante la aparición de este nuevo personaje, es: ¿follará con él? Por el momento, Malena informa de que es una “naturaleza bífida”, lo cual hace saber de él todo lo realmente importante. Pág. 386.- La hermana vuelve embarazada de un viaje a las Alpujarras. “De un tío”, explica. Id.- ¿Y lo vas a tener? -pregunta Malena, para que nos enteremos de que ella sabe que existe eso del aborto. Me pregunto si Almudena Grandes fue consciente en algún momento de que, aunque malo, esto es un culebrón caraqueño. Págs. 387-388.- Almudena explaya, en dos páginas largas, un teórica sobre muñecas y tiendas de muñecas. Aprovecha para hacer publicidad de la juguetería Sánchez Ruíz, de la Gran Vía, que seguramente llegó a un acuerdo con Tusquets. Pág. 389.- A Malena, las mujeres que consideran maravilloso esperar un hijo y lo dicen la “ponen siempre de mala leche”. ¡Qué moderna es! Aparte de que su actitud tiene explicación: “a mí el útero no me grita, qué quieres que te diga, el estómago, como mucho, si llevo más de doce horas en ayunas. Pág. 390.- “dime de lo que presumes y te diré de lo que careces”. (Si hubiese una monarquía de las frases hechas, Almudena Grandes y Antonio Gala serían la reina y el rey). Id.- “me parecía dar un paso de gigante”. Id.- Malena no quiere ser madre porque ello significaría “decir adiós al alcohol, a las drogas, a los amantes ocasionales, al sexo accidental”... Pero lo que más le frenaba era “la posibilidad de parir a un desdichado”. ¿Con semejante señora por madre? ¡Imposible! En tres cuartos de páginas, Almudena nos convence a todos de que es mejor no ser madre. Yo he decidido no serlo. Pág. 391.- “cortar en seco”. Id.- “mientras que esperábamos que Santiago llegara con la televisión encendida y un martini en la mano”. Lo tomarían por loco en el barrio.

Pág. 393.- Sentada en la taza del retrete, Malena piensa en Fernando. Se pregunta “cómo iría vestido, dónde trabajaría, qué moto conduciría y -¿cómo no?- cómo follaría con su mujer”. Pág. 394.- Malena recuerda no haber entrado en un bar porque una del grupo advirtió, a la vista de los hombres que había dentro: “no hay nada que hacer, miradlos, todos mansos”. Pues bienaventurados ellos, Malena, que no piensas en otra cosa. Id.- Malena calcula que todos los hombres se han vuelto mansos, menos Fernando. Id.- Hace dos o tres páginas (la 392), Reina ha dicho, hablando de su pareja: “nos entendemos tan bien que cuando hacemos el amor ni siquiera necesitamos las palabras”, y Malena la moderna, le ha gritado: “Deja de decir cursiladas”. Ahora, ella piensa en Fernando y escribe una cursilada dos veces mayor, porque implica una tontería: “En aquel instante sospeché que tal vez era una privilegiada, que llorar por un hombre como Fernando era un privilegio, y me sentí orgullosa de mi dolor, contemplé con soberbia mis heridas, toda la sangre que había derramado,...” etc., etc. Y, a todo esto, si Almudena cree que ha narrado un gran amor de Malena por Fernando, yo le digo que no. Con todo el peso de mi autoridad de crítico preparado, independiente y perpendicular, ¡no! ¡Un hombre como Fernando! Según le hemos conocido en estas páginas, un motero menoso de pelambreira abundante, bigotillo y brillantina en el bigotillo. Pág. 395.- Aunque no la entiendo, la siguiente sentencia de Malena/Almudena suena tan plenipotenciaria que me parece un buen sello para acabar el análisis de este segundo tercio de la novela: “comprendí por fin que el sexo no es más que la patria, la belleza o la esta-

tura. Puro accidente”. Pero tal vez Almudena prefiriese las auténticas últimas palabras, que son las de la página 395: “Disfrutaba de una paz tan profunda que tardé semanas en darme cuenta de que, en flagrante contradicción con las leyes de la gravedad, no me bajaba la regla”. Quédase el lector con el suspense. ¿Le bajará la regla a Malena? ¿No le bajará?

Al comenzar el último tercio de la gran novela de Almudena Grandes, el lector espera sobrecogido por dos curiosidades fundamentales: 1ª.- ¿Volverá a follar Malena con Fernando o se tendrá que conformar con polvos accidentales? 2ª.- ¿Se enterará, al menos, de cómo folla él con su mujer teutona? Lo primero, ciertamente, es difícil de prever, dada la mala pata que tiene a rachas nuestra heroína. Respecto a lo segundo, cualquiera le podría asegurar que lo hará como todo el mundo, esto es, como Dios manda. Son muchas ya las páginas leídas -395- como para que no pudiésemos establecer un diagnóstico que nos abra una perspectiva en que apoyar nuestra visión de lo que resta: quizá ella no lo sepa, pues muestra una proclividad peligrosa a confundir lo que es con lo que ella cree y dice que es, pero Almudena Grandes es machista, lo que la lleva a humillar a su personaje ante diversas figuras masculinas. Quizá por ello mismo su portavoz en el libro, Malena, aunque oriunda sexual, se muestra asimismo decididamente machista, como lo acredita el hecho de que en su relato aparece la palabra *polla* enveces, en tanto nombra el correspondiente elemento femenino *ene* menos todas, es decir, cero veces. Pág. 396.- Primer informe sobre lo que más nos importa saber: “follábamos cada vez menos”. Almudena Grandes no solamente es costumbrista; lo es de la manera más obsoleta, mostrenca y tarugada que se puede ser: mediante la (no)técnica del que Andrés Bosch llamaba “realismo de al pan pan y al vino vino”, sino que en la modalidad de “al follar follar y a la *polla* *polla*”. Como creo haber señalado, esta escritora ignora totalmente la importancia estética de la insinuación y/o la sugerencia. Pág. 397.- Malena dice cosas contrarias y contradictorias al relatar sus relaciones con Santiago, su marido ante Dios y ante los hombres, y nosotros, sus lectores ávidos, podemos creerla o no. Porque nosotros no “vemos” al bello Santiago comportarse de una manera ni de otra. A los más resabiados y peatonales no nos basta que Malena nos diga que él no la *sulivella* ni tampoco la *almarella*; quisiéramos decidir por nosotros mismos a partir de sus actos. Malena afirma que le quiere mucho, pero sus comentarios son de no soportarlo. Dice que “seguía siendo amable, fácil y optimista, un buen marido en el sentido tradicional de la palabra”. (pág. 396), pero también parece indicar que era un *pelmazo*, más aburrido que un partido de water polo. Aparte de esto, lo de “en el sentido tradicional de la palabra” será diferente, según sus tradiciones, para cada lector, por lo que decirlo es lo mismo que no decir nada. Id.- Como en este país nadie sabe nada de novela, pues nadie ha descubierto la gran trampa de este libro, cuya presencia en él constituye una tácita confesión de impotencia por parte de la autora. Almudena medio novela lo accidental, pero lo importante simplemente lo refiere, y los lectores que aceptan esto como novelado es porque no son auténticos lectores de novela. Id.- Según la muy convencional Almudena Grandes, las relaciones de Malena con Santiago no escapan “del esquema clásico”. Pero, hija de mi alma, ¿qué *pollas* (por usar un eufemismo caro a te) es un esquema clásico en las relaciones hombre-mujer? ¿Qué nos has querido comunicar mediante esa expresión? Id.- Y, a todo esto, aunque la vida sigue igual, como diría Raphael Iglesias, almorzáis un montón de veces con Reina, sin que sepamos si el rechazo de las *mollejas* y la sangre *encebollada* por Santiago sigue vigente y formando parte de sus esquemas

existenciales, ni si el remilgado continúa luciendo aquel culo terso y brillante que le hizo famoso en el barrio de Salamanca. Id.- Aunque Malena, “que estaba descansando de la píldora”, no pretende aislarle con una goma tan llamativo trasero, sino otra parte de su cuerpo más pequeña, él se niega a ponerse el profiláctico. Resultado: aunque se pone encima, Malena queda embarazada. No obstante, la culpa de esta consecuencia no deseada no la tiene Santiago, sino Sir Isaac Newton. La ley de la gravedad falla, como se insinuaba al final del capítulo anterior. Ni siquiera Dios se libra de responsabilidades, como inventor del instrumental: “la penetración era lo más grandioso que se le había ocurrido inventar a Dios después de colocarle al hombre una polla”. Malena recuerda haber dado más de un discurso sobre este tema, en el bar de la Facultad, a sus compañeros, “con pasión y los puños cerrados golpeando la mesa”. Repito esta pregunta: ¿ha querido Almudena Grandes hacer el retrato de una niñata en la edad del pavo, ursulina de cintura para arriba y ninfómana desde el mismo lugar para abajo? Reconozco que su entusiasta reivindicación de la polla, que podría convertirse en el primer ingrediente ideológico de una religión fálica, me impresiona. Pág. 398.- El párrafo que voy a transcribir, no sin temblores, vale por toda una novela: “El mes de abril de 1986 follé dos veces, y las dos veces me puse encima. A principios de junio no me quedó más remedio que aceptar que estaba embarazada. No volveré a creer en la física nunca más”. El lector haría mal no teniendo en cuenta este dato. En su página, nos enteramos de que los abuelos follaron exactamente veinte veces durante el segundo semestre de 1935. Ahora sabemos que Malena sólo folló dos veces en abril de 1986. Únicamente nos faltaría enterarnos de cuántas veces follan los descendientes de Malena en 2028, año del asteroide 1997XJ11 y del centenario del nacimiento de nuestro maestro Timothy Alexander O’Garthia, para poder publicar un folleto con un estudio comparativo que propiciará conocimientos decisivos sobre el destino de nuestra civilización. Yo no sé quién fue el general Díaz Porlier, pero sí sé que la calle que tiene dedicada en Madrid será glorificada por los dos recuerdos/homenajes que figurarán en sendas placas sobre las fachadas de otros tantos inmuebles. En una dirá: “Aquí vivió Miguel García Posada, el crítico más aburrido desde la Edad Media”. Y, en la otra: “Aquí folló dos veces, en abril de 1986, Malena, el inmortal personaje de Almudena Grandes, que se quedó preñada por no haber funcionado la gravitación universal. El que estaba debajo no la olvida”.

Como se ha visto, Malena se queda embarazada al mismo tiempo que su hermana. ¿Serían siamesas, amén de mellizas? Sin duda, algo se trae entre manos Almudena Grandes. Personalmente, presiento que uno de estos dos embarazos no va a discurrir lo que se dice por la vía episcopal. Id.- Ninguna indicación nos había hecho hasta ahora la autora omnipresente de este relato sobre que Malena fuese una persona metódica. Más bien se jacta ella de lo contrario, como buena rebelde, moderna y progre que es. Pues bien, parece ser no sólo que lo era, sino hasta extremos nunca alcanzados hasta ahora por un ente de ficción. Resumo en forma de cuadro un largo párrafo en el que Malena nos da cuenta de la evolución de su pensamiento e intenciones.

Día	Momento	Decisión provisional
Los lunes	por la mañana	decidida a abortar y a abandonar a Santiago
Los lunes	por la noche	se pregunta si es sensato contradecir al destino
Los martes	al levantarse	siempre quiso hijos, ¿por qué no ahora?
Los martes	al acostarse	se da cuenta de que abandonar a su marido sería como abandonar a un bebé en la Castellana
Los miércoles	por la mañana	se da cuenta de que dentro de ella había un ser vivo
Los miércoles	por la noche	dejaba de fumar
Los jueves	antes de levantarse	no era capaz de sentir más que un bulto, algo como un tumor que se tenía que extirpar
Los jueves	antes de acostarse	encendía un cigarrillo con otro y los consumía hasta el filtro
Los viernes	por la mañana	se preguntaba por qué había tenido tan mala suerte
Los viernes	por la noche	estaba decidida a abortar y a abandonar a Santiago

Y así semana tras semana, las mismas ideas, las mismas intenciones, las mismas tonterías. Suele pasar. Sobre todo, los años bisiestos. Sábados y domingos, por lo que se ve, vacaba: La mente de Malena hacía semana inglesa. ¿Qué decisión prevalecerá? Me consta que en algunos bares de la calle Martínez Campos y en tabernas del agro extremeño, hicieron apuestas y quinielas los fans de Almudena Grandes. Id.- Finalmente, Malena llega a la conclusión de que era mejor tener al niño, “porque estaba casada y tenía un marido” “y dos sueldos y una casa”. ¡Dos sueldos! Nada nos había dicho Almudena, tan realista y fenomenológica, de que Malena trabajase. Menos de una página después, ya ha nacido el niño. A esto lo llamaría Antonio Gala “quemar etapas”. Se nos informa de que el neonato tiene “en sus labios la diminuta marca de la casta de los Alcántara” -¡jah, predestinato!-, pero nada se nos dice de qué tal anda de instrumental entrepérneo, y es un dato siempre del interés del lector almudentarra. Pág. 399.- Con un nuevo párrafo, vuelta atrás. Detalles del embarazo de ambas hermanas, para deleite del lector sediento de emociones. Nos relata la autora una especie de competición entre las embarazadas, en la que nuestra heroína predilecta lleva siempre las de ganar. Un ejemplo: Reina vomita todas las mañanas. Malena únicamente tiene que renunciar al desayuno un par de veces, “pero nunca llegué a vomitar”. Otro: Reina engorda tan deprisa que “a los tres meses ya había renunciado a su ropa normal” y tenía que ir “disfrazada de globo aerostático”. Malena, en cambio, engordaba despacio, “algo menos de un kilo por mes” y “hasta el quinto mes seguí usando algunos pantalones que ya tenía”. Etc., etc. Decididamente, Dios estaba con Malena. (Imagino a los grandes críticos como García Posada, Rafi Conte, Sanz Villanueva, Darío Villanueva, etc. y otros botafumeiros contubernes como ellos, anotando estos interesantes datos, para luego destacallos, ensalzallos y alaballos en sus comentarios.) Id.- Las futuras madres que quieran saber lo que han de hacer para obtener tan buenos resultados como Malena, no hace falta que compren las revistas *Bebé a bordo* o *Madre coraje* en los quioscos mediáticos. Lean esta página de la novela, escrita de acuerdo con la clásica máxima del “aburrir aprovechando”, escrita por Almudena Grandes y publicada por Tusquets, editorial cultureta donde las hubiere y se detectaren. Encontrarán instrucciones sobre la dieta, la gimnasia conveniente, las dosis permisibles de nicotina, la circulación en las piernas, las calorías, el peso, las visitas a la farmacia, etc., amén de una sucinta bibliografía... Un párrafo sobre lo que se debe hacer y otro sobre lo que no se debe. Las futuras generaciones aprenderán en este libro muchísimo acerca de los venturosos contemporáneos de Almu-

dena Grandes. Usted, lector complicado y puntilloso, ¿no recuerda haberse quedado con las ganas de saber qué desayunaba Werther? Id.- “En lugar de fulminarme con la mirada”. Págs. 399, ant. y ss.- ¿No se dieron cuenta los críticos que se tomaron en serio esta novela de que, a pesar de tanto detallismo superfluo, todo esto es antinovela, incluso antinovela realista y obsoleta? Venga a hablar de Malena, como si el mundo y la vida hubiesen quedado reducidos a los alrededores de su levemente ensanchado ombligo. Pero, en momentos tan trascendentales, ¿dónde está el marido? ¿Dónde está la familia? Ya señalé que Almudena construye/sinstruye su extensísimo libro -constituye una falta de respeto al lector tanta extensión-, a base de compartimentos estancos, que no se relacionan entre sí ni por e-mail. Y es que ella no está capacitada para construir ese segundo mundo en que consiste la novela. Pág. 400.- Apasionante relato de la visita de Malena a una farmacia, con abundantes consejos, por parte de la farmacéutica, para el cuidado de la piel (aunque menciona varios, no señala el que importó Fernando de Alemania: la Fellatio, de Bayer). Que las cremas tengan colágeno y dormir con sujetador son recomendaciones que el lector, sea cual sea su sexo y nacionalidad, agradece. Convenientes resultan también unos abdominales flojitos, que en esta enciclopedia del saber oculto que es la novela almudenense se explica cómo han de hacerse. Id.- El lector alerta comprende que lo que Malena intenta es seguir siendo una tía cojonuda después del parto. Y es que ella piensa, y así lo afirma, seguir follando. Quien no se alegre con esta noticia no merece ser lector de Almudena Grandes. Id.- Reina reconoce que su hermana Malena está de puta madre, y así lo hace constar para nuestro conocimiento y efectos oportunos. Pág. 401.- “no tenía idea de lo que se cocía”. Pág. 402.- “él le había salido con que...” Id.- Descripción minuciosa del recorrido que hace el material genético de Germán, desde que surge, allá en las reconditeces fisiológicas, hasta que mana por la polla. De paso se nos comunica que también hay “polvos trascendentales”. Págs. 402-403.- Aparte las frases hechas que tan concienzuda y generosamente emplea Grandes, aparecen en su obra, al igual que en la de los demás bestsellerados, las que se conocen como pepeistas o ucedeadas -en último término, altofuncionariales o ejecutivas-, por el ámbito de su origen: “controlando lo que comía” (402), “representa el papel” (id), “la dudosa virtud” (403), “mantenme informada” (id), “me hizo saber” (id.).

Id.- Germán, el padre del hijo de Reina, es, según Malena, engreído, narcisista, indolente, obsceno, descortés, cotilla, maleducado, pedante, miope, cursi y más peludo que el que se perdió en una isla. Cuando ella lo dice.... Pero el caso es que, las veces que ha entrado en escena, no hemos “visto” que sea nada de eso. El lector de novelas exige que le enteren de lo que es un personaje a través de sus actos. Pág 403.- “Santiago era el gran ausente de aquellas reuniones”, frase tan hecha como funcional de segunda clase. Id.- “controlaban todos los elementos”. Id.- “hasta que dio un paso en falso”. El llamado paso en falso consistió en “meterle mano” a Malena -o, como se dice ahora, acosarla sexualmente- en la cocina. Cuando ya se ha ido el presunto agresor, ella se lo cuenta al marido, quien se alegra de no haberse enterado antes, pues no hubiese sabido qué hacer. (Hay que decir que, con el relato de agresiones como ésta, Malena/Almudena se autohomenajea. No cualquier mujer, que no sea una tía que esté tan cojonuda como yo, viene a decirnos tácitamente, despierta tantas pasiones incontrolables. Al lector observador y cibernauta no se le hace fácil imaginar a Santiago, con su cuerpo de Tarzán de los Monos, guapísimo y con un trasero tan hermoso como abultados son sus bíceps, como un calzona-

zos, más modesto que una bisagra y más infeliz que la tercera planta de un aparcamiento. Almudena compone con tanta arbitrariedad que no hay quien se crea nada de lo que dice. Id.- “Estaba especialmente patoso”. Hasta en una carta comercial resultaría impropio esta expresión. A no ser que el remitente fuese oriundo de una Secretaría de Estado. Pág. 404.- “una de las raras ocasiones”. Id.- “ella aterrizaba en mi casa muy a menudo”. Id. Sino que, además de oriundo, el remitente sería en este caso persona simpática y campechana. Id.- “me habría agarrado a cualquier clavo”. Y mejor si estaba ardiendo, Almudena, que te dejas lo mejor. Id.- “nada que me sacara más de quicio”. La aliteratura sigue brillando por su presencia. Pág. 406.- “comía siempre a palo seco”. Pág. 407.- “aquello tenía maldita la gracia”. Id.- Malena celebra a su modo el feliz desenlace de un altercado: “follé con pasión auténtica”. Insisto: ¿no se dan cuenta los críticos, los profesores, de que quien escribe así, no es que sea mala escritora, es que ni siquiera es escritora? El verbo follar en todas sus formas, incluidas las de la conjugación perifrástica, es empleado en esta novela tan incontable número de veces, que si hubiese un concurso lo ganaba Almudena Grandes ex aequo consigo misma. Págs. 407-408.- El verbo apetecer, tal como lo emplea aquí Almudena Grandes, pertenece al más puro y reprobable vocabulario pijo-español, español-pijo. Una auténtica escritora no lo emplearía jamás de aqueste modo. Pág. 408.- Malena decide salir de copas con Ernesto y, como es su costumbre, nos da cuenta de su indumentaria. Enternece comprobar lo satisfecha que está esta muchachita consigo misma. Ni su abuela la moderna lo hubiese estado más.

Id.- “me eché a la calle como si me tirara a una piscina”. Si una imagen así es de todo lo que se dispone, vale más poner un telegrama.

Id.- “Ella me saludó con el cariño típicamente farisaico...” Temo, querida Almudena, que, después de mis estudios sobre las sectas y sociedades judías en la Palestina del siglo I, no entienda lo que quieres decir. No existía al este del Jordán, ni siquiera en Cesarea Marítima, un sentimiento que se pudiera calificar de “cariño típicamente farisaico”. ¿Qué sabes tú de los fariseos, aparte de lo que, en su mayor parte calumnioso, dicen los evangelios? Si no sabes nada, ¿por qué los pones como puntos de referencia? ¡No seas tan ligera, mujer!

Id.- “la encantaba hacer...”.

Id.- “yo siempre la había encontrado básicamente anodina” Lo subrayado, como otras introducciones de pata señaladas con anterioridad, constituye una señal de la degradación que está sufriendo la lengua. Como dice mi amigo José Real, cualquier indio colombiano maneja una más rica y pura que la oficinesca de Almudena Grandes, Javier Marías, Maruja Torres, Guelbenzu, Molina Foix, etc., que parece que hayan aprendido (intentado aprender) a escribir en la Caja Rural de Pringezorra de Enmedio.

Pág. 409.- “Completaban el círculo cinco personas”.

Id.- Almudena/Malena solicita “una Coca-Cola”, uno de los refrescos que financian la CIA. Nunca hubiesen hecho nada parecido su abuela la revolucionaria ni su bisabuela la sufragista.

Id.- Entre los componentes de la reunión, Malena selecciona en seguida al guaperas y calcula que tiene “un culo probablemente estupendo”. Valoración de la belleza masculina aparte, que cualquier mujer puede hacer, es de señalar la fijación de nuestra autora por los glúteos. Ella tal vez lo ignore, pero es fetichista de culos. Y no dudemos que Almudena se está preparando ya el autohomenaje de que el culidotado se prende de ella.

Pág. 410.- “aceleró el paso hasta que nos colocamos en la vanguardia del grupo”. No quisiera parecer descortés, pero, misión denunciadora aparte, tengo que decir que si yo abro una novela al azar y me encuentro con eso de “la vanguardia del grupo”, la apocopo en el primer contenedor de reciclaje que me encuentre.

Id.- “año pletórico de tiras y aflojas”.

Id.- “me dije que la vida era un sitio cojonudo para vivir”. Debió de ser después de escribir esto cuando Almudena Grandes se cayó del guindo, pensando que era una gran ocurrencia. Sería imposible calcular el daño que, entre editores como Tusquets, escritores como Almudena y críticos como los que los inciensan le están haciendo a una masa lectora que, de otra forma orientada, podría haberse alejado algo del analfabetismo cultural en que, por decreto del Ministerio de Cultura, se encenaga.

Pág. 413.- “Gesto del brazo” (otros dos en la página siguiente).

Id.- Malena liga, como profetizara Oseas, con el guaperas del presunto culo estupendo.

Id.- Por enésimosexta vez, el término polla en esta novela, lo que me lleva a establecer un relación, creo que oportuna. La afición de la autora a utilizarlo (ya sabemos que el rotundo sonido de la elle linguo-molar-del-juicio se le clava para su gozo en las mantecas) me hace pensar en aquellos personajes del Lejano Oeste (far west) que adquirirían un sobrenombre por causa de sus aficiones o caprichos. Y así estaba “Relojes Bowen”, tan aficionado a ellos que llevaba varios en cada muñeca y uno de cadena en cada bolsillo del chaleco y la chaqueta. Por parecidas razones, hubo un “Diamantes O’Malley” y un “Remiendos Smith”. Pienso que a nuestra autora de cabecera la podríamos llamar con propiedad “Pollas Grandes”.

Pág. 414.- “temí que el trayecto resultaría clásicamente incómodo” Nueva e insolente negación del lenguaje literario en general y del novelístico en particular, mediante la cual uno no sabe si está insultando a Calderón de la Barca. Es uno de esos detalles que pueden acreditar a una escritora como negada. A los responsables de que esta novela haya tenido veintidós ediciones, más le valdría atarse un ordenador al cuello y arrojarse a una sesión de la Academia.

Antes (pág. 408), cuando Malena se dirigía al bar donde había quedado con Ernesto, tiene el presentimiento de que “iba a pasar algo, y de que, bueno o malo, sería algo extraño, único”. Pues bien, lo “extraño y único” es un polvo -otro- que le echa el culeras, precipitadamente y sin mediar palabra, en el pasillo que conduce a los retretes. Como hubiese dicho mi abuela: ¡Tiene ya el jigo más visto! Con lo bello que es el sexo y Almudena Grandes se empeña en hacerlo vulgar y odioso, en degradarlo, triviali-

zarlo y envilecerlo: Probablemente se trata de eso que los posmodernos llaman “desmitificación”. Y de creer que es un avance lo que en realidad es una regresión.

Almudena: no te dejes engañar por el fofo juicio de la crítica española ni por el fervor de un público consumista-analfabeto. Lee tu novela y después lee, por ejemplo, *El amante de lady Chatterley* o *El reposo del guerrero*, *Homo faber* o *Una mujer para el apocalipsis*, *Trópico de Cáncer*, *La noche Bengalí*, *Crónica de los pobres amantes*, *Jaramagos y otras flores amarillas*, *Historia del ojo*, *Justine*, *La casa de las bellas durmientes* o *La modificación*. Compara y, después, vete en paz y no escribas más.

Pág. 415.- Fin del capítulo: Malena se despierta al día siguiente por la mañana y nos da el parte que anhelantes esperábamos: “contra todos los pronósticos, me encontraba de puta madre”.

(No abrigo la menor duda acerca del número de ejemplares vendidos de esta novela, pero afirmo que todo el que, sin deberes misioneros, la haya leído hasta el final es daltónico cultural y penélope irredento).

Quienes entienden y expresan el sexo como lo hace Almudena Grandes, sobre todo, pero también Javier Marías, Antonio Gala, Maruja Torres y otros “desmitificadores” y “modernos” ignoran algo fundamental cada vez que deciden epatar a la culturalmente inmadura burguesía española y a sus guías los críticos anabolizantes y palomeros: que, durante los milenios que lleva la humanidad sobre la Tierra, fenómenos como la vida, la muerte y la atracción de los sexos, han constituido inquietantes misterios. Y lo seguirán constituyendo. El sentido del misterio es uno de los atributos que distinguen al hombre del animal y del aeroplano. Querer presentar una realidad supramundana como si el misterio, el símbolo, la duda, lo inefable no existiesen es degradar esos aspectos fundamentales de la condición humana y, por lo tanto, degradar al ser humano, vulgarizar el sentido de la existencia, ignorar su dimensión profunda y su valor. El carácter sagrado del sexo -y no estoy hablando de religión- es algo que han conocido todas las culturas superiores. (Véase el libro de mi maestro el profesor O’Garthia, *Yoga sexual para occidentales*, Madrid, Ibérico Europea de Ediciones, 1983).

Pág. 416.- Nuevo capítulo. Id.- Adolece esta primera página de un exceso de frases plenilunes, a propósito de unos chopos y el viento. Id.- “Entonces empezó a llover, las primeras gotas gordas, cargadas de mala leche”. Fuera mala o fuera buena la leche, el fenómeno es demasiado extraño. Al cabo de más de cuatrocientas prosaicas páginas, se desborda la inventiva de Grandes. Id.- “un viento aterrizado”. Si la lluvia cae con leche, ya puede el viento aterrizar, sí señora. Pág. 417.- “eché a andar debajo de la lluvia”. Más bien “bajo la lluvia” ¿no? Id.- El pugilato entre los embarazos de las hermanas De Alcántara se inclina ahora del lado de Reina. Así son las cosas. Id.- Otra expresión plenilune de la incansable Malena: Reina entra en la clínica con “las piernas arqueadas bajo el peso de un vientre dilatado y palpitante como la remota circunferencia de un planeta recién nacido”. Plenilunez aparte, yo no sé -y he leído tela de cosmología- lo que es la circunferencia de un planeta. Pág. 418.- “la pusieron sue-ro”.

Id.- Conferencia magistral sobre el parto de las primerizas. Es lo que suele hacer en sus “novelas” Antonio Gala (y también Javier Marías y Maruja Torres): perorar sobre asuntos domésticos y fiambres, pues su público, según las encuestas, agradece encontrarlos allí. Pero nada de esto tiene que ver con la literatura. Págs. 418-419.- Algo va mal en el embarazo de Malena, como habíamos previsto y, en su momento, señalado. Pág. 419.- Desde el principio del libro, primera alusión a aquella retrasada mental babeante y vomitante que nos presentaron como un personaje interesante que podía tener una importancia decisiva en el relato. Id.- Casi tres páginas con el parto de Reina: peso y talla de la niña, cordón umbilical, primeras pedorretas y otros detalles que nada tienen que ver con la (presunta) novela. Pág. 420.- Malena rememora los días en que se preguntaba “qué coño iba a hacer yo con un crío en brazos todo el santo día”. ¡Jesús! ¡Qué mal hablada es! Seguramente escribe así para que Rosa Mora, experta donde las hubiere y se detectaren, diga que lo hace a lo bestia. Id.- “volví sobre mis pasos”. Pág. 422.- Tras dos páginas y media de explicaciones sobre el difícil parto, el niño, como buen hijo de su madre, lo primero que asoma al mundo son las pelotas. Pág. 424.- “coger al niño por la cabeza y empujar de él hacia fuera”. Pág. 427.- Nada de lo que ha contado de Reina en las cuatrocientas veintiséis páginas anteriores explica su vil actitud de ir a presumir de niña rubia, blanca, espelotada y vestida con un pelele de terciopelo de Baby Dior, ante la pobre Malena que acaba de parir a un canijo de poco más de kilo y medio de peso. Id.- Santiago la consuela diciéndole (habla Malena) “que el niño no moriría porque era hijo mío, y a la fuerza tenía que haber recibido de mí la semilla de los supervivientes y un montón de mala hostia”. (Tampoco ha “visto” el lector, a lo largo de cuatrocientas treinta páginas, que Malena sea especialmente heroica ni malahostiada. Simplemente, como la autora, no tiene las ideas claras. Pág.- “me resultaba imposible continuar, procesar las palabras que acababa de escuchar”. Págs. 428, ants. y ss.- Como si fuera la Virgen María, contemplamos aquí a Malena antes del parto, en el parto y después del parto. Me pregunto cuáles habrán sido las lecturas de Almudena Grandes. Ni a principios de siglo se ahogaba ningún autor en tanto costumbrismo. Pág. 429.- Como Antonio Gala, Almudena Grandes es evidente que se documenta sobre ciertos asuntos que quiere tocar -en este caso, partos y postpartos-, pero, como aquél, no ofrece luego el resultado de la digestión intelectual de sus conocimientos, sino absoluta y pesadamente todo: un verdadero informe. Por eso les salen macronovelas plúmbeas o novelas macropplomadas. Pág. 432.- “Llegué a casa al borde de la medianoche, porque era jueves, y encontré todas las luces apagadas”. Que se encuentren las luces apagadas si se llega a casa al borde de la medianoche es relativamente lógico; no absolutamente, dadas las costumbres últimamente adquiridas por el español depresivo y televidente. Pero que se llegue al borde de la media noche “porque era jueves” resulta una afirmación chorridenta, si no media explicación plausible por parte de la autora o su secretario primero. Pág. 433.- Una prueba más de algo que ya hemos hecho notar: Malena/Almudena es machista. La primera, impulsada por la segunda, insulta a un enfermero llamándole “maricón”, término que nunca emplearía una o un feminista. Pág. 435.- “Todos estábamos en el mismo barco”. Págs. 436 ant y ss.- Como en otros pasajes, en toda la larguísima secuencia del nacimiento de Jaime y sus años de lucha por sobrevivir, Malena parece no tener madre, ni padre, ni hermana, ni marido, ni familiares, ni amigos ni nada. Es presentada en la novela como una especie de mater amantísima, sola con su hijo, el firmamento arriba, la meseta castellana bajo sus plantas y los médicos y los guardias urbanos alrededor. Es el resultado de creer que se sabe novelar y resultar que no. Y, a todo esto, ¿do

fue su irreprimible vocación de folladora? ¿Do sus propósitos de mantenerse activa? El lector soberano y maduro, como un votante, perplejea incrédulo. Pág. 432.- Nombra al marido, pero una sola mención no basta. Tendríamos que verle “actuar” maritalmente, “vivir”, ponerle, al menos una vez, el chupete al nene, o cambiarle el dodotis enmerdado.

Id.- Nuevo párrafo: “Algún tiempo después comencé a trabajar por la noche”. ¿Después de qué, Malena. Id.- “...allí ya había tocado techo”. Pág. 438.- “recuperar el control de mi vida”. El verso es a la prosa lo que la prosa es a esto que emplean Almudena, Gala, Torres, Marías y otros controladores en huelga. Id.- “guardería agradable e higiénicamente vulgar”. ¿Qué será “higiénicamente vulgar?” Continúa: “y que, naturalmente, estaba muy lejos de mi casa”. ¿Por qué “naturalmente?” Id.- Malena se siente “como un burro ciego, sordo y mudo que no ha visto más mundo que la noria...” ¡Cuántas cuestiones suscita cualquier frase de Almudena, tan sugerente es! A uno le gustaría haber conocido, como ella, algún burro mundano. Por otra parte, ¿qué tiene de malo un burro mudo? A mi me parece que es algo maravilloso, al menos para quien, como yo, no disfrute con los rebuznos. Id.- Malena está a punto de rendirse, “declarándome incapaz de gestionar tantas cosas al mismo tiempo”. Menos mal que tan grande cansancio le sobreviene después de que se viese en el trance de gestionar, concienzuda y competentemente, el tubo de leche dermatológica de Fernando. Se conoce que es controlando y gestionando sus novelas es como esta gente consigue sus éxitos. ¡Y pensar que hay novelistas en las cárceles que, antes de emplear verbos como gestionar y controlar se van a dejar arrojar a los leones! Id.- Llevada por su afán barroquímico, Almudena convierte un sencillo “no me dejó terminar” en un “no quiso dejarme terminar”. Y así, verbo a verbo, adjetivo a adjetivo, chorrada a chorrada, va consiguiendo que las páginas se llenen, hasta lograr el novelón que pretende. Id.- “hoy por ti, mañana por mí”. Pág. 440, ant, y ss. Creo que el público que ha agotado sucesivas ediciones de esta novela es un público que sólo lee a Almudena Grandes. Como el de Antonio Gala sólo lee a Antonio Gala. Público burgués e inculto, capaz de creer que “esto” es una novela, aunque es seguro que ni se plantea el problema. De que estas cosas, que sólo son positivas para periodistas y críticos ignorantes, sucedan tiene la culpa un determinado número de editoriales, entre las que se encuentran tristemente algunas que, hasta hace poco, representaban en nuestro país la edición culta. Se trata de hacer negocio. Para ello, han fabricado, en primer lugar, un tipo de escritor a su vez fabricante de best sellers o, mejor, de lo que ellos creen que puede llegar a serlo. Después, a un público consumidor de ese tipo de best seller, que nada tiene que ver con el novelón americano; un público aficionado a ponerse en una cola para que le firmen un libro que, en la muchas ocasiones, no llega a leer. En cualquier caso, se trata de un público literariamente inculto y, por lo tanto, nada exigente. Este es el comentario que sugiere la lectura de estas páginas, en las que Almudena insiste en la problemática, nada interesante, vacía de contenido, vulgar, de las peripecias domésticas de Malena, que sólo a las mentalidades domésticas puede interesar, y que nos es narrada, por ende, de una manera igualmente pedestre, con respingos pijosdalgos.

Pág. 440.-“una calidad [como madre] abrumadoramente superior”..., “radio de acción”, “única y exclusivamente”, etc. Es el lenguaje oficinesco propio de los que controlan y gestionan sus temas de cada día y lo cuentan, no como un escritor, sino como un escribiente. Id.- “improvisaba un mohín”. ¿Es

que los mohines hay que ensayarlos, Almudena? Pág. 441.- Malena reacciona “como si le hubiesen puesto un cohete debajo del culo”. Críticos ineptos y moralmente venales, que fundamentáis vuestra importancia social en el hecho de alabarlos todo, ¿imagináis una expresión semejante en alguna de las grandes, incluso de las menos grandes, novelas del siglo? Id.- Lista de agravios, aderezada de rascones en la espalda, raciones de tortilla española, camisetas, etc, que quien la lea sin gemidos retortijones es porque tiene las asaduras donde debería tener el páncreas. Constituye un alarde de imaginación por parte de nuestra novelista predilecta y un vademécum de la fantasía española voluntarista y benevolente, con permiso de Epicuro Magno. Frente a tanta gilipuerza encadenada de la autora, el personaje acude a sus ancestros y el conquistador Rodrigo acude en su auxilio. ¡Menos mal! Id.- Mamá Malena le dice a su hijo que lo quiere “hasta sin venir a cuento”. Y le da besos “locos y sin causa”. Aunque era difícil imaginarlo, Almudena se supera a sí misma, colmando las esperanzas que en ella tenían depositadas sus apologetas. Es evidente que escribe por escribir quien insinúa que hay que tener poderosos motivos para besar o expresarle el cariño a un hijo. (Es curioso que una escritora tan costumbrista y chatamente realista como Almudena Grandes navegue en tantas ocasiones por irrealidades más bien propias de quien está en el limbo). Pág. 442.- La escena de la visita de Reina a su hermana, para informarla de que hace tiempo que ella y Germán no follan, que ella le pidió que la follara y él le respondió que ya no le interesaba follarse, salpicada de frases que no completa porque una y otra vez se muerde la lengua, hasta sentir dolor y necesitar varios puntos de sutura, constituye una de las cumbres del libro. En consecuencia, aparece coronada por una ingeniosa pregunta -con los signos mal colocados, comme d’habitude-, que reza: “¿Qué le pasa, que ahora, en lugar de polla, tiene entre las piernas una prueba irrefutable de la existencia de Dios?” Es absolutamente ridículo. Basta para suspender a divinis a quien la ha concebido. Y apuesto el brazo que no perdí en Lepanto a que Almudena creyó ser muy aguda, original, atrevida, sorprendente y aguda cuando acabó de escribirla. Id.- Reina “se comportó como la canguro ideal”. Otro consejo, Almudena: deja estas expresiones para cuando hables con tus amigas mientras jugais a la canasta. La literatura es algo más serio, mujer. Esta es la novela que, de tener un tintero a mano, hubiese escrito doña Encarnación, la del cuarto derecha. No se me ocurre mejor alabanza. Id.- ¿Se anuncia aquí que la hermana perfectocanguro y el marido bienculado se van a entender? Si tal acontece, al lector ibéricotomista le puede costar la vida.

Pág. 444.- “Una semana antes, Reina me había convocado a comer” Al parecer, entre los pijosdalgos, no se hace algo más sencillo, como invitar, o llamar para, sino que se convoca. Entre hermanas incluso, se suelen decir cosas como: “La semana que viene, si tengo tiempo, te convoco para comer”. Recordarán mis lectores que también Javier Marías, cuando quería echar una cana al aire, convocaba una puta a su habitación. Id.- “ando fatal de dinero”. “Fatal”. Otro término del vocabulario pijiderne: está fatal del estómago, ese traje te sienta fatal, etc. Vocabulario que los escritores no utilizan. Id.- Habla de “un restaurante japonés asombrosamente bueno”. Los adverbios en “mente” son también muy pijidubles; pero lo suyo aquí hubiese sido decir “superbueno”. Id.- “bueno, bonito y barato”. ¡Cuánta zafiedad, Almudena, para ser la primera dama de nuestras letras! Id.- “darle largas”. Que los palomos y los botafumeiros y sus mandrágoras comparen este lenguaje y las ideas (?) que expresa con el de, por ejemplo, Todos los hombres son mortales, de Simone de Beauvoir, y digan si continúan sosteniendo

tantas serviles majaderías como han escrito. Id.- Importante: "...cuando éramos todavía adolescentes nuestros respectivos códigos de conducta divergían ya en un ángulo llamativo..." Perdona, Almudena, pero vamos por la página 444 y, lectores atentos y peritosendulce, no hemos apreciado nada de esa divergencia... Empezando por que no hemos apreciado que ni Reina ni Malena tengan ningún código de nada. Lo dicho: los personajes son lo que son -o no son-, no lo que a ti se te antoje decir en cada momento. Pág. 445.- Lo dicho forma parte del bachillerato del novelista. Como también que los personajes sean ellos en todo momento. Pasado el de hacer una gracia, ya se ha olvidado la autora por completo del pleito del marido de Malena con los mejillones plancha, el pulpo gallega, los callos madrileña y las criadillas vinagreta. ¿Es que ha cambiado Santiago?, se pregunta el lector preocupado y bromatológico. Sea lo que sea, la autora debería decírnoslo. Pero nada. Ahora lo que acongoja al bello consorte, que, con su dieta, no se comprende cómo atesora unas carnes como las ya descritas por Almudena, es el precio del suelo, el sistema de partidos, el método educativo, los poderes fácticos y el cultivo de las chirimoyas, amén de otros tópicos con cuya enumeración Almudena cree estar siendo muy intelectual. ¡Y que el profesor Francisco Rico, académico y cervantista, afirme que en la novela española, hoy, marchan unidos éxito de ventas y calidad literaria! Es el tipo de afirmación irresponsable que se permiten quienes se sienten seguros y a gusto dentro del sistema. Id.- "Malena [dice Reina], creo que ha llegado el momento de que decidas si aún puedes hacer algo por salvar tu matrimonio". Me pregunto si Almudena y su padre espiritual son conscientes de que está mas cerca de Corín Tellado -aunque con menos oficio- que de Jane Austen, como ella, en su delirio, cree. Id.- Nueva conjugación del verbo follar, el predilecto de Almudena, que lo emplea aun cuando el guión no lo exija. Pág. 448.- "Aquel pedazo de mosquitamuerta".

Inicio un nuevo capítulo. Créame el lector amigable componedor y confanzudo que sin la menor ilusión. Son demasiadas páginas ya, 449, para estar seguro de que Almudena Grandes no me puede sorprender. Sea cual fuere el destino literario de Malena, será vulgar. Aunque acabe suicidándose, será vulgar. Como uno más de los muchísimos defectos de esta novela hay que anotar su exagerada extensión, que constituye una desconsideración para el lector, incluso para el lector almudentarra. Es una característica extraliteraria de los bestsellerados y su guardia florentina: acercarse y hasta superar el medio millar de páginas; así el libro es más gordo y se puede vender más caro. Lamentable. Pág. 449.- "macizos de adelfas bien cuidados". ¡Pero, mujer! ¿Dónde está la locatonta que cuida las adelfas. Pág. 451.- Almudena vuelve a ofender a los homosexuales llamándoles maricones. Los personajes predilectos de la autora, que no consigue que lo sean también del lector, son todos machistas

Pág. 452.- Malena informa a Magda (la exmonja de las tetas sobre el altar mayor): "mi marido me dejó por otra". ¿Quién hubiera esperado, referido al culetas, este argumento cupletero? Ahora debería venir esa otra cantando: Yo soy la otra, la otra, / y a nada tengo derecho / porque no llevo un anillo, / con una fecha por dentro... Pág. 453.- "lo pasó fatal". Vid supra. Id., "Se me pegó como una lapa". Id.- "todo el santo día" Id., Malena y Magda se ríen "a coro" -¿a duo, mejor?- durante un rato, nadie sabe por qué. Pág. 454.- "derecho como una vela". Pág. 455.- "nos costó Dios y ayuda". Id.- "sembradas de geranios de colores". ¿Es que hay geranios incoloros, Almudena? Apenas llega Malena a la residencia

playera de Magda (cuya dirección no sabemos cómo, al cabo de varios años, ha conseguido), de pie, lejos de la casa, inicia una conversación que durará trece páginas de letra menuda, en la que hay parlamentos de Magda de más de dos. Pág. 456.- “Soy una mujer emancipada”. ¡Dios infinito, de cuya bondad no podemos dudar los pecadores! ¿Cuándo ha visto Almudena Grandes que un personaje de Cervantes, o de Quevedo, o de Proust o de Kafka, diga algo equivalente a “soy una mujer emancipada?”. Los personajes de Gala y los de los culebrones venezolanos sí son capaces; de eso y de más. Los críticos botafumeiros y los lectores cortinglés pasan por encima de estas cosas sin darse cuenta. Págs. 456-457:- ¡Vaya con la progre de Almudena! No sólo bebe coca-cola, sino que le hace propaganda. ¡Al refresco que financia la CIA!

Pág. 457.- Magda cuenta a Malena un lance de la vida de crápula de su padre. Han pasado casi diez años, pero entra en nimios detalles como el olor a meados que había en el lugar, la forma de las puertas del pasillo, el material del que estaban hechas, etc. Describe minuciosamente a los personajes, sobre todo a las mujeres, con la más vulgar adjetivación posible: piernas estupendas, tetas cojonudas, buen culo, muslos descomunales. Buena memoria que tiene Magda.

Id.- “patillas brutales”. ???

Pág. 458.- “parecían ir por libre”.

Pág. 459.- “Partiendo el bacalao”.

En estas páginas memorables, como en tantas de Grandes, Magda cuenta a su sobrina cómo ligó con su padre (de la sobrina). El caso es que la de los Alcántara Orellana-Pizarro y Hernán-Cortés Valdivia Cabeza de Vaca es, por oriundez, una familia de ligures, que no hizo sino cumplir con su obligación histórica: ligar; ligar por arriba y por debajo, por delante y por detrás. Por eso la novela que cuenta sus fazañas tenía que ser forzosamente una sucesión de ligues, no podía ser otra cosa. De cuando en vez, rompe la monotonía el resplandor de un culo digno, diría yo, de sentarse a la diestra de Dios Padre. Y, a fin de cuentas, como decía Ortega, los culos forman parte imprescindible del ligue, como la levadura de la cerveza empanada.

Pág. 459.- La forma en que Magda cuenta a su sobrina cómo “se lió con su padre”, además de vulgar, está completamente fuera de lugar.

Id.- “me caía gordo”.

Dos generaciones antes de la revolución sexual, cuando en España no se iba a la cama ni el sereno -bueno, el sereno, menos que nadie-, las féminas Alcántara se acostaban, no ya con sus novios, sino con los muchachos con los que, eventualmente, salían. Con tales antecedentes, al crítico filosofal no le extrañan ciertas cosas. Pero el caso es que tal alocada conducta no se corresponde en absoluto con la familia de clase media acomodada y cursi que la autora nos ha presentado.

No es excepción a la regla ni siquiera la beatísima y verecunda madre de Malena, quien, con

su conducta disoluta y crapulenta, proporciona tal sorpresa a su hermana Magda, la futura monja alférez, que ésta, según cuenta, si se le llega a poner a tiro, se la carga.

A todo esto, el lector impenitente y varapalos empieza a decirse que todo esto es tan incongruente con lo que la autora ha contado antes, por voz y voto de Malena, que los personajes ahora parecen otros.

Pág.460.- Pero ¡cuántas sorpresas proporciona Almudena a sus admiradores! Resulta que a su verecunda madre, católica, apostólica y extremeña (de la parte del agro) la dejaron preñada antes del parto, con gran escándalo del colectivo de su entorno. Aunque en este libro todo es arbitrario, aquí Almudena supera su anterior record de la milla. Sus lectores y sus botafumeiros tienen que tener más tragaderas que un coro de sapos verde morcilla.

Nos tranquiliza saber que Malena no fue sietemesina, como habíamos llegado a temer. Es que, cuando la madre se casó ya... pues ya hacía meses que...Bien, el lector rubicundo y hojaldrado ya me entiende.

Pág. 460.- “dos caras de la misma moneda”.

Pág. 461.- El clasismo que exhibe Almudena Grandes, sobre la pijeza, es pestiforme.

Id.- “pues ya está, coño”.

Id.- “no tenían ni la mitad de cojones que nosotros”.

Id.- “y así tiraba la gente, a fuerza de sol, y de cojones”.

Pág. 462.- “como los que parten el bacalao”. (Ya van dos bacalaos troceados en pocas páginas).

No, ciertamente, no estamos leyendo ni a Jane Austen ni a Almudena Grandes. Esta historieta dentro de la historieta, por ende costumbrista y amén de insoportable, resulta estomagante para el lector acongojado y criticauta, quien advierte atónito que Magda la cuenta de la misma manera, con el mismo lenguaje, desde la misma óptica mental que la abuela contó la suya y otros personajes la que les corresponde. Y es que Almudena no sabe ponerse en la psicología, cultura, etc. de los diferentes personajes -recordemos aquellas dos mucamas que hacían al paso de su relato anotaciones sociológicas, históricas, políticas y teológicas-, no es novelista, por lo que todo en su libro es monocorde, sin estar matizado por edad, situación, educación, etc. Son, eso sí, manifestaciones de lo que ella cree que es progresismo y no es más que progresía.

Págs. 462-463, ant. y ss.- Recurso literario de novelista mala éste de que un personaje cuente una historia como si la estuviese escribiendo y con más comentarios que el Quijote de Rodríguez Marín.

Pág. 462.- Almudena desprecia las sopas de ajo, signo para ella de plebeyez. Este crítico se

siente ofendido en lo más hondo, en el lugar donde se gestan los regüeldos, pues él, siempre que cena en el Waldorf Astoria, pide unas sopas de ajo de primero, una tortilla de patatas, un plátano y una copita de coñac.

Id.- Según Magda, las cohabitaciones del padre de Malena con su esposa eran algo así como la desintegración del átomo: “cada vez que la follaba, hacía mucho más que eso: se follaba a todo el mundo entero entre sus piernas, se follaba a las leyes de la lógica, y a las de la buena crianza, y a las del destino...” No puedo imaginar que dirían la lógica, la buena crianza y el destino si pudieran expresarse como Dios manda. Tampoco pensar en qué dirían otros terrícolas apocados y cejjuntos. Yo sólo puedo hablar por mí: a mí no me folló don Jaime. La que me viene jodiendo desde hace más de cuatrocientas páginas es su hija.

Pág. 463.- ¿No habrá sido lo dicho una metáfora y la verdad sea que fue Magda la que se llevó cuanto le correspondía al mundo entero, y a la lógica, la crianza, el destino y las escafandras de verano? Por algo, según dice, se comportó ante los amigos de él “como la esposa rica, encoñada y consentidora”. ¡Santo Dios, qué versación!, hubiese exclamado mi abuela, la trianera, no la azteca. En cualquier caso, Magda se considera a sí misma “peor que las torpes putas pueblerinas”. Como Marías, Almudena siempre tiene que ofender a algún gremio respetable desde su horterismo pijoderne.

Id.- Malena, luego de habernos mareado con la historia católica y sentimental de su bebé canijo, tan olvidada ya como la de las mollejas, la mojama y el chorizo de cabra, asegura que los buenos sentimientos no tienen importancia y que “las únicas buenas personas son las que no se divierten”. ¡Vaya por Dios! ¡Qué filosofía más penamora/penamora y giliderne! ¿Cómo seguir a alguien hasta estas alturas del pensamiento y permanecer indemne? Las dudas me estremecen hasta las mollejas. Yo lo paso de buten y soy más bueno que las orejas de cerdo pil-pil. ¿Seré un marciano, como siempre sospecharon los del estanco de abajo de mi casa? No quiero ni pensar que a esta novelista se le ocurriera escribir algo así como El retrato de Dorian Grandes.

Id.- El futuro padre de Malena -de tal sardina tal espina, se podría haber dicho más adelante- es tan famoso, según Magda, que la policía franquista, los grises, le llamaban confianzudamente Picha de Oro. Comprendo que Malena se sintiese orgullosa al enterarse.

El padre de Malena, esto es, Picha de Oro, se llama en el siglo Jaime Montero. El crítico avezado y elocuente no puede menos que relacionarlo con el profesor Luis García Montero, maestro de la novelista, y le envía por fax un colaborador en taxi urgente, para preguntarle si él ha sido el inspirador del personaje Picha de Oro. Sin comentarios, respondió el maestro de maestros.

Pág. 464.- Pero vale la pena transcribir el relato que hace Magda de por qué el bautismo aurífero del celebrado promontorio monteril. A la pregunta anhelante de Malena: “¿Picha de Oro? ¿Llamaban Picha de Oro a Papá?” Responde Magda:

-“Sí, siempre le habían llamado así, desde antes de casarse con tu madre, no creas, porque a

los catorce, o a los quince años, no me acuerdo, le había echado un polvo a la dependienta de la farmacia y después ella no había querido cobrarle lo que él había ido a comprar, y además le había regalado dos cajas de condones y no sé qué más, después de decirle que volviera cuando quisiera... Por lo menos, ésa era la leyenda, vete tú a saber lo que pasaría en realidad...”

Toda una leyenda, verdaderamente.

Lo mejor de Almudena Grandes es que no tiene sentido del ridículo, como su editor, don Tony López, como sus botafumeiros -Juan Palomo, Blanca Berasategui, Rafael Conte, Santos Sanz Villanueva, García Posada, García Montero, Molina Foix, Guelbenzu, Ramón de España, Savater, Ignacio Echevarría, Darío Villanueva- y don Juan Cruz, que, según noticias procedentes del palomar, lampa por incorporarla a su cuadra de bestsellerantes.

Id.- A Magda le entra un repente y besa a su cuñado en el morro, delante de los grises, que no se muestran tan fieras como Almudena los pinta en otras páginas. Así es esta familia de folladoras/res. A quienes hemos conocido el refinado sexo de la Fraternidad de Eleusis, nos resultan demasiado primitivos, como orangautas, aunque de zoológico.

Id.- Magda, que ha llegado al tugurio acompañada de un novio existencialista, manda a éste a la mierda y se queda con Jaime, esencialista práctico.

Pág. 465.- Palabrita del Niño Jesús que uno no sabe para dónde mirar ante determinadas salidas de Almudena Grandes o de, en su nombre, alguno de sus personajes: Magda le detalla minuciosamente a su sobrina todas las cochinerías de su padre: putero, drogadicto, juerguista, bebedor, chulo, adúltero, en fin, todo lo que se podía ser bajo el nacionalcatolicismo, excepto socio del Madrid; se refiere a los pecados contra la sexta enmienda que comete con su colaboración. Y cuando ya lo ha puesto a parir un burro, dice con tanta inconsecuencia como choricundez: “No me gustaría que esta historia cambiara la opinión que puedas tener sobre tu padre, Malena, si fuera así, no podría perdonármelo nunca...” ¡Hay que joderse!, como decía Cisneros cuando le relataban alguna travesura de don Fernando el Casto.

Id.- Es la leche de Epaminondas lo que se puede llegar a leer en esta novela, probablemente, con Mañana en la batalla piensa en mí, de Javier Marías, una de las dos peores que se han intentado escribir en la española lengua. Hasta cuando los personajes más acomodaticios, conformistas, burgueses, de derecha congénita y cultural, hablan del franquismo, lo critican, llenos de odio y de rencor, como una época tenebrosa. O sea que, secundum Almudenam Magnam, durante el franquismo no hubo franquistas, únicamente nostálgicos de la revolución rusa del 17, que no podían hacer nada, porque “el mundo era de un solo color, bastante oscuro”. ¿Cómo es posible que esta mujer esté pasando por una gran escritora? Que respondan Rosa Mora, Blanca Berasategui, Rafael Conte, García Posada, Santos Sanz Villanueva, Molina Foix, Muñoz Molina, Francisco Rico y Lázaro Carreter, que la quiere en su Academia. ¡Que no se podía hacer nada! Que se lo pregunten a Marcelino Camacho, a Julián Grimau, entre otros miles. En el fondo, en todo este libro hay un intento, por parte de la autora, de disimular su

derechismo de toda la vida, tan torpe, tan burdo, tan ridículo (el intento), que entran ganas de llorar dos veces, luego de encomendarse al espíritu de don Pelayo.

Id.- “sólo había una vida, que era la única buena, y había que tomarla o tomarla, porque no se podía dejar, ¿lo entiendes?, ya te podías afiliar al Partido Comunista, o hacerte puta, o comprarte una pistola, que te iba a dar lo mismo. Los ricos nos íbamos a vivir al extranjero, pero lo único que podían hacer los pobres era emigrar a Alemania, y eso no era exactamente lo mismo, ya me entiendes...” ¡Qué simplismo, Dios santo! ¡Cuánta frivolidad! ¡Qué culpable desinformación! Todo lo que dice, además, es completamente falso. Con su falta de rigor no se puede aspirar a nada. Es lo contrario a una intelectual. Su suerte es que vive en un mundo literario prefabricado, con analfabetos de primera calidad. En primer lugar, merezca la calificación que merezca la dictadura franquista -para mí la merece muy negativa, desde sus orígenes ilegítimos y sus fusilamientos hasta sus defectos, que eran todos los inherentes a un régimen basado en la falta de libertad-, durante su duración, mucha gente hizo una seria carrera científica o humanística, pictórica, literaria, musical, deportiva, etc. o se realizó en múltiples oficios. Grandes y su maestro, Javier Marías, han dicho alguna vez que el franquismo se caracterizó por ser un desierto cultural. Otra mentira. Al propio Franco, por supuesto, le importaba tres mollejas la cultura, pero decir que durante su dictadura no hubo nada en ese campo es mentir o ignorar. Ahí están las hemerotecas. Sólo en el quinquenio 1957-1962, que elijo al azar, y sólo en Madrid capital, hubo más cultura, y más creativa e interesante, que en todo lo que llevamos de democracia. Los poetas, novelistas, pintores, escultores, arquitectos y músicos que surgieron entonces (los mejores de la segunda mitad del siglo) se mean en el escalafón y a los de ahora no les llega ni la humedad. (Yo, por ejemplo, el mejor crítico literario de todos los tiempos, me formé durante el franquismo). Y los espíritus, desde luego, eran más libres. Y no digo que lo que pasa ahora sea por causa de nada inherente al régimen democrático. Es que, por lo que sea, los mercaderes han considerado llegada la hora de atontar al pueblo, primero, y después venderle bazofia como esta novela. Don Gonzalo Torrente Ballester se quejaba ya hace tiempo, en una conferencia dictada en la Fundación Juan March (V. Boletín Informativo de la misma, de enero de 1979), con palabras que son válidas todavía: “Hay que reconocer que hoy la sociedad española es mucho más víctima del consumismo de lo que sería deseable y que los tan esperados frutos de esa libertad intelectual, por la que tanto tiempo se ha clamado, no están todavía maduros o no existen”.

En segundo lugar: quien se quiso pringar en política se pringó, sin necesidad de meterse a puta (falta de respeto tanto para con ciertas actitudes como para con las prostitutas, que sin duda son mujeres que no han tenido los privilegios de la que escribe) ni de comprarse una pistola. Ya he nombrado a Camacho y a Grimau. Podía nombrar a Felipe González y el grupo de socialistas sevillanos. Y a tantos catalanes que estuvieron en la cárcel. Y también, de conocer sus nombres, a muchos activistas estudiantiles y obreros. Pero ¿cómo se puede decir semejante sandez? Lo que pasa -y en este libro hay muchas pruebas y algunas hemos señalado- es que Almudena Grandes es una progre que intenta malamente justificarse, y piensa que es su obligación hablar mal de todo aquello y de todo lo que había dentro de aquello y esto la hace incapaz de distinguir los frenos que ponía la dictadura del acelerador que el espíritu de un pueblo está siempre dispuesto a apretar. Ultimamente -escribo estas páginas a

primeros de julio del 98-, se han publicado en El País varios artículos sobre la cultura durante el franquismo. Los autores coinciden en que hubo importantes cultivadores de la inteligencia en diversas ramas. Los mejores de ellos, los que, como a través de un árbol genealógico, conducen a la frondosa copa que llenan, cuales henchidos frutos, los actuales colaboradores de El País. Hay periódicos con suerte.

Finalmente está lo de que los ricos -asfixiados por una dictadura que no podían soportar- “nos íbamos a vivir al extranjero”. ¡Pero cómo puñetas se iban a ir de aquí los ricos! ¡Si como aquí no iban a estar en ninguna parte! Esto era el paraíso de la especulación, del robo legal, de la elusión de los impuestos. Aparte de que los ricos -excepto los parientes de Malena, claro- eran todos de derechas e ideológicamente se encontraban en su condimento.

Este resumen de la época franquista, desde el punto de vista de una burguesa, es tan ciclope-raltado y fantacientífico, que se llega uno a preguntar si la señora Grandes es la pona y se ha guiado por un artículo publicado en el Reader Digest por el rey de los imbéciles. ¡Léalo el lector apaciguado y montecarlo por sí mismo y por su revolución nacionalsindicalista!

Pág. 466.- “encontrar las palabras para decirla”. ¡decirle, puñeta!

Id.- “aquella cara en la que yo siempre había podido mirarme como en un espejo”. La vulgaridad de la expresión de nuestra mejor escritora, realmente, conturba.

Pág.- “todos se ponían en movimiento echando leches”.

Id.- “la pasta de mi familia era mucha pasta”.

Id.- Ya van veintidós páginas, de letra menuda, de conversación Magda-Malena y quedan otras veintidós, en las que se filosofa pobremente y en las que se cuentan cosas que, a ochenta páginas del final de una novela de quinietas veintidós, debían estar contadas ya o calladas para siempre. La (no)estructura de esta novela es la de la continua improvisación cuyo objetivo parece ser engordar el libro, para que don Tony López obtenga un beneficio saneado que le permita seguir fabricando churri-gueras. La literatura es algo que no parece preocupar ni a la escritora ni al editor.

La mamá de Malena y la mamá de Magda son tan semejantes que resultan intercambiables. La verdad es que, en esta especie de novela, muchos personajes son calcos de otros. Esto aparte, hay que decir que la sociología de Almudena Grandes es de rebajas de enero.

Pág. 469.- “rompía con el novio y la tomaban el pelo”. Imperdonable.

Pág. 470.- “hablaban a grito pelado”.

Id.- “se puso a chillar como una furia”.

Pág. 471.- Muchas páginas criticando a las mujeres débiles por lo poco que disfrutaban, para al

cabo venir a concluir que las fuertes como ellas lo pasan peor. ¡Por San Peroncio de Torrelodones, único santo enano de la historia, único virgen y padre! ¿Qué está pasando? Que alguien lo explique. Don Tony López, director de Tusquets, que ha editado este libro; don Juan Cruz, director de Alfaguara, quien, según el chismoso literario Juan Palomo, lampa por llevarse a esta escritora a sus cuabras; los críticos que la alaban: Rafi Conte, Mige García Posada, Santy Sanz Villanueva, Chemari Guelbenzu, Chente Molina Foix, Moncho de España y Portugal, Nacho Echevarría, Darío Villanueva, ¡responded! No al pueblo embobado en las gradas del circo, respondednos a nosotros los periféricos, los marcianos: si Malena es un nombre de tango es una novela, ¿qué son entonces La educación sentimental, Madame Bovary, Eugenia Grandet, Los endemoniados, El gran Gatsby, Adiós a las armas, El fin de la aventura, Sparkenbrouke...? ¡Cuánto daño estáis haciendo, oh tristes!

Y, a todo esto -por seguir con el santo sacrificio de esta lectura interminable-, a todo esto, decidnos, oh sabios del lugar (de los hechos), oh graciosos oficiales, payasos, catetos, ¿dónde están los demás personajes de la historieta? ¿No estaba casada Malena con Santiago el del hermoso culo? ¿No tenía una familia, de derechas pero avanzada donde las hubiere y se detectaren? Probablemente, oh ignorantes, esta es la novela peor construida de la historia, desde que Colón puso el huevo.

Pág. 472.- Almudena vuelve a confundir rincón con esquina.

Id.- “El sol ya estaba cansado...” Frases así le salen a Malena cuando toma la pluma galana y se aplica a un estilo a las finas yerbas orientales.

Id.- También vuelve a confundir gesto con ademán.

Id.- Y otra vez a perorar. Da la impresión de que Magda tenía el disco preparado para ponerlo en marcha apenas se pusiera a su alcance alguien a quien colocárselo.

Id.- Después de cuatrocientas setenta y dos páginas, nos vuelven a hablar -ay de nosotros- de aquella Pacita de la primera página y, con tal detallismo, que el lector impecune y correigionario no sabe si ponerse en pie o continuar sentado.

Pág. 473.- A Magda siempre la castigaban de niña por contestar. Contestataria avant la lettre, como la autora, de quien cuéntase que emergió del seno materno con el puño izquierdo cerrado y en alto, cantando la Internacional.

Magda queda muy bien, juzgando por el relato de Magda.

Id.- “Si la casa estuviera llena de gente”. No. Si la casa hubiese estado...

Pág. 474.- “tenía la piel de gallina”.

Id.- “se llevó un susto de muerte”.

Pág. 475.- Resulta grotesca la forma en que la autora quiere situar en una cadena de malditos

-"la sangre de Rodrigo"- a los personajes un poco traviesos como Malena, Magda, los padres de ambas, etc. Por otro lado, dada la concepción del mundo (y del demonio y de la carne) de ambas, ser una folla-dora conspícua no es pa considerarse mardesía.

Pág. 476.- "única y exclusivamente".

Id.- Malena, machista como Almudena, a un homosexual le llama "maricón" y "loca".

Id.- "me di cuenta de que tenía la boca abierta y apreté los dientes en seco, una hilera contra la otra". Pues claro, mujer, ¿cómo iba a ser, si no?

Insiste en el tema de la maldición. Ya aparecen, en la cadena de sus efectos, el adulterio y la bigamia que, a nosotros, aunque en extremo virtuosos, no nos parecen para tanto. Dice que "sólo falta ya el incesto". ¡Qué va! Y la bestialidad. Y la necrofilia. Y la pedofilia. Y las diarreas menores. Y la virgi-nidad recalcitrante. El tratado de Paracelso sobre el sexto mandamiento contiene más de setenta variedades para que elijan las familias malditas. Y el libro de Pélladan sobre La secta de los Khlystis enu-mera ochenta y dos, una menos que Stanislás de Guaita en su Catecismo. Almudena conoce tres y se las da de sabihonda sexual...

Id.- El gran maldito Rodrigo, adúltero y bígamo donde los hubiere y se detectaren, estaba ca-sado "con una mestiza, hija legítima de un hidalgo vizcaíno y una india de familia noble". Como Javier Marías, Almudena tiene ínfulas aristocratizantes.

Id.- "hacía y deshacía con plena libertad".

Id.- "armó la de Dios es Cristo."

Id.- Magda conoce la historia del conquistador Rodrigo, primer maldito de la lista, con tanto de-talle como la suya propia, y así la cuenta para tormento del lector auverne y ya desesperado. Sabe has-ta cuándo y cómo se lavaba el muy maldito. Y, sin embargo, se contradice: primero afirma que la india Ramona era un bicho, y después que era "honradísima, y muy piadosa, entregada a la familia". El lector, desconcertado, pone un telegrama urgente:

Una asociación de ideas, al escribir, en el punto anterior, la palabra conquistador, me lleva a plantear la siguiente pregunta: ¿qué delincuente de la crítica mafiosa conoce la novela El último de la conquista, de Antonio Zoido, escritor extremeño y oretano, mi tío y señor carnal. Pues se trata de una de las dos o tres mejores novelas españolas de la segunda mitad del siglo. Y, si no la conocen, es des-honesto que hagan valoraciones generalizadas y monocordes. Naturalmente, si lo hacen es porque sa-ben que su ignorancia quedará impune. Con tal de que tengan en cuenta lo editado por Alfaguara, Tus-quets, Anagrama, Espasa Calpe, Planeta, Destino y Plaza & Janés, nadie del poder, del establishment, del sistema, les va a pedir cuentas. Nosotros, los pobres pero honrados, con menos poderes que un procurador desacreditado, sí se la pedimos ante el Tribunal de las Altas Letras.

Id.- Rodrigo era homosexual, se confirman las sospechas de Malena.

Pág. 477-478.- Rodrigo, el ilustre antecesor de los Alcántara del franquismo y de la democracia, se vestía de gitana para perdonar “con sus negros”.

Pág. 478.- Los cronistas de Indias fueron generosos con Rodrigo de Alcántara. Por eso podemos llegar a saber, vía Magda, muchas cosas; entre otras, que, poco antes de morir, la polla se le llenó de bultos extraños y amarillentos, por lo que es de imaginar que dejase de caberle a los pobres negros, por muy dotados que estuviesen. No cuento cómo acaba la historia porque estoy comiendo.

Id.- La hija de Rodrigo y la hechicera Ramona, ora bicho ora mujer virtuosa, “a los quince años abandonó el mundo para entrar en un convento”. Frases como ésta son las que acreditan a una narradora y la llevan a granjearse el aprecio de los Darío Villanueva, Rafi Conte, Mige García Posada y Santy S. Villanueva, entre otros doctos.

Id.- Y además: “cuando se hizo monja, tomó el nombre de Magdalena, para mostrar simbólicamente que pretendía expiar los pecados de su padre”. Pero ¿qué tiene que ver la simbología magdalénica (acerca de la cual yo sé más que nadie) con ningún padre?

Id.- El hermano mayor de ésta que “hizo carrera en la iglesia”, “fue un golfo de aquí te espero”. ¿Dónde me esperas?, pregunta el lector desconcertado y cibernauta.

Pág. 480.- A pesar de la excepcionalidad de todos los miembros de la alcurnia alcantaresca, Magda opina que “en esta casa nunca ha habido nadie con huevos bastantes para obligarme a mí a hacer nada”.

Id.- Después de tanto discurso, tanta historia, tanta biografía, tanta autobiografía, tanto cuadro sinóptico, Magda habla de haber estado acorralada y de una venganza. Pero el lector perdulario y orsonbelles se queda sin saber en qué ni de qué.

Págs. 480-481.- Conocemos a Curro, el que nos faltaba. Sólo nos queda esperar que no nos cuenten su historia. Resulta que es alto, moreno y divertido, y algo más joven que Malena. ¿Follarán? Es la pregunta que se hace el lector irreverente y picospardos.

Pág. 481.- Como es usual en los hogares pijoburgueses, las mujeres se van a la cocina y los hombres ponen la mesa. (Dime lo que escribes y te diré lo que eres).

Id.- ¡Flores fritas! Con esto si que me sorprende Almudena, debo admitirlo.

Pág. 482.- Otro término del lenguaje pijoflauta: alucinante. “Lo más alucinante de todo”, dice Magda.

Pág. 483.- “la que partía el bacalao”, con las agravantes de nocturnidad y repetición. Y ya van tres bacalaos hechos pedazos.

Pág. 484.- Magda ofende innecesariamente a multitud de abuelos de nívea pelambre, venerables y ochentaañeros.

Id.- Tanto Magda como Malena son ácratas en la educación de los niños. ¡Faltaría más!

Y, a todo esto, en ninguna de las alusiones a la familia y sus relaciones con el hijo de Malena, aparece el padre, Santiago Antimollejas y Cierraespaña. ¿Vivirá? se pregunta el lector. ¿Habrá muerto de la filoxera?

Id.- Malena mira a Magda “con las tripas”. Quizá facultad que se adquiere ingiriendo flores fritas.

Pág. 485.- Ahora toma la palabra Magda y la mantiene durante más de cinco páginas de letra menuda. No puedo resistirlo ni un minuto más y se lo espeto: Almudena, tus personajes son unos pelmazos. En crítica filosofal, a lo que es más que pesadez se le llama pesadumbre.

Id.- “una sonrisa de oreja a oreja”.

Pág. 486.- “dinero que me había llovido del cielo”.

Págs. 487 ant. y ss.- A la vista de la larguísima y apesadumbrada [nueva] historieta de Magda, anoto: en esta historieta todo está referido, pero no novelado. Que la hermana sea una hipócrita, que el ginecólogo sea un hijo de su madre, nos lo tenemos que creer bajo palabrita del Niño Jesús, porque Almudena Grandes no nos “presentiza” su conducta.

Pág. 487.- “iba a sacarme las castañas del fuego”. Nada más apropiado, después del bacalao, que unas castañas asadas.

Id.- “mi vida se estaba convirtiendo en una pesadilla”.

Id.- “más tarde o más temprano”.

Pág. 488.- “estaba que me subía por la paredes”.

Id.- “me libré por un pelo”.

Pág. 489.- “no llegó a hacerlo ni en broma”.

Id.- “lo último que hice en Madrid [dice Magda a Malena] fue acostarme con tu padre vestida de monja”. ¡Pero qué malísima era! La maldición de los Rodríguez, no cabe duda.

Ya lo dijimos: uno de los grandes defectos de Almudena Grandes como novelista es que no consigue que los personajes que ella quiere presentar como simpáticos lo sean para el lector ni que los que ella quiere hacer ver que son odiosos a aquél le resulten tales. Magda es su personaje predilecto, después de ella misma (Malena), claro. Pues bien, para el lector condolente y manosalvas, la tal Magda

es una imbécil capitular, más pesada que un nacionalista.

Id.- “al principio me sentía de puta madre”.

Págs. 490-491.- ¡Lo que es la maldición de los Rodríguez! Malena descubre que la amante de su marido ¡es su propia y virtuosa hermana melliza!

Y así concluye el capítulo. Y el lector virtuoso y tocoronte cae en la cuenta de que hace muchas páginas que Malena no folla. Esto no es normal, dice para su gabardo.

Con la expresada incertidumbre, abordamos un nuevo capítulo, uno de los últimos del novelón imperdonablemente interminable. ¿Qué sobresalto nos deparará nuestro destino de lectores animosos y banderas? La sorpresa no radicará en que Malena folle, sino en con quién lo haga, y en saber si, al abrirse ese quién la bragueta, aparece una auténtica chirimoya o una prueba irrefutable de la existencia del Ente supremo y trinitario.

Pág. 492.- Como corresponde a su alcurnia alcantaresca, Magda vive en un cortijo. (De lo que nos enteramos, por cierto, cuando ya hace más de un capítulo que Malena ha llegado a él).

Se habla de una sensación que la autora confiesa que “no podría describir con precisión”. Imperdonable en una novelista idolatrada por Juan Palomo y Miguel Clemencín Posada.

Pág. 493.- “no sé cómo explicarlo”. ¡Pero mujer! ¿Otra vez?

Pág- 494.- El niño de cinco años se expresa con tanta madurez que no podemos dudar de que es hijo de Almudena.

Id.- Ya hablamos de esto: ahora nos enteramos de que Malena no ha perdido el contacto telefónico con su marido: Sin embargo, lo anterior ha discurrido como si tal contacto no hubiese existido. Esto no es una novela, Almu. Más bien parece una alcaldía pedánea.

Pág.- “el mundo se me desplomó encima”.

Id.- “desplegó todo su catálogo de gestos”.

Pág. 497.- “llenos hasta los topes”

Pág. 501.- “quedamos en quedar”. Repetiçõe digna del mismísimo Marías.

Malena se ha separado de su marido el culiderne, dejándole en brazos de su traidora hermana melliza. Ni una línea, en una novela realista y costumbrista, sobre cómo ni cuándo ha sido. En cambio, conocemos el currículum de numerosos personajes episódicos.

Pág. 502.- Ahora nos enteramos de que a Malena le produjo estupor que su hermana se liara

con su marido.

Pág. 503:- “situado donde Cristo dio las tres voces”.

Id.- Aunque nada lo hace deducible de lo que hasta aquí ha acontecido, el niño de cinco años, con la seriedad de un Ramsés de granito, le dice a su madre que, a partir del próximo curso, se irá a vivir con su padre y con su tía. ¡Qué calvario el de la pobre Malena!

Id.- Reina y Santiago se casan. En un novelón que ya ha rebasado el medio millar de páginas, llenas de insignificancias y abalorios, Almudena no ha considerado necesario obsequiar al lector archivado y transeunte con los diezmos y primicias del divorcio, su efecto en Reina y Malena Fernández de Alcántara y Santiago Encarnaduras Bientipadas.

Id.- Hemos pasado por alto, absorbidos por la trepidante acción, algunos términos del lenguaje pijorante -entre ellos, bastantes apetece- pero la siguiente frase es digna de quedar reseñada: “mi hermana se había montado un bodón descomunal”.

Pág. 504.- El Santiago que se casa con Reina, borrachete ocasional, comedor de canapés y de todo cuanto se le ponga por delante, nada tiene que ver, como personaje, con el bello culo vegetariano antimojama que estuvo casado con Malena.

Id.- Malena, que ha llegado a decir (pág. 502) que “Jaime se le hace cada vez más necesario”, se separa de su hijo sin mayores penas ni quebrantos. Sólo siente, según dice, dolor en el ombligo y alrededores.

Id.- El repelente niño, con cinco años (¡), le propone a su madre que se ponga en su lugar. “-La casa de papá tiene jardín, y nos han puesto dos columpios...” ¡Materialista precoz y desgracido! Cría cuervos, que diría Antonio Gala.

Pág. 506.- Nos enteramos de que Malena sale muchas noches. ¿Y no liga ni una vez?, se pregunta, preocupado, el lector inapetente y prototípico. En cualquier caso, insiste, debería explicar qué ha pasado con su libido galopante.

Id.- Además de mal hijo, el niño de cinco años es un pedante.

Pág. 507.- Llegan los meses de verano. Malena va todas las tardes al cine. ¡Y sigue sin ligar! ¿Qué pasa en Madrid? ¿Qué le pasa a Malena? ¿Qué le pasa a Almudena?

Id.- “con cara de pocos amigos”.

Id.- Cuando a Malena no le lleva la bombona de butano un búlgaro se la lleva un polaco....Demasiado tarde para parchear el costumbrismo zarzuelero de la obra con estas presencias extranjeras. Habría hecho mejor la autora manteniendo en su sitio a un castizales.

Id.- ¡Ah! Pero es que el búlgaro la sulivella. Describe su delantera. Impresionante. Hace prever un culo a tono, de los que enloquecen a la de Alcántara.

Id.- Reencuentro con el búlgaro (Malena necesita mucho gas). El búlgaro habla como Tarzán.

Pág. 508.- “Mientras me reía a carcajadas, él intentaba hacerme coro”. ¿Cómo iba a hacerte coro un tío solo, Almudena?

Pág. 509.- ¡Por fin liga Malena! Con el búlgaro, claro. El lector solidario y pediluvio se alegra sinceramente. Ella no se merecía una sequía tan prolongada. Anotemos que, además de salir de la cuarentena, con este episodio alcanza, como follante, el entorchado internacional, pues su primo Fernando, aunque alemán, era un oriundo.

Id.- “Se llamaba Hristo”. Almudena, por Dios, ¿no has sabido encontrar otro nombre que el de Stoitchkov? Desde luego, quien no tiene imaginación lo demuestra hasta en el más mínimo detalle.

Hace unos días -escribo el 24 de julio del 98-, unos críticos reunidos en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander, han acusado a los novelistas españoles actuales de carecer de imaginación. Como siempre, sin dar nombres, de lo que resulta que, como siempre también, el conjunto es deleznable, pero las individualidades, cuando llegue el momento de hablar de ellas, serán magníficas. Podemos jurar que estos críticos, de nombre poco pegadizo, desconocen a aquellos autores que no trabajan para la mafia ni practican el dopage.

Id.- “Se llamaba Hristo y fue la primera cosa intrínsecamente buena que me pasaba en mucho tiempo”. Relee esta frase, Almudena, algo aprenderás. Leedla, botafumeiros y mandrágoras. ¿El búlgaro una cosa? ¿El búlgaro le pasaba? Repórtate, criatura. La primera cosa buena que le pasaba a Malena en mucho tiempo era haber conocido a Hristo. Es lo que has querido decir, pero no ha sabido.

Pág. 510.- “Había nacido en Plovdiv”. A veces, un simple mapa no basta, Almudena. Conozco Poldiv como las plantas de mis pies y sé que allí no le ponen Hristo a ningún varón destinado a emigrar a la U. E.

Id.- Dos en una: “para salir pitando a las primeras de cambio”.

Id.- “no le iban a dar ni las gracias”.

Id.- “una pensión de mala muerte”.

Nota al margen: nunca le perdonaré a Grandes las trescientas páginas de más que ha metido en este libro. Lo tomo como una desconsideración a mis venerables canas plateadas y una falta de respeto al lector suplicante y aborigen.

Pág. 511.- El tocayo de Stoitchkov sigue hablando como Tarzán. Pero como Tarzán cuando dice cosas como estas: “Tarzán desconectar acelerador electrónico. Tarzán bajar amperaje”. O

aquestotra: “Tarzán ver ese hombre ir armado. Tarzán preocupar derechos humanos”.

Id.- Tarzán de los Balcanes le cuenta a Almudena que había tenido en Carabanchel una novia andaluza “que follaba bien, pero no tan bien como yo” [Malena]. Esto ilusiona a nuestra heroína, que ha hecho del follar una religión. Politeísta, claro.

Almudena tiene una idea folklórica y peliculera de las andaluzas y la expresa, para mortificación del crítico tartésico y vuelapluma.

La profunda conversación que tienen Tarzán y Mesalina la primera noche que comparten lecho, techo, agua, vinagre, sal y asiento a la lumbre da una idea cabal de la altura de esta novela. Para colmo, la mitad de ella en tarzanés.

Pág. 512.- Almudena hace extensivo su estudio sociológico a las españolas en general. Dice tales cosas por medio del balcánico, que el estudiante de sociología, eventual lector de esta, digamos, novela, teme haber nacido tarde. Almudena considera erróneamente que toda España es sur. Ignora que la meridionalidad es algo relativo. Marsella es meridional, pero Bilbao, no.

Id.- “Era divertido, listo, enérgico, y asombrosamente generoso a su modo”. Lo dice Almudena, pero el lector no “ve” que sea tales cosas por su comportamiento. Novela decimonónica, sí; pero mala novela decimonónica.

Id.- “Siempre que nos veíamos terminábamos en la cama”. ¿Tú crees, Almudena, que tus lectores devotos merecen la ofensa de esta aclaración?

La concepción del sexo que tiene la señora de García Montero no es precisamente para aprendella ni, mucho menos, asumilla o adoptalla.

Id.- Afortunadamente, Hristo “carecía de todos los síntomas del síndrome del hombre occidental contemporáneo”. ¡Leches! De hecho, es una versión balcánica y novecentista del buen salvaje. Cuanto más intelectual se quiere poner Almudena, más deja ver los boquetes por donde hace agua. Muchérrimos.

Pág. 313 ant. y ss.- El búlgaro es dicharachero y lenguaraz, comunicativo y sincerauta. Gracias a estas cualidades, Almudena nos va metiendo su historieta (otra historieta dentro de la historieta), que tiene que ver con la economía del relato lo que un miembro viril con una demostración del Aquinate.

Pág. 514.- ¡Cuántas veces el verbo follar en esta página! Diríase que Almudena aprendió esta palabra en jueves. ¡Qué falta de recursos expresivos!

Pág. 516.- “¿Pero a que a ti no te importa...?” No. Pero ¿a que a ti no te importa...?

Pág. 517.- “sonreir y templar gaitas”.

Presumo que todo este largo y tontorrón episodio del búlgaro, a treinta páginas del final de la novela, no va a tener ninguna incidencia en la débil construcción de la misma, lo cual representa un importante fallo.

Id.- “ríos de gente”.

Pág. 518.- “cohibidos por la siempre impresionante y universal aparición de las personas de orden”. ¿Universal?

Id.- La perfecta hermana de toda la novela es ahora un bicho de toda la vida.

Id.- Todos los personajes están mal dibujados, pero el de Santiago los supera. Es completamente distinto en cada aparición. Vid. infra, supra, hic et nunc.

Id.- “verme desde fuera como si no fuera...” Repetición digna de Javier Marías, como digna del magín de Antonio Gala es la idea del viaje a Londres para hacer una pregunta.

Pág. 525.- ¿Tú crees que se puede -debe- calificar de descabellada una suite, Almudena? Lo que querías decir, y no supiste, es que fue una idea descabellada tomarla.

Id.- “una auténtica pasada”. Nueva muestra del pijoranto.

Id.- “por cuánto le iba a salir la broma”.

Id.- “temblando como una hoja”

Pág. 526.- Aunque se encuentra “en uno de los más rancieros, tradicionales y prestigiosos hoteles de lujo de Londres” (ejemplo de expresión vulgar, imperdonable en una novela), Almudena enciende “un Ducados (improcedente mayúscula) con soltura y un mechero Bic”. No dice qué resultó más ígneo, si el mechero o la soltura. Mechero que le habían regalado en -atención, que es muy importante- “la taberna de la esquina de mi casa: ‘Casa Roberto, Comida Casera, Tapas Variadas, Productos Extremeños”.

Id.- Dice que no mira cuando oye entrar a alguien, pero sabe que es Tomás y que lo hace sonriendo. Es natural: si tiene dotes adivinatorias, ¿para qué va a mirar?

Id.- “se lo ha pasado bomba”. Recordamos lo que dijo Aldous Huxley, con quien siempre estuvimos de acuerdo: “Se hace muy difícil aceptar que una persona que emplea frases hechas sea inteligente”.

Pág. 527.- Chiste malo de Tomás sobre los latinos, tras una escena inverosímil en la que Malena da un grito que se oye en recepción, de dónde -adivinando el lugar de la procedencia- llaman para preguntar si se encuentran bien.

Id.- Malena y Tomás se reconocen como hermanos de maldición. El lector no ha captado, a lo largo del libro, ni capta en este momento, el misterio al que Almudena se refiere de vez en cuando, de maldiciones, esmeraldas, antepasados, etc. Por otra parte, el “misterioso destino” de la piedra preciosa salvadora viene a parar en que es vendida por una cantidad que le permite a Malena salir de apuros, que es lo que, por lo visto, profetizó el abuelo al entregársela. Un lince.

Id.- “le sacaba de quicio”.

Pág. 528.- Y venga maldición y que ellos dos son unos malditos, como el abuelo también lo era. ¿En qué se nota? ¿En que el marido la deja por su hermana y vive un semestre separada de su hijo? ¡Por Santa Encisla del Calvario de Arriba! Será que la falta de imaginación de la autora les hace ser unos malditos lights, decafeinados, desnatados y sin sal. Malditos de régimen, podríamos decir.

Id.- Aunque mantienen una conversación convencional, tirando a almuderne, en las palabras de ambos se advierte el orgullo de pertenecer a una casta de malditos.

Pág. 529.- Tomás confiesa a Malena su homosexualidad. Esa es la maldición de él. Espero que el “Día del Orgullo Gay” esta escritora haya sido denostada por su insoportable y anticuado machismo que la lleva a considerar la homosexualidad algo vergonzoso.

Id.- El padre de Tomás, sin embargo, era una versión ibera del Siete Machos: “se gastó una fortuna en putas”. Tal es la idea que tiene Almudena de la virilidad. ¡Por Dios! ¡Qué mujer más basta!

Anoto: creo que es la limitación de ideas, unida a la falta de imaginación, la que produce este tipo de novelas, tan del gusto de las editoriales Tusquets, Alfaguara, Anagrama, Espasa, Plaza & Janés, Planeta y Destino, y de los críticos a su servicio, ya nombrados varias veces con anterioridad.

Págs. 529 y ss.- Ahora, la historia de Tomás, a través de -como siempre- un falso diálogo.

Pág. 531.- La madre de Tomás, aunque “tenía motivos de sobra para desconfiar de los pichabras, jamás llegó a comprenderle”.

Los lillos culebróneos que urde Malena son, por ende, anticuados, de ésos en los que ya no se lía nadie atento a los signos de los tiempos: homosexuales, madres solteras, divorcios, embarazos no queridos, hijos de padre desconocido, herencias, apariciones de la Virgen en un zarzal, niños con el coco más gordo de lo normal, etc.

Id.- El padre de Malena, pese a no ser propiamente un pichabrava, sino, como vimos, un picha aérea, coqueteó con Tomás para colarse en casa de los Alcántara no malditos y seducir a la madre. Si bien hay cronistas que señalan que fue ella quien le sedujo a él. Cfr infra historieta de Magda, loc. cit., op. cit., pág cit.

Pág. 532.- Imaginativa como la autora de sus páginas, Malena idea emplear su dinero en montar una academia de idiomas y cuenta con Stoitchkov como profesor de búlgaro, el idioma más solicita-

do por los madrileños, como es sabido. Su tío Porfirio -otro pichabrava- la convence, entre mordisco y mordisco, de que es mejor que se dedique a mensajerías. Desde luego, ser víctima de una maldición bíblica y salvarse de ella mediante la venta de una esmeralda “de misterioso origen”, y terminar dirigiendo una flota de vespinos que reparten pizzas es lo que suele esperar estremecido el lector de estas grandes novelas.

Hristo, búlgaro multiusos donde los hubiere y se detectaren, destinado en principio a dejar el butano por los idiomas, es nombrado lugarteniente de la flota de vespinos.

Pág. 532.- “Eran las nueve de la noche de un tremendo viernes de marzo... “ Yo, por lo menos, me quedo con las ganas de saber qué es un viernes tremendo.

Pág. 533.- Santiago Antimollejas, que, contra su idiosincrasia acreditada, larga varios coños y cojones en menos de dos líneas, para compensar su momentánea mala lengua, ensaya “un par de ortodoxos gestos de indignación”.

Págs. 533-534.- El niño de seis años, prenda de su madre, sigue pedanteando que da disgusto.

El insoportable niño se empeña en que fueron los Alcántara quienes conquistaron América y exige una confirmación de su madre, utilizando la primera persona del plural, o sea, que también él participó en la gloriosa gesta. “¿A que los Alcántara conquistamos América?” Malena confiesa que es “la pregunta más difícil de contestar que le han hecho en su vida”. Tanto, que produce en su torno ciertos efectos cuasi postrimeros: se congelan sus labios, se deseca su lengua y el aire se solidifica. Pero no debía de ser tan difícil la contestación cuando en seguida dice que sí.

Pág. 536.- Reina está de nuevo embarazada. Según Almudena, la felicidad conyugal se paga convirtiéndose la mujer en una hortera desgredada. ¡Ay! ¿Todas nosotras, Almu?

Id.- “enseñar la patita”.

Pág. 537.- Los tres “se controlan” unos a otros con la mirada.

Pág. 538.- “le engañaron como a un chino”. Anotación racista donde las hubiese y se detectaren, impropia de una progre como Malena.

Pág. 539.- “La ira había sellado mis labios”.

Pág. 541.- “tardó una eternidad en levantar la cabeza”.

Ultimo capítulo. Los entendidos en novela -muy pocos- saben ya que esto va a ser último por el procedimiento del degüello. Por las mismas razones -sinrazones- podrían seguir quinientas páginas más. O mil. Se conoce que el señor López, el editor, dijo que ya estaba bien. Como Maruja Torres, como Javier Marías, Almudena se cree que hacer novela es ponerse a contar cosas a voleo. Ignora lo

que es este género como obra de arte literario.

Pág. 542.- A Malena la llaman por teléfono: “¿Sí?”

Un nuevo personaje; un nuevo follador, seguramente, aunque aún no sabemos si de la casta pichabrava o desnatado como Santiago, que era capaz de correrse sin gritar “¡Hala, Madrid!”

El auricular salta entre las manos de Malena “como si tuviera vida propia”.

Es Rodrigo, pero no el antepasado de la sangre maldita.

Malena le pregunta el apellido, “disparando a bocajarro”.

Id.- “lo último que me faltaba”.

Malena, la salvada por la esmeralda, emplea “el tono más duro que soy capaz de cultivar” y se siente “muy satisfecha de la justa sequedad de mis palabras”.

Pág. 542-543.- Almudena intenta dar a esta conversación un tinte misterioso, pero el resultado es más bien grotesco. Malena se queda atónita por algo que no atonitiza ni a un gusano de seda.

Pág. 543.- El nuevo Rodrigo, psiquiatra moderno donde los hubiere y se detectaren, suele jugar al mus de pareja con un asesino supermacho todos los días después de comer. Eso es, por lo visto, garantía de algo.

Id.- El psiquiatra, que aparece como una especie de deus ex machina en este final del libro -no de la historia ni de nada-, informa de que Reina “tiene la intención de pedir una evaluación de su personalidad [de Malena]”. Pero el deus es especialista en maldiciones.

Pág. 544.- “encontré a tu hermana hecha una furia”.

Pág. 545.- “llevaba [...] unos vaqueros clásicos de marca saludablemente vulgar”. Quien se fija hasta ese punto en unos vaqueros y expresa su opinión de aquesta suerte es una progre pijoderne. El personaje con el que Almudena quiere que el lector se identifique y lo ame como al prójimo y a sí mismo, Malena de Alcántara la Maldita, es un puré de castañas. Por un lado, se las quiere dar de popular y de sencilla y, por otro, de entendida en vinos, en ropa, en platos de alta cocina de los que un lector plebeyo y pobre como este crítico ni siquiera ha oído hablar, en peinados, en maneras distinguidas, en juegos de sociedad... Más de derechas que la misa de doce.

Id.- “...y un escalofrío tontísimo recorrió en vertical [...] la distancia más larga de mi espalda”.. La expresión subrayada es otro ejemplo de pijoranto.

Id.- ¡Por Dios, Almudena, y por la Virgen Normalmente Aparecida! ¡Unos seres excepcionales como estos personajes tuyos no pueden -deben- terminar de hablar de un matrimonio diciendo que buscaban “la parejita”.

Id.- [una pared] “decorada con tres cuadros muy extraños”. ¿Por qué los calificas de “extraños”, Almudena Grandes, rosas de la morería? ¿Eran de forma troncocónica? ¿Representaban el movimiento peristáltico del estómago de una anaconda? ¿A un elefante chato él? ¿Por qué los calificas de extraños? El lector salpicado y banderolas tiene derecho a saberlo.

Id.- “lo indicó con un gesto de la mano”. Una mano que hace gestos sí que es extraña, Almudena, clavellina de la huerta, rosa de pitiminí.

Pág. 546.- A Malena empieza a gustarle el de los vaqueros moderadamente vulgares. ¿Follarán como homenaje a la belleza madura de Malena? se pregunta el comentarista para su tabardo.

Id.- El encuentro acordado para resolver el misterio de la llamada de él y en el que, se supone, tenían que hablar de ella, viene a parar en un mundano rendez-vous, en el que ambos, el clásico psiquiatra muy moderno y la clásica progre, rivalizan en decir vaciedades!... ad majorem gloriam de la carencia de criterios por una y otra parte..

Pág. 547.- Si ellos van a follar aún no lo sabemos, pero el de los vaqueros habla de uno que folla cadáveres. Algo es algo. No nos iremos de vacío.

Id.- “yo tenía un diario [...], pero, de repente, un verano lo perdí sin saber cómo”. Almudena, mujer, si la gente supiera cómo pierde las cosas, podrían seguirles el rastro y encontrarlas.

Pág. 548.- “seguir mandando lo suyo”.

Id.- “decidió cortar conmigo por lo sano”.

Es tan ingenua y convencional, al par que inverosímil, la explicación que da la novelista de por qué Fernando dejó a Malena, que el lector ancestral y pedigüeño opta por aterrizar en otro sitio.

Pág. 549.- Malena está pensando en liarse con el psiquiatra, pero, por si acaso, antes quiere cerciorarse de qué tal se lleva con las mollejas y otras vísceras. Resulta que él, tal como ella había sentido, no sólo es mollejaadicto y capaz de recitar una lista de vísceras más larga que la de los reyes godos, sino que su plato predilecto es el hígado encebollado. Almas gemelas, no cabe duda. ¡Qué terrible tiene que ser descubrir la noche de bodas que a la pareja no le gustan las mollejas!

Pág.550.- Una vez más: para Almudena, monologar es “hablar en solitario”.

Id.- “se disolvían como por ensalmo”.

El lector taciturno y bienhallado es arrebatado por un fuerte cabreo. Quinientas cincuenta páginas leyendo chuminadas y pastelendas y, ahora que Malena, tumbada en el sofá del psiquiatra, cuenta “cosas que jamás le había contado a nadie”, “todos los secretos que la habían atormentado durante años, verdades atroces”, resulta que se las hurtan. ¡Pues vaya!, exclama iracundo.

Id.- En cambio, tiene que soportar más de media página con la explicación de cómo Malena se estira las medias.

Id.- "...luego la derecha, juntándolas un instante para separarlas luego...

Pág. 551.- La sentencia del psiquiatra, después de oír las "cosas terribles" que le cuenta Malena durante dos horas, es como para mandarlo a hacer puñetas: "La maldición es el sexo, Malena. No existe otra cosa, nunca ha existido y nunca existirá". Ni siquiera sabe uno lo que quiere decir.

Esto se va a acabar y nadie sabe, entre otras cosas, por qué el psiquiatra llamó a Malena prometiéndole contarle un secreto.

Id.- Ya está ella a la puerta del ascensor, cuando el psiquiatra se pone romántico: "¡Ah, Malena...! -exclama- Y tienes unas piernas cojonudas."

Aunque había decidido "hacer lo correcto", se vuelve a mitad del descenso para follar, como sus admiradores anhelábamos. Ya se sabe: un piropo a su cojonudez y un buen polvo es lo que Malena necesita.

Decía Edgar Allan Poe, un verdadero matemático de la composición de la obra literaria, precisamente en su Filosofía de la Composición, algo así como que el último párrafo de una pieza en prosa, el último verso de un poema, debía ser el más elevado. Todo lo anterior tenía que confluír su tensión hacia él. Almudena obedece las reglas de tan excelso escritor y acaba así: "¡Qué coño!"

Señor Palomo, señores Conte, Sanz Villanueva y García Posada, señoritos De España, Guelbenzu, Echevarría, Molina Foix, profesores Rico, Villanueva y Savater, una vez más: si consideran ustedes que esto es una novela -si lo fuera, lo sería decimonónica, pero yo sentencio que no lo es-, ¿qué pensáis que son *La feria de las vanidades*, *La Cartuja de Parma*, *Ana Karenina* o *La regenta*?